

LA CONDESA DE CASTIGLIONE

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE VIRGINIA OLDOINI

novela

ANTONIO SANZ OLIVA



Una espía en la corte de Napoleón III

IMÁGICA narrativa

LA CONDESA DE CASTIGLIONE

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE VIRGINIA OLDOINI

novela

ANTONIO SANZ OLIVA



Una espía en la corte de Napoleón III

IMÁGICA narrativa



**LA CONDESA
DE CASTIGLIONE**
LOS ÚLTIMOS DÍAS DE VIRGINIA OLDOINI
novela
ANTONIO SANZ OLIVA

IMÁGICA narrativa

Alberto Santos, edición.

Francisco Muñoz, corrección.

Carlos L. García-Aranda, corrección, diseño de cubiertas, diseño y maquetación.

Imágica Ediciones, S. L.: Alberto Santos & Carlos L. García-Aranda,

Llorenç Carbonell y Emilio Gonzalo.

Mánager de internet: Rocío Cuervo (albertosantoseditor@gmail.com)

Maquetación de ebook: Rocío Cuervo

Copyright ©2020 Antonio Sanz Oliva.

Alberto Santos, Editor. Copyright ©2020 Imágica Ediciones, S. L.

1.ª edición en e-book: Abril, 2020.

Imágica Ediciones, S. L.

Alberto Santos, Editor.

Tlf: 619 94 00 62.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN:

Tienda virtual: <http://www.albertosantoseditor.com>

Email: albertosantoseditor@gmail.com

Blog: albertosantoseditor.blogspot.com

Facebook: <http://www.facebook.com/albertosantoseditor>

A mis queridos padres, Conchita y Batiste.

«Yo soy yo, y estoy orgullosa de mí misma; no quiero nada de los demás o para los demás. Valgo mucho más que todos ellos. Reconozco que no parezco buena, dado mi carácter ardiente, franco y libre, lo que me hace ser a veces cruda y dura. Seguro que me odian, pero no me importa. No me interesa complacer a nadie».

VIRGINIA OLDOINI, condesa de Castiglione

París, 1.º de noviembre de 1899

El invierno, a pesar de estar todavía en otoño, parece que ha llegado a París con toda su crudeza. El vaho de mi aliento se manifiesta cual espectro y el frío se ceba con mis maltrechos huesos, pero ya nada me importa, porque siento el fin cada vez más cerca, como si la festividad de Todos los Santos fuera una premonición. No me asusta la muerte, la siento como una liberación para este lánguido paso del tiempo que se ha convertido en una tortura para mí. Recluida aquí, en mi casa, la espero con entusiasmo, como lo más excitante que me aguarda ya en la vida.

La bujía que me ilumina crepita titilante para lanzar su última llama antes de apagarse. Hasta para iluminarme necesito de la conmiseración de la pobre Odette, mi doncella. Su lealtad hacia mí va más allá del deber de una sirvienta hacia su ama; la verdad, no sé cómo todavía viene a asistirme. Le pago lo mismo que hace cuarenta años, y jamás ha rechistado por eso. La saqué de las calles, donde hubiera terminado en un burdel de mala muerte cuando solo era una ingenua jovencita que pedía limosna en la escalinata de Nuestra Señora de la Asunción y, sin pensarlo dos veces, la puse a mi servicio. He prescindido sucesivas veces de ella: cuando tuve que salir de Francia por diversas razones o cuando me alojé en el Hotel Alma durante varios años, pero, sin saber por qué, nunca me abandonó. Una y otra vez recurrí a ella cuando me hizo falta y siempre me mostró gratitud con su dedicación. Ha sido la única persona, junto con un puñado de fieles amigos, que jamás me abandonó, ni en los peores momentos. Nunca la traté como a una igual, ni le pedí parecer sobre asuntos en los que me hubiera podido aconsejar mucho mejor que otros de mayor categoría. Sin embargo, siempre supe que me comprendía y no noté en su semblante un mohín de desagrado, excepto cuando tenía que cumplir con sus obligaciones; yo nunca fui amante de las limpiezas a fondo.

Cuando me mudé a la plaza Vendôme volví a reclamar sus servicios y ella, solícita, se despidió de la casa donde servía para volver conmigo sin rechistar, pero ahora, al cambiar a este modesto inmueble de la calle Cambón, encontré innecesario que me acompañara en aquella muerte en vida a la que no pensaba arrastrarla. Aun así, de vez en cuando, se hace cargo de mí y de esta ruina al ser incapaz de convencerla de lo contrario.

Ya el año pasado le dije que solo viniera un día a la semana para que pudiera buscarse una casa mejor que le asegurara al menos un lugar digno donde cobijarse y pasar sus últimos años; me cansé de verla revolotear por aquí, así como la gente se cansó de verme a mí. Le di las mejores referencias. Al menos, el nombre de la condesa de Castiglione serviría para algo más noble que haber sido conocida como *el coño de oro imperial*. Ese fue uno de tantos epítetos con los que me regalaron las malas lenguas durante mis fastuosos años de cortesana en el París de Napoleón III, aunque de eso hace tanto tiempo que su recuerdo solo consigue arrancarme un esbozo malicioso de sonrisa.

He enajenado todo cuanto me ha sido posible, y eso que no me hacía falta para poder subsistir con cierto decoro. Ahora que mi vida toca a su fin ya nada necesito, aunque todavía conservo algunas joyas, las más ostentosas, a las que reservo un digno final. Quiero presentarme ante el Altísimo con todas mis alhajas, para que me reconozca por su fulgor nada más aparecer por las puertas del paraíso. Porque Dios, cuando me creó, se quedó tan prendado de la criatura

que había hecho que tuvo que tomarse varios días de descanso para poder recuperarse, o al menos así necesito creerlo.

Lo tengo todo pensado para mi mortaja, pues ha de ser digna de la vida que tuve. En mis últimas voluntades he dejado por escrito que quiero que me entierren en algún lugar de la Villa de Isola, en La Spezia, y que me vistan con aquel voluptuoso camisón, casi transparente, que utilicé la primera vez que estuve con el emperador en el palacio de Compiègne; cabía todo él dentro de mi puño, de tan sutil como era. «Una nube de seda verde», así lo llamaba. Lo guardé dentro de una ampolla de cristal, como si fuera una reliquia, y durante un tiempo lo exhibí con extrema profusión delante de mis invitados, cuando todavía me frecuentaban. Siempre dije que con esa tela debería haberse confeccionado la tricolor, puesto que yo había hecho con ella más por la unificación italiana que el mismísimo Garibaldi con todas sus campañas, o el propio Cavour, mi primo, al que todos consideran el padre de la patria.

Lo único que no quiero es que me den sepultura junto al que fue mi esposo, ni tampoco con mi hijo; ellos tuvieron su vida y yo, la mía. Tan solo deseo descansar tal como fue mi existencia, a mi antojo. No quiero cruces ni iglesias ni sacerdotes; no deseo servicios religiosos, flores o velas; no suspiro por la ausencia de nobles, cónsules o embajadores, ni siquiera por no tener herederos. No me hace falta una necrológica ni la noticia de mi muerte en un periódico. Se acabaron los antojos y los disparates.

Es curioso, pero precisamente ahora no puedo dejar de evocar cuán diferente y caprichosa fue mi vida desde la infancia. Mis padres siempre estuvieron al tanto de complacer cualquiera de mis deseos y aquello fue mi perdición. Incluso, a fuerza de ruegos, mis abuelos compraron una torre en las cercanías de Florencia para mí. Las extravagancias crecieron conmigo, aunque fue durante mi juventud cuando me convertí en una manirrota, gastando a espuestas como si nunca fuera a salir el sol. Todos mis amantes, incluido mi esposo, siempre se mostraron solícitos conmigo, pero ahora, la verdad es que ya todo me es indiferente. ¿Quién iba a darse cuenta?

De lo primero que me deshice fue de mis maravillosos trajes, sobre todo de aquellos que tanto deslumbraron en los mejores salones parisinos y que empezaban a ser devorados con avidez por las polillas. Algunos se los regalé a Odette para que los vendiera y otros simplemente los rasgué con saña porque me recordaban momentos que prefería olvidar. Jamás quise que se convirtieran en fetiches para que alguien intentara vivir, a través de ellos, mi propia vida. Pero lo que sí conservo son los retratos que me hice con ellos. Su contemplación es lo único que me hace sentir bien, lo que conforta mis largos días de tedio y agonía. Quizás, aunque sea el último acto de mi vida, haga una exposición con ellos; me encantaría. Las nuevas generaciones deberían conocer a la que fue la auténtica reina de París. Ya lo decía el malogrado doctor Émile Blanche, mi querido amigo y vecino, un reputado médico alienista, que mi carácter narcisista iba a ser mi perdición. Es curioso, y ahora me río al recordarlo, pero estaba en lo cierto.

La llama se ha apagado y ya no me quedan más cabos de vela para alumbrarme. No me importa, hace demasiado tiempo que vivo en la oscuridad más absoluta, en un universo negro como la más espantosa de las pesadillas, pero ya conozco el camino a mi alcoba, hasta con los ojos cerrados podría llegar a ella. No hay apenas muebles con los que tropezar y los gruesos cortinajes de terciopelo oscuro que me separan del mundo no dejan que traspase la exigua luz que alumbraba las calles, pero así tampoco tengo que ver la decrepitud del ambiente que me rodea. Muchas veces, aunque Odette se empeña en limpiar este cuchitril, la echo de casa para que no tenga que recoger mis miserias; ya me he acostumbrado a este olor nauseabundo y no quiero que nadie recuerde en lo que me he convertido.

A pesar de ello, todavía puedo rememorar, y lo hago más de lo que debiera, el momento en el

que me instalé de nuevo en París después de obtener el «perdón» del emperador. Alquilé una lujosa villa en el exclusivo barrio de Passy, en el 51 de la calle Nicolo, en los que fueron los años más felices de mi vida y en los que coseché mis mayores éxitos como mujer, aunque ya no fuera la favorita real. Luego, con mi decrepitud, llegaron los cambios a peor, hasta llegar a mi pequeño infierno, cuando ocupé este entresuelo en la que será, si Dios quiere, mi última morada.

París siempre tuvo ese irresistible imán que acabó por atraparme para siempre y, no teniendo escapatoria, deseché la idea de quedarme en mi país, Italia, donde hubiera gozado de una vejez mucho más confortable y anodina, pero vejez al fin y al cabo. Fue el momento de la proclamación de Vittorio Emanuele II como rey de Italia y la culminación de mis desvelos por la patria, pero, en el fondo, seguía siendo aquella muchacha aventurera y casquivana que quería comerse el mundo hasta ponerlo a sus pies. Sentía que mi lugar estaba aquí, en esta ciudad que ahora llaman *de la luz*. Vi su transformación de una ciudad antigua, de barrios sucios y malolientes, a una urbe de amplias calles y frescos bulevares llenos de vegetación.

La alegría era mi acicate. Siempre en la cuerda floja, pero eternamente victoriosa. No me interesaba la vida de ilustre matrona, compendio de todas las virtudes sociales, pero epítome del aburrimiento. Entonces me juré a mí misma que ya nada volvería a ser lo mismo, ni cometería los mismos errores. Esta vez las conquistas serían para mí sola y no en beneficio de ninguna causa, por muy noble que fuera.

Volví a probar fortuna y no me fue mal durante mucho tiempo; siguió desfilando por mis salones gente de posibles: banqueros, políticos, nobles y príncipes, con y sin corona. Yo era su faro de Alejandría y ellos, mis Midas, dispuestos a convertir en oro reluciente los caprichos de mi alocada vida.

A pesar de mi soledad era feliz. Ya no tenía un marido aburrido a mi lado que me recordara las obligaciones maritales, aunque eso nunca supuso un problema para mí. Pude entregarme al juego de la seducción con mayor dedicación si cabe y no me importó haber perdido parte de mi antiguo protagonismo, porque seguía siendo irresistible para mis amantes y el dinero fluía para culminar cualquiera de mis fantasías.

Pero todo se torció en un momento, justo cuando el declive de mi vida coincidió con la decadencia de la sociedad de la que formaba parte. Tengo siempre presente aquellos recuerdos, a pesar de que mi cabeza comience a mostrar síntomas claros de sufrir los nubarrones del extravío. El mundo que conocía comenzó a derrumbarse a mi alrededor cuando los vientos de guerra barrieron todo atisbo de la belleza que tanto admiré a mi llegada a París.

Corría el año 1871, a mediados del mes de mayo creo recordar. Yo me encontraba a salvo en Florencia, lejos de aquella guerra que, con torpeza, emprendió el emperador y también de aquellos «comuneros» que, como aves carroñeras, se llevaron por delante todo lo que les recordaba a un régimen tan caduco como yo misma, ya en el declive de mi vida, marchita por el propio abandono. En algún momento, mucho después, deseé haber estado allí y perecer a manos de las hordas. No hubiera sido un mal fin acabar de aquella manera tan épica, como lo habían hecho grandes figuras de la historia, pero el destino me había reservado un desenlace mucho más cruel y despiadado para mí: el olvido.

Los desarrapados, agitando banderas rojas y gritando como posesos, se abalanzaron sobre los barrios más elegantes, incluso iban con ellos decenas de mujeres hombrunas portando armas y vestidas al estilo de la milicia, ¡menudo despropósito! Venían de incendiar varios inmuebles en la calle Saint-Honoré, camino de la plaza Vendôme. Según contaban, el griterío era ensordecedor y se oían estallar los cristales de cientos de escaparates al paso de las turbas. Entre los exaltados se distinguían varias lenguas. París, desde hacía bastante tiempo, se había convertido en una suerte

de santuario para cualquiera que huyese de sus respectivos países por cualquier motivo, encontrando refugio en aquella ciudad de acogida; por eso no entendí que aquellos expatriados colaboraran en su destrucción.

Estuvieron bastante ocupados durante toda la mañana; pretendían derribar la maravillosa columna que mandó erigir el glorioso Napoleón, el primero de la dinastía, para conmemorar sus victorias en toda Europa y que presidía la plaza. Aquello les recordaba los desmanes de la monarquía y tal vez tuvieran razón. Yo, modestamente, también había contribuido a ello, cuando la política se despachaba en las alcobas en lugar de las cancillerías. Fuimos muchas las que, con los encantos que la vida nos había regalado, manejamos a nuestro antojo los entresijos de la diplomacia europea. Lo que no sabíamos entonces era que también fuimos títeres en manos de hombres con muchos menos escrúpulos. ¡Qué ingenuas!, aunque no me arrepiento de nada; al menos fui feliz. Sí, porque la felicidad, según yo la concebía, era hacer lo que me venía en gana y siempre me salí con la mía.

Un gran estruendo precedió a los cientos de vítores que festejaron la caída de la columna. Luego se subieron al pedestal vacío y empezaron a agitar sus banderas con alborozo. Quizás el populacho pensó que había culminado su pírrica venganza, pero durante varios días más, los desmanes se sucedieron entre densas humaredas negras y un penetrante hedor a gasolina y aguarrás. Utilizaron cualquier cosa para acabar con todo lo que oliera a perfección y hermosura, y, por tanto, ser susceptible de ser considerado como antirrevolucionario. Ardió el ayuntamiento de París y con él, su biblioteca y los archivos; sucumbió el Palacio de Justicia; varios teatros fueron pasto de las llamas: el Bataclan, el Châtelet, el de la Ville y el de Puerta San Martín. ¡Qué desperdicio! El palacio de Orsay y el de la Legión de Honor también se convirtieron en humo, pero por el único que derramé mis lágrimas fue por el de las Tullerías; era tan hermoso. Allí fui presentada oficialmente al emperador acompañada de mi esposo, el conde Francesco Verasis de Castiglione. Todavía recuerdo el revuelo que se armaba cada vez que anunciaban nuestra presencia; nos precedía una fama que mi buen primo, el conde de Cavour, se encargó de propagar a los cuatro vientos para sus intereses y que yo agrandé hasta límites insospechados.

Una soberbia escalera diseñada por Fontaine daba acceso a sus fabulosos salones. Mientras que en la planta baja el gabinete que ocupaba el emperador resultaba de lo más espartano, en el primer piso los apartamentos de la emperatriz Eugenia se habían reformado al estilo Luis XVI-Emperatriz: el salón verde, el salón rosa y el azul, que servían de salón de damas, antecámara y salón de audiencias, respectivamente; era el verdadero corazón del palacio. He de decir que, para mi gusto, la mezcla de antigüedades y muebles modernos, con profusión de tapicerías capitoné, no dejaban de ser un pastiche excesivamente ecléctico, aunque realmente cómodo.

Desde la restauración del imperio aquel edificio sufrió numerosos cambios, pero mientras los soberanos residieron allí fue centro de magníficas fiestas y recepciones. Por donde se posara la vista, solo se veían las letras doradas *E* y *N*, las iniciales de Eugenia y Napoleón, que lo presidían todo bajo un enjambre de águilas napoleónicas. La familia imperial se empeñó en gobernar a los franceses desde el mismo corazón de París, supongo que para atarlos en corto, y no volvieron a ocupar los salones de Versalles, de tan infausta memoria, aunque alternaron sus estancias en distintas residencias según la época del año: el castillo de Saint-Claude al inicio de la primavera; a partir de junio, en Fontainebleau; en agosto se trasladaban a tomar las aguas de Vichy o Plombières; en setiembre, por expreso deseo de la emperatriz, los baños de mar en Biarritz y en otoño, a Compiègne.

Después de dos días en los que las llamas consumieron cuadros, molduras y muebles, todo aquello se convirtió en un mal recuerdo de un tiempo pasado que jamás iba a volver. Los

«petroleros», comandados por Brunel, uno de los jefes de la Comuna, se despacharon con inquina antes de sucumbir ante las fuerzas del Gobierno republicano comandado por mi buen Adolphe Thiers, que fue acorralando al populacho armado hasta el cementerio de Père-Lachaise, donde masacró la última resistencia.

Sin embargo, en el fondo de mi corazón entendía las razones que los habían llevado a cometer aquellos desmanes. Detrás del trampantojo de la corte, de las crueles guerras travestidas de noble causa, solo había miseria, penurias y desdichas provocadas por la mezquindad de una casta de la que yo formaba parte y que solo jugaba al poder sobre mapas sin importarles quién vivía bajo las líneas que trazaban sobre ellos. Pero no, yo jamás hubiera podido unirme a esa chusma iconoclasta. Estaba hecha de una pasta mucho más etérea, a la que no le afectaba el hambre ni la sarna, era del material del que está hecha la hermosura, divinidad sublime que solo sucumbe ante su cruel deterioro.

Después de la guerra y de la captura del emperador en Sedane, los prusianos barrieron cualquier atisbo de resistencia y todo se desmoronó como un castillo de naipes. La familia imperial salió hacia el exilio inglés, al igual que todo aquel que había sido alguien durante el imperio. Ya no me quedaba ningún valedor aunque, de haberlos tenido, no había nada por lo que implorar. Afortunadamente, mis encantos me procuraron otros de las más variopintas tendencias, pero, después de un tiempo, todo se convirtió en un recuerdo del pasado. Tan solo restaban los pálidos reflejos de mi juventud en forma de retratos, que no paraba de admirar día tras día hasta amargarme en mi inane conmiseración.

Entonces lo supe, comprendí el destino que me aguardaba e hice lo que tenía que hacer. Amaba demasiado la belleza y por eso mismo decidí recluirme en soledad; no quise afrontar a la gente con el declive de mi senectud. Comencé por espaciar las visitas al igual que mis salidas, hasta hacerlas siempre de noche y protegida por un largo velo negro para pasear a mis perros, los únicos a los que no parecía importarles mi decrepitud, pero aquello no fue suficiente para mi narcisismo herido y acabé por tapar los espejos de toda la casa para ahorrar el tener que verme todos los días en ellos. Fue entonces cuando me gané mi postrer apelativo, el de «la loca de la plaza Vendôme», que nunca más me abandonó.

Estoy sola y cansada. Quiero permanecer así, muerta y enfadada con la vida. Hubiera deseado destruir aquel mundo que se fue dejándome hundida y humillada, pero ya que no puedo, solo me queda destruirme a mí misma con la fuerza de la desgana. Ya nada me alimenta y solo vomito el veneno de mi propia rabia.

Ahora que ya no me queda nadie, el vívido recuerdo de mi querido Giorgio se hace cada vez más patente como una tortura implacable. Es cierto que no lo quise como debiera haberlo hecho una madre y en el fondo no lo culpé por haber huido de mi lado, avergonzado por mi actitud y despechado por mi falta de atenciones. A pesar de todo, reniego de la manera en que murió. La viruela se cebó con él de la manera más cruel, privándolo de un futuro prometedor. Él se hubiera convertido en el único motivo para seguir adelante, pero no dejó de reconocer que si echo la vista atrás, a la única que quise de verdad fue a mí misma.

Intento arrojarme entre las mantas que cubren mi cama, pero las sábanas están demasiado frías como para conciliar el sueño. Mañana, cuando venga Odette, dejaré que me haga la cama. Así, hecha un revoltijo, parece que el aire se cuele por todos los rincones y también le pediré que me compre unas libras de carbón para que al menos haya algo de calor en la cocina y así se pueda caldear la casa. Todas estas incomodidades provocan que me asalten los recuerdos antes de dormir, como si fueran espectros para atormentarme al llegar la noche.

Es curioso, pero de lo que más me acuerdo es de los maravillosos años de mi niñez. En

Italia, cualquier época del año es una explosión de la naturaleza y yo siempre fui una joven alegre y vitalista. Lo que más me gustaba, antes de que me convirtiera en una mujer casadera, eran mis visitas a La Spezia. Allí podía disfrutar de largos paseos por el campo mientras mi cabeza volaba entre amoríos platónicos esperando a un príncipe azul que jamás llegó.

París, 2 de noviembre de 1899

Hoy me he levantado sobresaltada. La descarada de Odette ha cumplido su amenaza y ha puesto la casa patas arriba. Ha empezado a dar mamporros con una raqueta a las gruesas cortinas de terciopelo y a las alfombras, llenando la casa de polvo hasta hacerme estornudar compulsivamente. Después de muchos días en la más completa oscuridad, al abrir las ventanas han entrado unos tibios rayos de sol para iluminar todas las estancias. Era como volver al pasado, cuando cualquiera de las casas que habité refulgía con destellos dorados ante mi sola presencia. Estaban llenas de vida, de ilusiones y de un motivo por el que morar en ellas, no como ahora. Estas cuatro paredes se han convertido en un contenedor para aislar me del mundo, no sé si para protegerme de él o para mantener a salvo a los demás de mí.

Le he pedido a Odette que pare un momento y que me prepare algo de desayunar. Así al menos conseguiré, siquiera por un momento, que no me entre la jaqueca que me producen las limpiezas generales.

Mientras tomaba a regañadientes la achicoria que me había preparado y algunas galletas que todavía quedaban en la despensa, ella, impávida a mis ruegos, ha continuado con sus quehaceres como si yo no existiera. El calor que desprendía la cocina recién encendida, a la que estaba pegada, con el carbón que ella misma había traído, me reconfortó y me retrotrajo a momentos felices de mi existencia. Me recordó las visitas familiares a La Spezia.

Todavía no me explico por qué mi madre no mandaba al servicio por delante para limpiar aquella casa de Isola; durante horas debíamos permanecer en el jardín o dando paseos por el campo hasta que las criadas dejaban las estancias como los chorros del oro.

Era una hermosa villa situada en las montañas que bordean la ciudad y desde ella se podía ver un pedacito de mar. Ese mar que atrajo, en aquellos tiempos, a la gente más pudiente de Turín para pasar sus jornadas estivas a orillas del Mediterráneo, en aquel lugar que, gracias a Byron, se había bautizado como el «golfo de los poetas». Estaban de moda los baños de mar y durante el verano los visitantes empezaron a despuntar en la ciudad como las setas en el otoño.

A diferencia de Florencia, no había nada en esa casa que recordara una vida de fastos y lujos. Era más bien modesta, sin dorados ni arañas de cristal, sin espejos pulidos del más fino azogue, pero olía a libertad y a exultante naturaleza. Suena extraño, pero yo, que adoraba la ostentación, siempre consideré aquella casa campestre como mi verdadero hogar.

Recuerdo especialmente un día, justo en el momento en que mi vida iba a cambiar radicalmente de rumbo. Mis padres insistieron en abandonar Florencia para acudir allí. Intuía que algo importante iba a suceder, pero jamás imaginé que los acontecimientos se precipitaran de aquella manera.

.

La Spezia, Reino de Cerdeña-Piamonte,
22 de marzo de 1853

Era el día de mi decimosexto cumpleaños y mis padres me habían traído a Villa de Isola, a la que veníamos siempre que podíamos. Últimamente ya no la frecuentábamos tanto y Florencia se había convertido en nuestro lugar habitual de residencia. Supongo que mis padres pretendían convertirme en una señorita de finos modales, pero yo añoraba mis correrías por aquellos campos como si fuera una vulgar campesina.

Después de dos días allí, aquella mañana salí a montar a caballo con mi padre y, por el tono en el que me lo pidió, enseguida supe que algo importante sucedía. Se notaba una calma tensa; no era de palabra fácil y siempre buscaba alguna excusa antes de decirme cualquier cosa entre eternos circunloquios.

—Nicchia —me abordó, usando el apelativo cariñoso con el que me conocían en la intimidad—. ¿Te gustaría dar un paseo a caballo? Hoy hace un precioso día de primavera y nos haría bien tomar un poco el sol.

—Claro, padre, sabe que lo que más me gusta cuando venimos aquí es montar a caballo, y más si es con usted, pero... ¿tiene algo que decirme? Lo noto inquieto.

Él no abrió la boca, se limitó a aguardar, circunspecto, a que estuviera lista con mi traje de amazona. Salimos juntos de los establos a trote sentado rumbo al monte.

Hacía un día espléndido, sin una sola nube en un cielo tan azul que aturdiría por su belleza. La naturaleza se mostraba exultante y llené los pulmones con el aroma penetrante que desprendía la vegetación en su estación más prolífica. Oía a nuevo, como un vestido estrenado o un libro recién abierto. Los castaños se hallaban cubiertos de frondosas hojas y los pinos mostraban sus primeros retoños. Las palmeras, los agaves y un arco iris de flores salvajes salpicaban el paisaje, dándole un toque exóticamente mediterráneo, pero mi padre siguió sin decir nada hasta que no estuvimos de regreso a la villa, después de una hora montando a caballo. Yo tosí repetidas veces, intentando ganarme su atención para sacarlo de su abstracción; creo que todavía estaba pensando las palabras que tenía que usar para decirme algo sin duda grave.

—Hija, ¿estás resfriada? —me preguntó sin decidirse a soltar lo que con tanto celo se guardaba.

—No, pero creo que tarda demasiado en preguntarme lo que ha estado callando durante todo el paseo —le dije.

—Está bien, Nicchia, no voy a andarme con rodeos... —me dijo al fin, mirándome fijamente a los ojos—. Tu madre ha descubierto lo que hay en tu diario y...

—Pe... pero, eso es... —balbuceé atónita ante lo que a todas luces era una invasión intolerable de mi intimidad. Nadie, ni caballero ni sirviente, debiera atreverse a hurgar en algo tan personal.

Yo siempre fui muy dada a la escritura; lo hacía casi compulsivamente. Encontraba estimulante reflejar sobre un papel mis pensamientos y, sobre todo, regodearme en ellos cada vez que los releía. Aquella manía, llamémoslo así, de describir con todo lujo de detalles mis pensamientos y correrías, me hacía sentir una libertad que todavía no tenía, pero que deseaba por encima de todas las cosas. El hecho de que alguien pudiera escudriñar aquellos escritos me azoraba, pero al mismo tiempo me excitaba el hecho de poder ser descubierta. Tomé ciertas precauciones como si fuera una espía en ciernes, con mensajes en clave, colocando letras y signos de mi invención para relatar ciertos hechos o el número de veces que se repetían. Estaba segura de que, si mi diario caía en malas manos, aquel galimatías sería imposible de descifrar; craso error.

Mi padre me miró antes de descabalgar, muerto de la vergüenza e intentó suavizar lo que en principio iba destinado a ser una riña con todas las de la ley.

—Antes de que continúes —me dijo padre, intuyendo el exabrupto que iba a soltar—, te diré que el hecho fue del todo fortuito.

Por supuesto no lo creí. Enfurecida como una hidra, no sé cómo pude contenerme cuando mi rostro enrojeció de ira.

—Cuando entró en tu habitación —continuó— para indicarle a la doncella cómo debía recolocar un mueble, esta, sin querer, tiró al suelo tu diario, que al punto quedó abierto. Ya sabes cómo es tu madre, no pudo resistirse a leer lo que ponía. Pensó que tan solo se trataría de las típicas tonterías de una jovencita: frases cursis y pequeños deseos como asistir a fiestas, pero lo que se encontró fue algo completamente distinto.

—¡Sé perfectamente lo que hay en mi diario!... —lo interrumpí airada y con voz rotunda. No necesitaba que me recordara lo que yo misma, de mi puño y letra, había escrito en él. Entre otras lindezas daba testimonio de mis correrías amorosas.

—Entonces —me dijo circunspecto—, comprenderás que tuviera que hacerme partícipe de tus secretos.

No dije nada cuando descabalgamos de aquellos murgeses negros que se llevaron los mozos a las cuadras. Tenía la vista extraviada en el suelo sin atreverme a abrir la boca. Sabía perfectamente que, aunque mi padre no alzara la voz para recriminar mi comportamiento, se sentía muy decepcionado. Otra cosa era mi madre, ella sí que estaría furiosa. No sé cómo pudo contenerse hasta que mi padre habló conmigo. Supongo que estaría tan avergonzada como él, pero no se atrevió a perseguirme por toda la casa con sus gritos de soprano lírica.

Mi padre era Filippo Oldoini, marqués de La Spezia, un noble ligur de origen lombardo, de gran porte y pocas luces, y mi madre, Isabella Lamporecchi, su prima hermana, una bellísima florentina como yo. Tal vez eso tuvo algo que ver en mi futuro desarrollo pues, según decían, los lazos de sangre daban frutos desvirtuados.

Tuve una esmerada aunque algo caótica educación. Mi madre, con una innata inclinación hacia las artes, quiso que estudiara música, canto e incluso danza. En cualquiera de aquellas disciplinas hubiera podido realizarme con plenitud, pues a mi destreza se unía el deseo de ser admirada por todos, cosa que conseguí a mis pocos años. También destacaba en los idiomas: además del italiano y alguno de sus variados dialectos, dominaba el francés y el inglés a la perfección. Las más reputadas institutrices se dieron cita en los salones de mi casa y los constantes viajes de mi padre acabaron por inculcarme el gusto por viajar, dándome la experiencia que, años más tarde, tanto necesitaría para prosperar en la vida que me aguardaba.

Heredé la hermosura de mi madre y con ella una frondosa cabellera rubia que dulcificaba mis facciones. Ese aire casi infantil, encerrado en un cuerpo que día a día se iba haciendo mujer, volvía loco a los pocos caballeros que, por mi tierna edad, se cruzaron en mi camino. Notaba cómo se giraban durante mis paseos de camino a Santa María de la Flores para oír misa y alguno que otro me siguió hasta la iglesia, cosa que, si bien se mira, me tendría que agradecer el Altísimo por llevarle feligreses para que escucharan su palabra. Yo estaba encantada con mi prístino éxito, pero el problema, sin duda, fue que alguno de ellos hizo algo más que seguirme y, claro, yo le allané el camino para que pudiera conocerme en el sentido más bíblico de la palabra.

Nunca entendí que Dios me permitiera tener un cuerpo tan exuberante y no consentir el goce de poder usarlo. Los hombres carecían de tal impedimento y, si hacía caso a los curas, estábamos hechos iguales, a imagen y semejanza de Dios, así que me tomé aquello al pie de la letra e intenté santificar el placer que me procuraba el sexo.

La primera vez que me entregué tuve algo de reparo. No estaba segura de si, al final, tendría que rendir cuentas de una virginidad que se entregaba como un tesoro en capitulación, pero no era

una de esas vulgares zingaras que podía ser devuelta a sus padres una vez pasadas por el altar. Por eso hice de tripas corazón. Para alguien de mi categoría la honestidad se suponía; además, de comprobarse la falta de virtud, el cónyuge engañado jamás arrastraría por el lodo el honor de su esposa por ser el suyo propio.

Con mi primer amante apenas pude emplearme a fondo con mis dotes amorosas. Siempre los sorprendía mi falta de pudor cuando dejaba caer las enaguas para mostrarme como Dios me trajo al mundo. Me parecía divertido, aunque a ellos los amilanaba demasiado mostrar sus atributos y siempre me pedían hacerlo a oscuras. ¡Menuda tontería! Total, para el poco tiempo que aguantaban sin «irse»... Los pobres estaban tan excitados que solo necesitaban un pequeño toque para dar por concluido el lance; así pude aguantar mucho tiempo sin entregar el virgo. Solo con el último, un oficial de marina cuyo nombre no viene al caso revelar, me entregué con plenitud. Era unos cuantos años mayor que yo y por tanto mucho más experimentado. Aguantó mis insinuaciones sin permitirme que fuera yo la que llevara la voz cantante. Entonces comprobé que parecer dócil y sumisa también era placentero a la par de provechoso. Comprendí que los hombres, sobre todo los poderosos, necesitaban ejercer ese dominio también en la alcoba, saberse la parte belicosa, con la imperiosa necesidad de rendir la fortaleza para penetrar con su ariete a través del portón tan celosamente guardado. Claro que, para rematar aquella comedia, era necesario adoptar un papel de mojigata renuente al galanteo. Aquel falso rechazo los excitaba de tal manera que, una vez entregada la plaza, se creían con derecho a establecerse en ella siempre que les venía en gana. Solo las negativas reiteradas conseguían mantener su interés, hasta que el «invasor» de turno dejaba de tener atractivo para mí.

Sabía que aquellos juegos amorosos no dejaban de ser eso, un simple entretenimiento con el que nunca arriesgué nada de valor; jamás me enamoré de ninguno, a pesar de que alguno de ellos me gustara demasiado. Estaba destinada a desposar con alguien de alcurnia, como correspondía a una Oldoini, y sabía que mis padres ya estaban barajando algunos nombres; los oí cuchichear a escondidas mientras hablaban de gente que poseía al menos dos títulos nobiliarios y suficiente hacienda para mantener a alguien tan caprichoso como yo.

Ahora, una vez destapadas mis correrías por el proceloso mundo de las relaciones íntimas, tuve que acatar la penitencia que mis progenitores me tenían preparada. A pesar de lo que esperaba, no hubo excesivos reproches, ni grandes alharacas, ni lloros por la leche derramada. La conversación fue comedida, como si fuera una sobrina lejana y no una hija única. Al margen de confinarme para el resto del tiempo que me quedaba de libertad, de regreso a nuestra casa de Florencia hasta que fuera vendida al mejor postor, debía prepararme para conocer al que sería el afortunado que cargara conmigo.

Me sentí igual que una odalisca en un serrallo cuando escuché por primera vez el nombre de mi futuro esposo: Francesco Verasis Asinari, sexto conde de Castiglione-Tinella y noveno de Costigliole d'Asti, hijo del conde Vittorio Luigi, gran maestre de ceremonias del rey Carlos Alberto, y de la condesa Vittoria Martini de Cigala, dama de palacio de la reina María Teresa. Francesco ocupaba numerosos cargos: gentilhombre de la reina María Adelaida y secretario particular y ayudante de campo de su majestad Vittorio Emanuele II, rey de Cerdeña y Piamonte.

Después del primer impacto de la noticia cambié rápidamente de pensamiento y, lejos de contrariar a mis padres con una negativa, aproveché la circunstancia para congraciarme con ellos, aceptando de buen grado aquel enlace. Sabía que jamás lo amaría cuando, visto mi beneplácito, revistieron tan ilustres apellidos con sus otras cualidades, que ya no me satisficieron tanto: ¡era doce años mayor y viudo! En 1848 contraí matrimonio con la condesa milanesa Francesca Trotti di Santa Giulietta, de la que enviudó tres años más tarde y de la cual tuvo un hijo, Luigi Vittorio,

el cual falleció a los pocos días de nacer y antes que su madre. Tal vez pensaron que una «bicoca» como yo necesitaría de la experiencia de un hombre mucho más veterano que me pusiera en vereda, pero la verdad es que el conde de Castiglione se sumó a una más que larga lista de admiradores que, debido a mis lances, crecía día a día. Fue su insana curiosidad por conocer a la mujer de la que tanto se hablaba en los mentideros florentinos lo que acabó por echarle la soga al cuello. Y luego dicen que las mujeres somos chismosas.

La verdad es que, sin yo saberlo, el conde había acudido a presentar sus respetos a mis padres con la clara intención de formalizar una relación. Aquel hecho les cayó como agua de mayo y antes de que nadie pudiera arrepentirse, dieron el sí por mí. Su consentimiento me obligaba, pero el resultado podía haber sido peor y no rechisté. Como mucho, me permití solicitarles algún retrato que me ilustrara sobre el que iba a ser mi esposo para ir haciéndome a la idea del que sería mi futuro amo. Afortunadamente, en su visita, Francesco había dejado en prenda uno de aquellos daguerrotipos retocados que venían con un marquito de cuero repujado y que sacaban el mejor de los perfiles de mi pretendiente: un gallardo y apuesto hombre de vivos ojos redondos, cejas perfiladas, amplia frente, labios carnosos y un fino bigote que los resaltaba. Parecía mucho más joven de lo que sus años presagiaban y no me desagradó del todo. En el fondo de su alma, que había quedado atrapada en aquella fotografía, intuí su carácter pusilánime y aquello me envalentonó, tal vez demasiado. Supe que no me sería difícil hacerme con su voluntad y que, en las capitulaciones, podría pedir lo que quisiera sin que ello fuera óbice para nuestra boda. Sí, él iba a ser mi pasaporte hacia un mundo con el que hasta ahora solo había soñado y que estaba a punto de convertirse en realidad.

Mientras mi padre mesaba satisfecho su bigote y mi madre recitaba en letanía sus muchas rentas y posesiones, yo ya soñaba con mi viaje a la corte de Turín, la antesala de un futuro que intuía prometedor.

Los siguientes meses fueron un sinvivir. Había que preparar muchas cosas antes de que se celebrase la boda, que fijamos para principios de enero del año siguiente a causa de los múltiples compromisos de mi padre, político al servicio de la monarquía saboyana al igual que mi futuro marido. En aquel momento sonaba fuerte para ocupar el cargo de primer secretario en la legación de París, pero hasta entonces la suerte de mi padre había sido esquiva; no tenía buena prensa en el estamento y solo había desempeñado cargos menores en distintas embajadas europeas. Incluso Cavour, primer ministro de Vittorio Emanuele II y primo lejano nuestro, decía de él que «no gustaba a nadie, ni siquiera a su propia mujer», como más tarde supe. Creo que Francesco no fue ajeno a ese cambio de fortuna, dispensándole un favor que tal vez no merecía. Pero mis cuitas en ese momento eran otras, ni más ni menos que salir bien parada de aquel intercambio de favores.

Salvo la elección de mi vestido, dejé todo lo demás en manos de mi voluntariosa madre, que siempre había soñado con una fiesta de relumbrón para casar a su única hija y no iba a hurtarle la preparación de aquel festejo, pero antes de nada tenía que celebrarse el primer encuentro con Francesco, en el que la galantería estaba de más; no tenía que rendir un corazón que ya se había puesto en almoneda, y puesto que yo era clara, excesivamente para mi poca edad, no me fui con rodeos cuando se presentó en mi casa con un aparatoso ramo de flores y una joya, como correspondía al inicio formal de unas relaciones.

Mi madre lo había dispuesto todo para aquel día. Hizo que las doncellas repasaran hasta el último rincón de la casa y sacasen brillo a la plata. Organizó con la cocinera un tentempié con el que hubiera podido comer un regimiento de húsares y hasta me obligó a ensayar varias sonatas que se suponía que debía interpretar al piano para que mi amado comprobara lo esmerado de mi educación. Yo estrenaba un vestido de muselina amarillo pálido y muy vaporoso, con un ribete de

sencillo encaje que remarcaba mis hombros desnudos. Aquel aire primaveral, coincidiendo con la estación, me venía muy bien para vender mi aspecto virginal. Yo adreché el teatro mostrándome todo lo tímida que pude y sin apenas levantar la vista del suelo. Cuando la comedia estaba dando a su fin y como especial atención a nuestro invitado, pedí permiso para dar un pequeño paseo con mi prometido. Ahora lucía una valiosa gargantilla de pequeños brillantes que rodeaban como estrellas preciosas mi estilizado cuello. Mis padres no pudieron negarse y aplaudieron entusiasmados aquellas muestras románticas.

Nada más pisar la calle, bien cogida de su brazo, le sugerí que nos acercáramos hasta un jardín cercano con el fin de tener un momento de intimidad, lejos de ojos curiosos. Allí, una vez sentados en un banco recoleto, me sinceré con Francesco.

—Querido, ya que nos vamos a casar, me gustaría aclararte algo antes de dar este paso trascendental.

Francesco no dijo nada; tenía bastante con admirar mi belleza juvenil, seguro de que iba a ser suya en breve, y aguardó sereno a que le hablara.

—Sabes que esta boda ha sido concertada por mis padres sin que nos conociéramos previamente... No te amo, aunque haya aceptado casarme contigo.

—Yo, yo... —intentó balbucear algo sin sentido.

—Shhh... ¡No me interrumpas! —dije segura, alzando la voz para imponerme. Él no osó replicarme, tal como había imaginado.

—A pesar de no estar enamorada de ti, te prometo que cumpliré con mis obligaciones maritales y, si Dios quiere, te daré un vástago para perpetuar tu apellido y con él heredar tus títulos, pero me gustaría pedirte algo a cambio.

—Dime, Virginia, ¿qué deseas?... Sabes que podría satisfacer cualquier capricho que me pidieras —dijo probablemente convencido de que aquel contratiempo sería solamente pasajero, seguro de saber cómo rendir las comprensibles primeras reticencias.

—Quiero libertad —contesté rotunda.

—¿Libertad? —preguntó como si aquella respuesta hubiera sido una *boutade* fruto de mis pocos años—. ¿Para qué necesitas libertad? Vas a ser la futura condesa de Castiglione. Podrás hacer lo que te venga en gana en tu propia casa.

—No, no me refiero a eso. Verás, necesito libertad para moverme en sociedad, a mi antojo.

—Disculpa, Virginia, no te entiendo... ¿Qué pretendes decirme?

—Lo que has oído, Francesco. No quiero ser un títere en tus manos, una muñequita de porcelana a la que lucir como una prolongación de tus posesiones. Quiero asistir a fiestas si me place, me acompañes tú o no, quiero que me consideren por mí misma y no por ser tu esposa. No deseo reinar entre cuatro paredes, sin más mando que sobre las doncellas y mejor ocupación que elegir el entelado de las paredes o la vajilla para las cenas. Siento que, en un ambiente así, me ahogaría sin remedio y yo no he nacido para ser un mueble más, aunque sea el de un palacio.

Francesco se quedó perplejo. En realidad no esperaba algo así, como no lo hubiera esperado ningún hombre de su prometida. Fuera la admiración que me profesaba, el deseo de culminar aquel enlace o la falta de carácter que intuí desde el primer momento, la verdad es que no tuvo el coraje de imponerse, ni siquiera como una reacción primaria que hubiera encontrado del todo justificada. De hecho, tenía en la recámara respuestas suficientes por si aquello sucedía, pero me fue más fácil de lo que pensaba.

—Está bien, Virginia, si ese es tu deseo, sea. No habrá impedimento por mi parte —me dijo convencido de que aquellas veleidades pronto quedarían en el olvido.

Visto lo visto, me envalentoné y le pedí, como requisito previo al enlace, que aquello fuera

recogido en las capitulaciones prematrimoniales. No quería que las palabras se las llevara el viento para luego recular ejerciendo sus derechos de marido. Él claudicó y, con su asentimiento, firmó su propia sentencia. Sé que aquello lo iba a hacer infeliz, y tal vez no se lo merecía, pero, a cambio, yo iba a ser, si no la mujer más dichosa de todas, al menos la más libre de todo el mundo civilizado.

El 9 de enero de 1854, en la catedral de Santa María de las Flores, tuvo lugar nuestro enlace. Yo iba radiante, con un fastuoso vestido blanco que había copiado al milímetro del que había llevado en su boda la mismísima reina de Inglaterra. Fue uno de los primeros vestidos blancos que se vieron en Florencia, un signo de pureza, como se empeñaban en recalcar los curas, después de que se confirmara que aquel mismo año se proclamaría el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Estaba confeccionado en una fina tela de seda, con una blusa ajustada a la cintura y una larga cola con bordados de azahar. El pelo estaba recogido con el mismo tipo de flores, mezcladas con diamantes, y llevaba un largo velo de encaje que hice traer de Honiton para que todo fuera igual que el que llevó la soberana inglesa.

Francesco no ahorró en agasajos para que todo fuera perfecto: una comida digna de un rey, un vistoso baile con los mejores músicos de Florencia y flores, miles de exquisitos ramos que perfumaron los salones de mi casa hasta casi provocarme el desmayo. Mi esposo estaba exultante, feliz como nunca más volvió a serlo. Se había llevado el trofeo deseado y, en esta ocasión, y solo en esta, le permití que me luciera ufano; había cumplido con lo pactado y yo siempre supe ser generosa con el que lo fue conmigo.

Todo era perfecto, tal como lo había soñado, incluso su permiso por escrito para hacerme libre, del cual no iba a hacer uso hasta que yo lo creyera conveniente. Ahora era la condesa de Castiglione y no un apéndice de mis padres. Iba a hacer valer aquel título que con tanto sacrificio me había ganado.

Al cabo de uno días partimos hacia Turín. Nos instalamos en un palacete de calle Lagrange, muy cerca del palacio que ocupaba el primo Camillo, conde de Cavour y primer ministro del rey, hasta que estuviera lista la que iba a ser nuestra futura residencia, el castillo de Costigliole d'Asti, donde mi marido había invertido una fabulosa fortuna en su restauración y que casi le costó la ruina. Yo apenas tenía dieciocho años y deslumbraba allá donde quiera que fuera presentada. Por lo visto, todo el mundo estaba deseoso de conocerme, la fama me precedía y yo no iba a defraudar aquella expectación que se había creado a mi alrededor. Tenía que exhibirme como lo que era, la mujer más bella de Europa, y de ello se encargó mi esposo, deseoso de mostrar su nueva adquisición. Por mi capricho y para mi lucimiento, no ahorró en un vestuario digno de una princesa, pero la perspectiva de recluirnos en aquel villorrio tan lejos de la corte, por muy lujoso que fuera, nos costó la primera discusión, que no sería la última.

—Querida... Si todo va bien, este mismo otoño podremos instalarnos en el castillo. Acabo de recibir misiva del maestro de obras, en la que me indica que, salvo la decoración, todo está listo para ser habitado —me dijo un buen día en el que estaba postrada sobre el diván con una terrible jaqueca, fruto de los excesos del champán de la noche anterior.

Procuré ignorarlo mientras ponía un paño de agua fría sobre mi frente, pero en vista de que su noticia no suscitaba interés alguno en mí, volvió a insistir en el tema.

—¿Has oído, querida?... Por fin podremos trasladarnos a nuestro nuevo hogar. ¿No te alegras?

—¿Alegrarme? No veo por qué tendría que hacerlo... ¿Acaso no eres feliz aquí, en Turín?

—le contesté gruñendo.

—Sí, pero...

—Tu puesto está aquí, en la corte, junto al rey... ¿Acaso pretendes dejarme sola en mitad de la nada cuando tus múltiples ocupaciones te reclamen al lado de su majestad?

—Querida, no te entiendo... Ya sabías que estaba restaurando la vieja residencia de Costigliole d'Asti. Además, va a ser magnífica, no te va a faltar de nada: criados, establos, lujosos salones... No he reparado en gastos —dijo expresando una sonrisa ufana, satisfecho de poder ofrecerme tamaño regalo.

—¿Acaso me pediste parecer?... No, ¿verdad? Te empeñaste en recomponer ese siniestro castillo en vez de procurarnos una residencia en Turín digna de nuestro apellido ¿Y quieres que me alegre?... Más valdría que hubieras comprado un mausoleo para enterrarnos en vida.

—No te entiendo, Nicchia...

—¡No te entiendo, no te entiendo!... —repliqué en tono sarcástico, burlándome de él—. ¡Tú nunca has entendido nada! ¡Has malgastado tontamente el dinero en esa especie de monasterio en el que acabaré hecha una momia, si no muero de pena antes!

—¡Basta! ¡Es mi dinero y con él hago lo que me place!... ¡Tanto si quieres como si no, nos iremos a vivir allí! ¡Es mi última palabra!

Yo no había nacido para ser un pájaro exótico encerrado en una jaula dorada. De hecho, mi paso por Turín no fue indiferente para Cavour, cuando vio que su majestad prestaba un interés desmesurado por la joven esposa de su ayudante de campo que, al punto, le hizo un aparte para comentarle sobre mí. Yo los estaba observando por el rabillo del ojo mientras el monarca me hacía cucamonas desde el otro lado del salón.

—Castion —así era como el rey lo llamaba en la intimidad—, eres un maldito bribón. ¿De qué jardín has arrancado tan bella flor? —le dijo dándole un sonoro manotazo en la espalda que hizo retumbar todos sus huesos.

—Es la hija de los Oldoini, natural de Florencia...

—¿Oldoini?... Ah, sí, ese marqués *spezino* que mi buen Cavour quiere mandar a París. El padre no sé, ¡pero la hija está de «órdago»!... Mi querido Castion, si no fuera porque tengo más mujeres de las que puedo atender, la tuya no se me habría escapado —dijo soltando una sonora carcajada.

En aquel tiempo todo el mundo sabía que, aparte de la familia real, Vittorio Emanuele mantenía otra en el palacio de La Mandria con su amante Rosa Vercellana, con la que tuvo dos hijos. El monarca tenía un gusto exacerbado por las bellezas plebeyas y ya nunca se separaría de su querida «Rosin» desde que se quedó viudo. A pesar de aquella doble vida, el rey jamás desdeñó la compañía femenina, y mucho menos si su belleza era deslumbrante como la mía, como enseguida comprobaría. Incluso años más tarde, después de mi turbulento regreso de París, pude constatar su capacidad amorosa, aunque ya había perdido parte de un vigor nada desdeñable. De todas maneras, aquello no pasó de ser un entretenimiento pasajero. Éramos tan diferentes que jamás hubiera cuajado una relación más allá de la alcoba; al rey le encantaba pasearse en mangas de camisa o vestido como un vulgar cazador. Yo, en cambio, adoraba presentarme siempre impecable, como mandaba el protocolo, y eso, en Piamonte, eran normas de lo más estrictas.

A pesar de todo tuve que desistir de aquella vida maravillosa: bailes, óperas en el Regio o en el Teatro Carignano; todavía no era mi momento y me avine a trasladarme a Costigliole d'Asti. Tenía una misión que cumplir y no tardé en quedarme encinta. Mi parte del trato se cumplió el 9 de marzo de 1955, unos días antes de cumplir los dieciocho años.

Mi bello Giorgio era un niño precioso, sin duda había heredado mis cualidades físicas, con aquella carita de porcelana y unos grandes ojos que no paraban de mirarlo todo. Su padre, eufórico, lo sostuvo cuando lo puse en sus brazos nada más nacer. Sentía que aquel niño era más

suyo que mío; el rehén de mi rescate y así se lo ofrecí. En aquel momento le hubiera podido pedir la vida que, sin dudarlo, me la hubiera ofrecido en bandeja de plata. Era el hombre más feliz sobre la faz de la tierra y yo, la mujer más preocupada por intentar recuperar mi figura. Me pasé parte del embarazo y después del parto llorando sin parar. No comprendía cómo podían decir que la maternidad era algo bonito: un parto doloroso que te deja extenuada, la deformación del cuerpo y aquellos senos como ubres de vaca que me impidieron usar un vestido hasta pasados varios meses.

Sentía que ya no le debía nada a Francesco. Además, aquellos días de reclusión en casa acabaron por matarme de aburrimiento y la melancolía me embargó hasta el punto de preocupar a mi esposo. Añoraba terriblemente las fiestas y reuniones sociales y le pedí amablemente que volviéramos a nuestro palacete en el centro de Turín. Pensaba que, si seguía en aquel castillo por más tiempo, mi juventud acabaría por esfumarse definitivamente y él, como no podía ser de otra manera, accedió de nuevo a mis deseos.

Afortunadamente, mi buena constitución permitió que me recuperara en el menor tiempo posible. Después de una dieta rigurosa y la ayuda de corsés cada vez más ajustados, volví a lucir un cuerpo de escándalo que, lejos de lo que pensaba, nadie en Turín había olvidado. No pasó mucho tiempo sin que volviera a ser el centro de atención.

Las múltiples ocupaciones de mi esposo me permitieron gozar de cierta libertad y tiempo suficiente para reemprender mis correrías por el tormentoso mundo del amor. En aquel tiempo conocí a mucha gente, políticos en su mayor parte, y entre ellos a los miembros de la familia Doria, muy relevante en Piamonte. Uno de ellos, Ambrogio, senador del reino, me volvió literalmente loca; él y sus hermanos, que rivalizaban en apostura, tenían lo que le faltaba a Francesco, carácter, y a mí, en el fondo, me gustaba que me dominasen, o al menos que lo intentaran. Porque en aquel juego siempre ganaba yo; no hubiera consentido perder jamás.

La gota que colmó el vaso fue un encuentro con su majestad. La cosa fue sonada, tanto, que el celoso de Francesco no pudo sustraerse de aquel *affaire* y me planteó sus intenciones de separarse, llevándose a mi hijo a su maldita residencia en mitad de la nada. Afortunadamente, con algunos mimos que le dispensé y la promesa de no volver a ver al rey, pronto se calmaron sus recelos, pero mi futuro ya estaba escrito y por eso no me extrañó que, en noviembre de aquel año, en una de sus frecuentes visitas, el primo Camillo, conde de Cavour, se descolgase con una atrevida proposición de la que no estoy demasiado segura que mi marido estuviera al tanto en su totalidad.

Aquella sugerencia, lejos de aplacar los ánimos, iba a encenderlos aún más, llevándonos todavía más lejos. Poco tiempo después, París se iba a convertir en nuestra siguiente etapa. ¡París! La meta con la que soñaba cualquier hombre o mujer de la época. En aquel tiempo, era el centro del mundo y yo estaba dispuesta a conquistarlo.

3

París, 3 de noviembre de 1899

Hoy he podido descansar mejor. A pesar de renegar de ellas, no hay nada como las comodidades para vivir. La casa ya no tiene ese olor nauseabundo al que estaba empezando a acostumbrarme y el polvo no se enseñoorea de muebles y entelados. Odette me ha dejado la casa limpia, la cocina llena de carbón y comida suficiente en la despensa hasta que decida volver. Si no fuera por su tenaz compromiso, creo que mi querida madre regresaría desde la tumba para hacer lo mismo y me gritaría con su voz de soprano, horrorizada por aquel abandono.

Yo no he querido ni siquiera despedirme de mi doncella, pero ella parece ajena a cualquiera de mis desprecios. Incólume a mis ruegos, me ha dicho que volverá en un par de días y me ha regañado como a una niña, amenazándome con que si no me como todas las viandas que me ha traído, la próxima vez me atará a la silla y me obligará a hacerlo, aunque me las tenga que embutir a la fuerza. Como sabe que soy incapaz de guisar, me ha dejado algunas empanadas y galletas que ha preparado a escondidas en la casa donde ahora sirve.

Lo que ella no sabe es que esta soledad me consume y me quita el apetito. Antes, cuando tenía a Giorgio conmigo, todavía tenía de quién preocuparme. A pesar de que nunca se lo dijera, me sentía acompañada intentando vigilarlo de lejos para no interferir en su personalidad, por mucho que lo necesitara. Había crecido a mi lado y, aunque me exasperara, formaba parte indisoluble de mí. Su vacío, poco a poco, lo van ocupando mis perros, dos terriers escoceses: Gianduja y Casino. Al primero lo llamé así por una marioneta de cartón; el primer juguete del que tengo recuerdo y al cual me abrazaba siempre que me sentía triste y desgraciada. Era mi «amorcito», adorable y tranquilo, lo estrujaba a mi antojo para notar el calor de un pequeño ser entre mis brazos. Al segundo lo llamé Casino, que en mi tierra significa algo parecido a «caos», por su carácter más bien indómito y difícil.

Me querían sin pararse a pensar quién era ni la edad que tenía. No me juzgaban y siempre estaban a mi lado, buscando alguna caricia o las sobras de la comida. No hubiera podido separarme de ellos a pesar de su muerte; no sé qué hubiera hecho. Por eso intenté conservarlos a toda costa y los mandé preservar a un taxidermista de confianza cuando tuvieron a bien dejar este mundo. Solo lo hice con los primeros, los auténticos. A veces, cuando me sentía sola, los colocaba sobre mi cama, a mi alrededor, y les hablaba como si fueran a contestarme. A pesar de no emitir ningún gruñido de aceptación, me observaban desde sus ojos de cristal, como si fueran capaces de entenderme.

A los otros, que vinieron a remplazar su ausencia, también los llamé de igual forma y les dispensé el mismo amor, como ellos a mí. Juntos formábamos una «familia» inseparable. No eran exigentes como yo y solo se mostraban inquietos cuando intuían la hora de salir. Aquella obligación era la única cosa que me impulsaba a pisar la calle, pero desde que decidí que ya no era digna de ser observada, tomé ciertas precauciones para pasar inadvertida.

Es curioso, pero a pesar de mi cautela mis atuendos negros y el gran velo que cubría mi rostro no hacían sino aumentar el revuelo y las habladurías sobre mí. «Mira, mira... Ya está ahí la loca paseando a sus perros», oía como cuchicheaban a mi alrededor, y eso que solo salía de noche, cuando las calles se despejaban de la gentuza que las atestaba.

Hace cuarenta años, cuando vine por primera vez a esta ciudad, eran otros los sentimientos que me invadían. Deseaba con fervor que todo el mundo me reconociera y me admirara por mi belleza y juventud. ¡Dichosos aquellos años en los que fui absolutamente feliz!

París, diciembre de 1855

Hacia unas semanas que habíamos llegado a París con la excusa de visitar a mi queridísima prima Maria Anna de Ricci, ahora Walewski, desde que desposó a Alexandre, conde Colonna-Walewski, el hijo bastardo de Napoleón I y de la condesa polaca María Walewska. Casualmente, acababa de ser nombrado ministro de Exteriores en reemplazo de Édouard Drouyn de Lhuys, después de una dilatada carrera como diplomático. Como tal, iba a presidir la conferencia de paz que debía llegar a un acuerdo para finiquitar la guerra de Crimea y esta relación nos favorecía, por mucho que Alexandre no fuera excesivamente proclive a la causa italiana.

Durante los primeros días nos alojamos en su casa, en el principal del número 10 del paseo de los Feuillants, muy cerquita del palacio de las Tullerías. Yo estaba excitadísima por encontrarme por primera vez en la que a todas luces era la capital de Europa. Maria Anna era la hija del conde Zenobio de Ricci y de la princesa Isabella Poniatowska, parientes lejanos de mis padres, pero a los que nos unían grandes vínculos. No nos habíamos vuelto a ver desde que se casaron en Florencia en 1848, donde su esposo, viudo de otra relación, estaba destinado como ministro plenipotenciario de la legación francesa. Yo tan solo era una muchachita de once años, pero recuerdo muy bien aquella ceremonia; me pareció un cuento de hadas y siempre deseé tener una boda como aquella, como así la tuve.

El sesudo y circunspecto Alexandre, y sus muchos hijos, habían acabado por arruinar la alegría de mi pobre prima, recluyéndola en aquella casa de la cual apenas salía. Poco podía enseñarme del intríngulis de aquella ciudad que, según tenía entendido, era la nueva Babilonia de Occidente por la relajación de las costumbres entre los miembros más notables de su sociedad. Afortunadamente estaban muy bien relacionados y no tardaron en presentarme a la que iba a ser mi mentora en aquel proceloso mundo, la princesa Matilde, prima, como ellos, del emperador.

A pesar de lo que pudiera parecer, todo había sido urdido convenientemente por mi primo Camillo, que nos acompañó de incógnito, y por su secretario en París y futuro embajador, Constantino Nigra, su mano derecha. Durante los siguientes meses se iba a dar cita lo más granado de la diplomacia europea para entablar aquellas endiabladas negociaciones para poner fin a la larga y fatídica guerra de Crimea y el conde de Cavour pensó que sería beneficioso para el futuro de Italia nuestra presencia allí; se estaba cocinando el destino de Europa.

En su última visita a casa, el noviembre pasado, tuve la ocasión de saber lo que Cavour esperaba de nosotros, más concretamente de mí. No le había pasado inadvertido el interés que había despertado en nuestro soberano mis encantos juveniles, tanto que quiso emprender una misión arriesgada en la cual yo era la pieza clave. Me sorprendió que acudiera estando mi esposo fuera de casa, pero al ser nuestro primo y principal valedor en Turín, no me pareció extraño que viniera a presentar sus respetos.

—Mi querida Virginia... —me dijo arrastrando las palabras cuando lo recibí en el salón principal de mi casa—. Cada día estás más bella —susurró mientras acercaba mi mano a sus labios para acceder a sentarse en un mullido sillón cuando así se lo indiqué con la mano.

Se había referido a mí por mi nombre y no por el usual de *Nicchia* con el que me conocían todos los miembros, allegados o no, de la familia. Aquello solo podía significar una cosa, que no

era una visita de cortesía.

—Gracias, querido primo... ¿Te apetece tomar un té? —le pregunté mientras me sentaba a su lado.

—Sí, si no es mucha molestia.

Pude constatar que no era una visita protocolaria después de que la doncella nos sirviera sendas tazas. Entonces, Camillo se sacó las antiparras para limpiarlas con un pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo de la levita. Por lo que sabía, esa costumbre se manifestaba siempre que debía tratar algún tema delicado y enseguida comprendí que una razón de peso lo había traído aquella mañana.

Camillo Benso di Cavour tenía en aquel tiempo cuarenta y cinco años y estaba en su apogeo político. Cuando se convirtió en primer ministro de Vittorio Emanuele II, rey de Cerdeña-Piamonte, transformó el reino transalpino en un régimen parlamentario de corte liberal. La monarquía sabauda estaba intentando hacerse un hueco entre las potencias europeas, pero estaba sometida a demasiadas tensiones entre los estados más poderosos de la época: la Francia del emperador Napoleón III y el Imperio austrohúngaro de Francisco José I, que, a la sazón, controlaba gran parte del norte italiano: la Lombardía, el Véneto y la Toscana por afinidad familiar. Italianista convencido, deseaba la unificación de toda la península bajo la monarquía piamontesa, pero para ello necesitaba controlar los movimientos revolucionarios como el de los *Camisas rojas* de Garibaldi, al que llamaba sin pudor *el Salvaje*, más proclive a incluir a las clases proletarias en la construcción italiana. Además, sabía que solo dotando al territorio de infraestructuras e industrias que permitieran su desarrollo podría conseguirlo. En aquel tiempo, y a excepción del Reino de las Dos Sicilias, la mayor parte de Italia era un rompecabezas formado por pequeñas naciones empobrecidas y sin relevancia, demasiado dependientes de la agricultura y sin ningún futuro aparente.

Después de darle un sorbo a la infusión dejó la taza delicadamente sobre la mesa y me miró directamente a la cara con aquellos ojitos achinados que apenas sobresalían de sus gafas. Su mirada no me intimidó; detrás de la gravedad que expresaba su rostro, sus labios siempre tenían pintada una sonrisita entre maliciosa y pícara que lo hacían muy cercano.

—Como sabrás —dijo al instante—, la situación en Europa es muy delicada. En estos momentos el Reino de Cerdeña, una potencia de segundo orden, se está jugando el ser o no ser en el concierto de las naciones y...

—Algo le he oído decir a mi esposo —lo interrumpí para indicarle que, a pesar de mi juventud, no estaba al margen de lo que ocurría en mi propio país.

—Celebro que estés al tanto, Virginia, porque lo que he venido a decirte va a ser de vital importancia.

—Disculpa, primo, pero no sé por qué estas cosas no las consultas con Francesco. Ya sabes que la política no es cosa de mujeres y él no está en estos momentos, como bien sabes —puntualicé ante la extrañeza de que fuera yo la depositaria de aquellas revelaciones.

—Te sorprendería la importancia que en estos momentos puede tener la intervención de una mujer en concreto —me dijo.

—¿Sí? ¿Cuál? —pregunté ingenua, ajena a lo que se traía entre manos.

—Tú, por ejemplo —me espetó acentuando su sonrisa traviesa.

—¿Yo? —contesté perpleja—. ¿En qué podría seros útil? Desconozco la política y no sé si sabría desenvolverme en los entresijos de la diplomacia.

—No es en esos menesteres en los que tendrías que desenvolverte, sino en otros mucho más placenteros.

No era tonta y sabía perfectamente lo que había querido decir con aquellas palabras, pero me reservé antes de preguntar cómo y con quién debía emplear mis supuestas «habilidades». Dejé que continuara desentrañándose las entretelas de la política para conocer el contexto de la historia.

—Dentro de poco se reunirán en París todas las potencias que han intervenido en la guerra de Crimea. Como sabes, Cerdeña ha participado modestamente al lado de Francia y Gran Bretaña en apoyo de los otomanos y en contra de Rusia. Ahora tenemos que conseguir que nuestra nación sea invitada a sentarse a la mesa en igualdad de condiciones que las demás.

—¿Esperáis que eso beneficie al reino...? ¿Tal vez a cambio de algún territorio? —pregunté llena de curiosidad.

—La verdad es que no —respondió rotundo.

—¿Entonces? ¿Qué sentido tiene participar en esas negociaciones de paz si no hay nada tangible en juego?

—Lo que espero es que Cerdeña sea tenida en cuenta como interlocutora válida, para que se hable de la «cuestión italiana».

—¿Cuestión italiana? —pregunté perpleja.

—Sí, querida prima, es así como denominamos el estado de cosas en la península. Sabes que mi deseo es que algún día se llegue a unificar todo el territorio bajo los Saboya y sin que medie una catástrofe revolucionaria, pero para ello necesitamos de algún valedor en el concierto de las naciones y el único que puede ofrecernos esa ayuda, hoy por hoy, es Napoleón III.

—¿El emperador?

—Sí, y es ahí donde entras tú, Virginia. De todos es sabida la inclinación de Napoleón hacia las damas hermosas —me dijo mirando por encima de las antiparras y esbozando una sonrisa sin tapujos.

—Entonces, primo, según deduzco de vuestras palabras, pretendéis que seduzca al emperador, ¿no es así?

—Oh, Virginia, me maravilla lo sagaz que podéis llegar a ser... Sin duda, la belleza va a la par de vuestra inteligencia, aunque si pensáis que esta misión puede causaros alguna perturbación, comprenderé que no aceptéis.

—¡De eso nada! —repliqué rotunda antes de que aquel ofrecimiento pudiera decaer—. Mataría por ir a París. Es la ciudad más excitante de Europa y todavía no la conozco, aunque no sé cómo podría introducirme en el círculo privado de su majestad imperial. Mi esposo no pertenece al cuerpo diplomático, ni existe ninguna razón de peso para nuestra presencia allí.

—Por eso no os preocupéis, lo tengo todo preparado. No en balde ese desarrapado de Garibaldi me llama *el vil intrigante* —dijo soltando una sonora carcajada—. Y no le falta razón. A vuestra llegada a París os alojaréis en casa de la prima Maria Anna, la esposa de Alexandre Walewski que, como sabéis, es primo del emperador y con grandes raíces en Florencia, como vos. Ella os abrirá los principales salones de Francia, en especial el de la princesa Matilde Bonaparte, la antesala de las Tullerías, donde seréis presentados a su debido tiempo. Luego os procuraréis alojamiento digno y permanente hasta haceros completamente imprescindibles en todas las fiestas. Debéis ser la principal atracción de París, ¿me comprendéis?

—No creo que eso sea un problema. No os defraudaré, os lo prometo. Estaré deslumbrante y el emperador solo tendrá ojos para mí... Pero quisiera preguntaros una última cosa.

—Decidme, Virginia, ¿qué os preocupa?

—Mi marido, Francesco... ¿Está él al tanto de todo?

Camillo sonrió de nuevo y antes de retomar su taza de té para acabarla, me dijo:

—Dejad esa cuestión en mis manos; sabré cómo manejarlo... Jamás se opondría a una

cuestión de Estado como esta y, por lo que he podido saber, tenéis un acuerdo prematrimonial que os da plena libertad en este tipo de asuntos. ¿No es así?

—Veo que estáis al cabo de todo, querido primo... En efecto, mi esposo no puede prohibirme el que asista a fiestas por mi cuenta, aunque lo que proponéis es algo mucho más escandaloso.

—Miradlo de esta manera: es en beneficio de Italia —me dijo recalcando el objeto de tan gran sacrificio—. Si no fuera así, jamás os hubiera propuesto algo de semejante envergadura... Querida Nicchia, buscad la manera, utilizad los métodos que consideréis oportunos, pero conseguído.

Cuando terminó llamándome *Nicchia* pude observar su cara de satisfacción. Me conocía bien, pero proponer algo tan inmoral no era tarea fácil. Yo estaba satisfecha, exultante como nunca recordaba haberlo estado. Mis ruegos, si es que alguna vez los había implorado, habían sido escuchados y entendí que aquella era mi gran oportunidad en la vida, justo la que necesitaba. Entonces me levanté para servir unas copas de oporto con las que brindar por aquella singular *liaison*, provechosa para ambos. Estaba segura de mí misma y tan excitada por la confianza que habían depositado en mí, que casi me desmayo de la alegría.

—Siendo así, estoy preparada para ser la primera mártir de la patria —le dije—. ¡Viva Italia! —Y grité para satisfacción de mi primo mientras elevaba mi copa.

—¡Viva! —respondió él, haciéndola chocar con la mía.

Cuando se despidió, la suerte estaba echada. Mi vida ya no volvería a ser la misma, ni tampoco la de los míos.

Al cabo de una semana ya estábamos montados en el tren camino de París junto a nuestro hijo de pocos meses. Francesco, al igual que yo, estaba entusiasmado. No sé qué clase de historia le habría contado el primo Camillo, pero, la verdad, estuvo encantador, como si no supiera el destino que nos aguardaba cuando fuéramos presentados en la corte imperial. Camillo nos acompañó en aquel viaje; quería supervisar, junto al secretario Nigra, las conversaciones previas para zanjar el tema de la guerra, que desembocaría unos meses más tarde en la firma del Tratado de París, y aquello los entretuvo durante el largo trayecto. Quizá Francesco deseaba colocarse en una posición favorable para ocupar alguna cancillería europea después de las negociaciones, pero yo solo pensaba en las lujosas fiestas que me aguardaban y, sobre todo, en el momento en el que fuera presentada al emperador. No desconfiaba de mis encantos, pero aquello eran palabras mayores. Hacía tan solo tres años que había desposado a Eugenia de Montijo, esa «gitana» española que, según decían, lo tenía hechizado gracias a sus múltiples encantos. En aquel tiempo solo se hablaba de ella y de su buen gusto. Todas las damas rivalizaban copiando los vestidos que lucía en la corte y mi cabeza no paró durante todo el viaje intentando preparar aquella presentación en la sociedad parisina. Había traído conmigo todo mi guardarropa, aunque no estaba convencida de que aquellos «trapos» insulsos, suficientes para la anodina corte de Turín, bastaran para deslumbrar a semejante personaje. No tenía demasiado tiempo para hacer encargos y tendría que fiarlo todo a mi ingenio y esbelta figura para causar un gran impacto.

Sea lo que fuere lo que nos deparara el futuro, llegamos después de dos días a la estación de París-Lyon. La prima Maria Anna mandó un carruaje para recogernos y llevarnos hasta su palacete, donde nos alojaríamos hasta que fuésemos presentados en la corte. Después, el destino hablaría por nosotros.

La ocasión se presentó nada más llegar, el mismo día de Navidad. Se celebraba un baile de máscaras en las Tullerías y yo tuve que improvisar, como siempre. Me presenté como una patricia romana, algo muy adecuado teniendo en cuenta que proveníamos de Italia. Llevaba la cabellera suelta, medias de seda, sandalias y un montón de anillos en todos los dedos de los pies. He de

reconocer que lo que más me satisfizo no fue el lógico revuelo que se armó entre la concurrencia masculina, según llegó a mis oídos. Hasta la Metternich, que por aquel entonces todavía no me tenía entre ceja y ceja, pronunció ciertas palabras a mi favor: «Su talle es el de una ninfa. Sus cabellos, hombros, brazos y manos parecían esculpidos en mármol rosa. Su escote, aunque excesivo, no resultaba indecente, hasta tal punto se asemejaba a una escultura antigua».

Aquello, sin duda, era el mayor triunfo que podía esperar. Cuando mis rivales me alababan solo podía significar una cosa: estaba a punto de convertirme en la auténtica reina de París.

Aparecí tarde, sobre las dos de la madrugada, después de que la emperatriz hubiera abandonado el baile. Todo me parecía maravilloso, deslumbrante, con una ostentación digna de un imperio, muy alejada de la rígida y modesta corte de Turín. Conocía a muchos de los presentes por su vinculación con Florencia, donde mis padres los habían tratado con cierta frecuencia: Giuseppe Poniatowski, *Beppe* para los más allegados, músico y operista de renombre que, después de ser enviado como plenipotenciario a París por el Gran Duque de la Toscana, llegó a nacionalizarse francés y nombrado senador por su cercanía a Napoleón III; Matilde Bonaparte y su hermano Napoleón José Carlos Pablo, o simplemente *Plon-Plon*, como todos lo llamábamos en la intimidad. Entre ellos no me sentí extraña.

En aquella ocasión no fuimos presentados oficialmente, aunque me percaté de la fascinación que había causado durante mi primera aparición en aquel fastuoso París de mediados de siglo. Supe, por mi querido Poniatowski, que el mismo emperador preguntó por mí: «La divina condesa, ¿verdad? No cabe duda de que es la mujer más hermosa de Europa, pero eso no impide que quizá sea la más tonta».

No me ofendí porque pronto tendría ocasión de hacerle tragar aquellas palabras.

Después de las fiestas de Navidad, que pasamos en familia, yo empezaba a sentirme impaciente. No sabía muy bien cómo sería mi primera presentación oficial, pero estaba deseosa de que llegase el día.

El 9 de enero fuimos invitados formalmente a la mansión de Matilde Bonaparte, una mujer muy singular. Prima del emperador, desempeñó durante mucho tiempo, hasta el matrimonio de este, las funciones de primera dama de la nación. Mantenía en sus salones tertulias literarias y reuniones de artistas de las más variopintas tendencias políticas. Allí se daban cita desde Chopin hasta Flaubert, pasando por los hermanos Goncourt, Paul Bourget o Turguénev, entre otros. Se había criado en Florencia, donde sus padres, Jerónimo, exrey de Westafalia, y Catalina de Württemberg, se hallaban exilados. Allí mismo se casó con el conde ruso Anatole Demíдов, de ahí nuestra relación. Aquel matrimonio sin hijos fue desdichado —él siempre fue muy violento— y a pesar de su riqueza, la pobre Matilde tuvo que huir a París con lo puesto y con las joyas de la dote, que su disoluto padre había vendido al propio Anatole como único sustento. Tuvo que mediar el mismísimo zar Nicolás I, que le concedió la separación y una pensión de 200 000 francos anuales. Su suerte cambió a partir del ascenso de Louis Napoleón a la jefatura del Estado, primero como presidente y después como emperador.

Matilde fue exquisitamente amable con nosotros, especialmente conmigo, al igual que una madre y, como dijo Cavour que lo haría, nos invitó expresamente a su baile, donde conocería en persona al emperador.

He de reconocer que aquella primera vez fue un tanto desastrosa. Me mostré excesivamente comedida para lo que se esperaba de mí en tal ocasión y ante los requiebros e insistentes preguntas que me formuló Louis Napoleón mientras bailábamos, solo respondí con monosílabos. Sabía cómo manejar aquellas situaciones para despertar un interés imperecedero, aunque a punto estuve de enviar al traste toda la operación que me había sido encomendada ya que, poco tiempo

después, pude enterarme de cierto comentario que su majestad hizo sobre mí: «Bella, pero sin espíritu».

Precisamente unos días después, consciente de aquel contratiempo, Matilde me invitó a dar un paseo en calesa por el Bosque de Bolonia. Durante el recorrido estuvo especialmente atenta, indicándome la procedencia y pequeña historia personal de todos los que nos encontramos por el camino, que eran legión. Parecía que, más que dar un paseo, lo que deseaba era instruirme en ciertas tareas que me serían de gran provecho en un futuro no muy lejano. En aquel parque se daba cita todo aquel que era alguien en París y yo observé atenta y atónita, con los ojos como platos, todas y cada una de las indicaciones que me iba dando; necesitaba familiarizarme con aquellos personajes para no parecer una pueblerina recién llegada.

Era una mañana fresca que olía a tierra húmeda y hierba mojada. Nos echamos sobre las piernas una mullida manta de cachemira y yo envolví mis manos heladas en un manguito de armiño. El sol, que se colaba alegre entre las desnudas ramas de los árboles, se agradecía sobre todo cuando alcanzábamos alguna de las concurridas glorietas del parque. Ya muy cerca del flamante hipódromo de Longchamp hicimos parar la calesa mientras disfrutábamos del alivio de los tibios rayos de sol que se prodigaban solícitos sobre nosotras. Allí nos encontramos, según me dijo la princesa, con una de las cortesanas más famosas de París, Esther Lachmann, más conocida como *la Païva*, a la que Matilde saludó con su habitual sonrisa y un discreto movimiento de cabeza. Era una de las más conocidas, aunque no la única. París se había convertido en la meca de muchas mujeres de fortuna, que habían decidido medrar gracias a sus encantos entre lo más selecto de la nobleza o las finanzas. Cuando Matilde comenzó a hablarme de ella enseguida comprendí por qué me había llevado hasta allí. Quiso que conociera de primera mano a las que iban a ser mis rivales en aquel proceloso mundo. Todas intentaban picar alto y sus pretensiones apuntaban a la principal alcoba del reino. Era cuestión de tiempo que alguna se aupara hasta tan insigne tálamo.

—¿Sabéis quién era esa dama que acabo de saludar? —me preguntó nada más haberla cumplimentado.

—No. Acabo de llegar a París y todavía no conozco a nadie —le contesté ingenua.

—Su nombre es Esther Lachmann, aunque todo el mundo la conoce como la Païva.

—¿Païva? Qué nombre tan extraño...

—Su apodo proviene del título de su esposo, el marqués portugués Albino Francesco Araújo de Païva, aunque su vida ha sido tan azarosa que necesitaría una novela por entregas para completarla —dijo soltando una contenida carcajada.

Yo estaba ávida de chismes que me ilustraran, pero no sabía nada de la vida y necesitaba conocer las experiencias de mujeres más versadas que yo en estas lides, así que le pedí a Matilde que continuara con aquel relato tan sustancioso.

—Por favor, princesa, continuad contándome cosas de esa tal... Païva.

—Está bien, querida. Si os place, seguiré contándoos... Esa mujer no fue siempre la dama elegante que habéis visto hoy. Rusa, de padres judíos, huyó a París después de abandonar a su primer marido, un sastre —dijo tapándose con la mano una maliciosa sonrisa, que tal vez le recordaba su también azarosa vida—. Estuvo un tiempo refugiada en los barrios más sórdidos de la capital, hasta que encontró a uno de sus primeros amantes, el pianista Henri Herz, que le abrió las puertas de un mundo mucho más elegante, donde se reunían músicos de la talla de Richard Wagner y Franz Liszt, hasta que, según dicen, acabó por arruinarlo. Entonces se marchó a Londres, donde continuó su búsqueda del amante perfecto que pudiese mantener su escandaloso tren de vida. En uno de sus viajes a Baden-Baden para tomar sus aguas conoció al marqués de Païva, con

el que contrajo matrimonio. Su fortuna era fabulosa, y ya convertida en marquesa lo dejó plantado al día siguiente de la boda. Por lo visto le dijo ciertas cosas que no sé si estaría bien repetir...

—Os lo suplico, princesa, no os calléis lo mejor —le rogué a Matilde, deseosa de saber los pensamientos de aquella cortesana impetuosa.

—Está bien, como queráis... Por lo visto, le espetó que, si quería dormir con él, ya lo había conseguido al hacerla su esposa, y prosiguió diciendo: «Me has dado tu nombre. Me he comportado como una mujer honesta: quería una posición y ya la tengo, pero todo lo que tienes por esposa es una prostituta. No puedes llevarme a ninguna parte ni presentarme a nadie. Entonces, debemos separarnos. Tú irás de vuelta a Portugal y yo me quedaré aquí con tu nombre y seguiré siendo una puta».

Yo estaba anonadada. «¡Qué ingenio! ¡Qué valentía!», pensé. Salvando las distancias y las palabras malsonantes, me sentía plenamente reflejada en ella. Así era como se las gastaban aquellas mujeres en la primera de las cortes europeas, pero necesitaba saber si su petición había sido atendida y seguí preguntando.

—¿Y qué le contestó su esposo?

—¡Ah!, pues le hizo caso y dicho y hecho, regresó a su país. Ella, después de aquello, prosiguió con su vida licenciosa y, según dicen, cameló a un banquero, a quien le demandó veinte mil francos para ser quemados, uno a uno, antes de hacer el amor.

—¡Pero eso es escandaloso! —grité sin darme cuenta al escuchar tamaña osadía.

—Absolutamente, querida, absolutamente... —contestó Matilde, mientras hacía arrancar el carruaje para continuar con el paseo.

No habíamos alcanzado aún uno de los lagos de La Muette, de regreso a casa, cuando nos cruzamos con una calesa que llevaba en su interior a una de las damas más bellas de cuantas nos habíamos tropezado. Me llamó la atención su porte distinguido, su nariz respingona y una exuberante cabellera de un castaño claro, con un elaborado recogido, que refulgía con los rayos del sol.

—¿Quién es? —pregunté a la princesa, pensando que sería otra de aquellas cortesanas con las que tendría que medir mis fuerzas.

—La Metternich —dijo con desdén antes de darme su nombre completo—. Princesa Paulina de Metternich.

—Veo que no os agrada...

—En efecto, y os recomiendo que os guardéis de ella. Es digna hija de su padre, y como tal, pretende ganar los favores del emperador para la causa austríaca.

—¿Es también una...?

—Oh, no. No se trata de ninguna cortesana como las que os he descrito. Es una auténtica princesa y no le hace falta encamarse para ganar ciertos favores. Está prometida con el que suena como futuro embajador de Austria-Hungría en París, con el que piensa casarse el próximo año, pero su verdadera importancia radica en la influencia que ejerce sobre la emperatriz.

—¿Son amigas?

—Más que eso, ña y carne.

Entonces comprendí que la princesa Matilde no solo era favorable a la causa italiana, sino que, al parecer, la emperatriz Eugenia tampoco era santa de su devoción.

También su hermano Plon-Plon era un devoto italianista y anticlerical convencido, de ahí que quisiera fastidiar a toda costa a la beata de la Montijo y pronto nos brindó la ocasión, tanto para su peculiar venganza como para mi particular revancha. Organizó un baile en honor a su majestad al cual, por supuesto, estábamos invitados y en este sí tuve mayor fortuna, tanto que los encuentros

con el emperador se fueron sucediendo como las cuentas de un rosario a partir de entonces.

Yo llegué tarde, como de costumbre, justo cuando Napoleón se disponía a marcharse y muy diplomáticamente nos espetó:

—El conde y la condesa llegan con un leve retraso...

—¡Oh no, sire, sois vos quien partís demasiado pronto! —le dije ante su cara de asombro.

Gracias a mi ingenio pude hacerle cambiar la idea que de mí se había formado. Tal vez ya no le parecí tan tonta y empezó a cortejarme con mayor insistencia. De hecho, tres semanas después fuimos invitados a una recepción en las Tullerías. Allí el emperador llegó a hincarse de rodillas frente mí en el momento de hacer nuestra reverencia y ante el estrépito y el estupor de los presentes. Tal fue el revuelo que se armó que su ministro de Exteriores, el omnipresente y poderoso Walewski, le advirtió negativamente sobre mi persona.

Después de aquel lance no quedaba demasiado tiempo para el baile de máscaras que organizaba Fanny Mosselman, condesa de Le Hon y esposa del embajador belga, en su residencia de la rotonda de los Campos Elíseos. Su amante, el duque de Morny, medio hermano de Napoleón III, acababa de construirle una mansión allí para su solaz. A pesar de aquel escándalo, eran una pareja de lo más estable y en sus salones se reunía lo más granado de la corte.

La fiesta tuvo lugar el 5 de febrero de 1856 para celebrar el martes de carnaval y a ella asistiría la pareja imperial. Debía emplearme concienzudamente para no defraudar las muchas expectativas que estaban depositadas en mí. Amablemente, a mis ruegos, la princesa Matilde me facilitó los servicios de su modista particular y junto con ella diseñé, en el poco tiempo que me restaba, un disfraz que me permitiera causar el mayor impacto que fuera posible. No me faltaban arrestos y sin duda la ocasión merecía el riesgo, así que ideé un fabuloso traje que hiciera que todas las miradas recayeran sobre mí. Transformé un insulso traje de gasa en un exuberante guante blanco, todo ribeteado de corazones, que dejaba poco a la imaginación. Era prácticamente como si me presentara desnuda. Mi escote regalado era toda una invitación a posar las miradas en él y llevaba una diadema sobre el pelo suelto, cuajada de corazoncitos rojos, que me hacía parecer la reina de las hadas. Pero el verdadero toque de distinción y que dio que hablar durante mucho tiempo fue hacer coser una joya en forma de corazón a la altura de mi sexo. Así hice mi primera presentación en sociedad.

Guardé celosamente el secreto hasta el mismo día del baile. Ni siquiera mi esposo supo, hasta vérmelo puesto, cuán descarada podía llegar a ser su mujer, pero no dijo nada, ni siquiera un mohín de desaprobación. En aquel tiempo todavía tenía el ánimo contenido, a la espera de que aquel lance fuera algo pasajero.

Llegamos al palacio Morny como siempre, ya iniciado el baile. Debía verme todo el mundo y no podía permitirme ser la primera en llegar; me jugaba mucho, Italia se jugaba mucho. La presentación fue como yo supuse y me convertí en el centro de atención de todos los allí reunidos. Los guardias, criados y meseros me abrieron paso hasta el centro y algunos invitados, hombres en su mayoría, se alzaron para verme mejor. Hasta el músico vienés de moda, Johann Strauss, que encabezaba aquel día la orquesta, interrumpió abruptamente el vals que dirigía en aquel momento. Cuando se hizo aquel silencio tan elocuente yo desfilé impertérrita de la mano de Francesco hasta el centro del salón. El emperador, que en ese preciso instante estaba departiendo con el embajador británico, dejó su conversación con el diplomático para recibirme entusiasmado. Al día siguiente, el embajador reportó puntualmente aquellos chismorreos al mismísimo Foreign Office, y es que en aquel tiempo cualquier movimiento, aunque fuera de alcoba, era susceptible de conocimiento por todas las cancillerías. Di unos cuantos pasos más hasta llegar a su altura y titubeé nerviosa. Menos mal que estaba sujeta por la firme mano de mi esposo, tan impactado por la real presencia que no

se dio cuenta de nada. Me incliné haciendo una reverencia y aunque no vi los ojos de su majestad, estoy casi segura de que siguieron con descaro la línea de mi escote. Al alzar la vista pude comprobar cómo chisporroteaba el deseo en los ojillos de Napoleón III, que tomó mi mano para llevársela a los labios. En aquel punto desapareció todo el mundo para mí: mi esposo, los invitados y hasta la emperatriz, que permanecía al lado de su augusto esposo y que no me perdió ojo en todo momento. Precisamente fue un comentario suyo el que me recordó cómo iba vestida y el impacto que, sin duda, había conseguido al enfundarme el traje.

—Madame, veo que tenéis el corazón excesivamente bajo para lo que suele ser habitual — dijo al dirigirse a mí.

—Sí, majestad, pero a pesar de ello late con la misma fuerza —le contesté con descaro para su desagrado.

El emperador se mesó los enormes bigotes con satisfacción y, acto seguido, me solicitó el siguiente baile.

No fue la única danza que ejecuté con él. Ya sabía de su pasión por las novedades femeninas que se presentaban en la corte, por eso intenté desplegar mis encantos como si fueran los de un pavo real, no fuese que, por querer hacerme la interesante, el «pájaro real» volara de entre mis manos.

Después de aquello, fue la propia princesa Matilde la que sugirió un encuentro más privado en su casa, lejos del protocolo de la corte y donde su primo se mostrara más proclive a dejarse enredar por mis encantos.

Mi esposo fue convocado convenientemente a una reunión en la Embajada del Piamonte, donde Cavour había desplegado todas sus artimañas para llevar a buen puerto la misión que me había sido encomendada. No dudo de que las muchas reticencias de Francesco fueron calmadas en aquel momento, aunque me mantuve al margen de las posibles compensaciones que, sin duda, le ofrecieron por vender la virtud de su esposa en aras de la patria. Lo único que me consta es que, a partir de entonces, siempre se mostró en un segundo plano, espiando detrás de los cortinajes mis movimientos en cualquier fiesta a la que fuésemos invitados hasta que, convencido de que no era él el centro de atención, me dejó el campo libre para marcharse de vuelta a casa.

París, 4 de noviembre de 1899

Después de la limpieza que hizo Odette me he dado cuenta de las cosas que se ocultan en esta casa y no solo mi triste persona, que vaga por ella como un alma en pena.

Al sacar de debajo de las camas varias cajas para barrer me ha dado por mirar lo que contenían: cientos de cartas y documentos; los más, banales, pero otros ciertamente comprometedores, aunque hacía tiempo que no había reparado en ellos. Algunos hasta los podría relatar de memoria y es que, en el fondo, me gustaba recordar aquellos momentos en los que me sentí la mujer más importante del mundo. Como siempre sostuve, no había empezado a vivir y ya había llevado a cabo mi cometido en este mundo.

De todo guardé copia a escondidas del secretario Nigra, unas veces por precaución, pero la mayoría por pura vanidad; me hacía sentir valiosa. Para ello utilicé con profusión aquellos papeles de carbón que ahorraban tanto tiempo en la confección de duplicados. ¡La que se armaría si fueran de dominio público! Afortunadamente, muy pocos conocían de su existencia, pero los que eran sabedores, entre ellos mi desafortunado hijo, intentaron chantajearme.

No sé si en aquellos momentos poseían algún valor —la mayoría de afectados estaban muertos o carecían ya de relevancia política—, pero sin lugar a dudas todavía podían dar que hablar. Algún día, no sé cuándo, se conocerá la verdad sobre mi gran aportación a la causa italiana y entonces se sabrá de mis sacrificios.

En mi país aún se habla del primo Camillo. Lo ensalzan como el «padre de la patria» y, en verdad, no les falta razón a quienes lo veneran como tal, aunque después de muerto es mucho más fácil cantar sus alabanzas. Pese a todo se les olvida —¡qué triste!— que si el conde de Cavour fue el padre de Italia, yo, sin lugar a dudas, fui la «madre». Sé que soy vanidosa, siempre lo fui, pero mi pesar va mucho más allá. Aquella falta de gratitud resultaba imperdonable, aunque no me extrañaba viniendo de los italianos. Yo debería haber sido retratada en formidables bustos de mármol o alabastro, como los franceses hacen con Marianne, el símbolo de su república, para ser colocada sobre ménsulas y repisas en cualquier palacio público.

No, no solo fue la belleza de la llamada *joya de Italia*, como dieron en denominarme al principio, la que obró tal milagro. También tuve que emplearme concienzudamente en todo tipo de labores secretas que, si bien me divertían, no estaban exentas de riesgo.

Precisamente recuerdo cuando empezó aquel trasiego de papeles al presentarme ante Constantino Nigra, la mano derecha de Cavour, que había llegado a París para participar como representante del Reino de Cerdeña en las conversaciones de paz. Aunque mi instrucción había empezado tímidamente de su propia mano poco antes de partir de Turín, era ahora cuando debía convertirme en una auténtica espía al servicio de mi país.

Conseguida la intimidad que buscaba con mi *partenaire* real, el flujo de documentos comenzó a ser exhaustivo a partir de entonces. Todos deseaban conocer la opinión de Napoleón al minuto; les iba la vida en ello y yo les di contentura, no sin antes guardar mis espaldas con las copias de todo aquel trasiego de cartas que partían hacia la corte transalpina, por si algún día pudiera ser mi tabla de salvación.

París, principios de 1856

Ya nos encontrábamos instalados en una residencia propia. No sin reticencias conseguí que Francesco alquilara un estupendo inmueble en el 10 de la céntrica calle Castiglione. Quizá fuera una casualidad del destino, pero el nombre de aquella calle no se debía a nuestra gracia, sino a la de un escritor italiano del siglo XV, Baldassare Castiglione, cuya obra más reconocida fue *El cortesano*; toda una premonición. Yo sentí que era el preludio del éxito que nos aguardaba e insistí hasta que mi esposo cumplió con aquel capricho, aunque no todo fuera un camino de rosas a partir de entonces. Demasiadas voces precavían a Napoleón, advirtiéndolo de lo inoportuno de mi presencia en París.

En un momento dado la situación se convirtió en insostenible. Walewski, a pesar de nuestra cercanía familiar, recelaba de mis encuentros con el emperador y con el primo Camillo, que simultaneaba por razones obvias. Incluso la Metternich llegó a admitir en privado: «Nunca en mi vida he visto una belleza igual y no espero volver a verla». Acto seguido se dedicó a enviar despachos a la corte de Viena, pidiendo redoblar la presencia diplomática en Turín, después de intuir el papel que jugaría el Piamonte en el nuevo orden mundial gracias a mi persona.

Para evitar celos, Cavour y yo tuvimos que encontrarnos demasiadas veces a escondidas en el Callejón de las Viudas, una travesía secreta y de mala reputación en el centro de París, para no levantar sospechas. Sabíamos de la presencia de espías del Gobierno que seguían nuestros pasos allá donde fuéramos y redoblamos las precauciones a costa de poner en riesgo nuestro pellejo en aquellos barrios repletos de criminales y gentuza de mala ralea. Afortunadamente, después de regresar a la corte de Turín, Camillo no me dejó a mi suerte. Mi siguiente contacto fue un tal Dom Petrus, también llamado *Bonollo*, que recogió mis mensajes en clave a partir de aquel momento para hacérselos llegar puntualmente. También lo había dejado todo dispuesto en la embajada para que siguiera siendo instruida en el noble arte del espionaje. Yo nada sabía de aquellos manejos cuando me mandó llamar Constantino Nigra.

Era un hombre joven, alto, de aspecto grave, cabello castaño y un gracioso bigote mucho más claro que el pelo, casi rubio. Poseía una mirada penetrante gracias a aquellos ojos grandes y grises que me hicieron estremecer nada más indicarme que me sentara frente a su gran mesa de despacho. Por lo que conocía de los hombres, y a pesar de su porte hierático, sabía que por dentro se moría de ganas de estar conmigo, y es que, por mucho que me propusiera lo contrario, no resultaba indiferente a nadie, tanto para lo bueno como para lo malo.

Por lo que se decía de él, era un masón bastante influyente, como el mismo Cavour, con una inteligencia y preparación exquisita que más tarde sería recompensado con el puesto de embajador en París, lugar que ya ocupaba de facto. A pesar de ello, también era un hombre cultivado que dominaba varias lenguas y era amante de la poesía, en la que también estaba versado.

No sabía muy bien lo que esperaba de mí, pero aguardé paciente a que terminara de leer una hoja de papel que parecía tenerlo absorto por completo a pesar de las miradas a escondidas que me echaba por encima del documento. Luego, una vez que terminó de ojearlo, se levantó y, antes de abrir la boca, me entregó aquella cuartilla, que estaba completamente en blanco.

—Señora condesa, ¿qué opina acerca de este documento? —me preguntó mientras le asomaba una maliciosa sonrisa entre los bigotes.

Yo me quedé perpleja, pero supe reaccionar de forma conveniente y sin aspavientos. Primero

miré aquel papel al trasluz, luego lo olí, pero no hallé rastro alguno de pigmento o sustancia en la hoja. Estaba convencida de que aquel folio en blanco guardaba algún tipo de truco, pues yo misma había recurrido a la técnica de la «tinta simpática» para ocultar ciertos detalles en mi diario, utilizando para ello el zumo de un limón o el de una cebolla.

Me levanté y, sin mediar palabra, acerqué la cuartilla a la llama de una vela y pronto se reveló un mensaje que apareció con un marcado color azul verdoso.

—Dígame, madame, ¿qué pone en el documento? —me preguntó con insistencia, seguro de que le revelaría lo que había escrito.

—¿Qué documento? —le contesté, mientras lo prendía con la misma llama que había desvelado su contenido hasta que se consumió por completo.

—¡Bien hecho, condesa! Como sospechaba su excelencia, el conde de Cavour, no le faltan dotes para este trabajo... En cualquier misión secreta jamás, repito, jamás, deben quedar cabos sueltos ni rastros de documentos que puedan llegar a comprometerlos. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente —le dije ufana por haber superado la prueba—. Aunque tengo solo una curiosidad: ¿qué clase de sustancia ha utilizado para confeccionar la tinta invisible? Carecía de olor y...

—Cloruro de cobalto —contestó rotundo—. Y como muy bien ha observado, no deja ningún tipo de rastro olfativo. Por lo demás, solo necesita aplicar un poco de calor para hacer visible el texto. Sin embargo, como ha hecho, después de leerlo no hay que dejar pistas. No le han de faltar espías mucho más avisados que su excelencia, que pronto caerían sobre cualquier documento que, por la razón que fuese, no tuviera la precaución de destruir.

Yo asentí como la alumna aventajada que quería parecer, aunque me reservaba la opinión al respecto. Era joven, pero no ingenua y no me iba a prestar a sus manejos sin tener guardado un as en la manga, aunque por el momento no haría uso de él.

Por lo visto pasé el primer examen con suficiencia porque, en sucesivas visitas a la legación, fue instruyéndome en todo tipo de artimañas que, a partir de entonces, debía usar en toda mi correspondencia con Turín. Me hizo gracia que a cada nombre o ciudad que se comentaba en las misivas le correspondía una cifra que debía ser recordada con precisión, o que las cartas dirigidas a su majestad Vittorio Emanuele II fueran encabezadas por el apodo de *Misero Padrone*, lo cual me arrancó una sonrisa que no fue compartida por el circunspecto secretario, que se tomaba su trabajo con excesiva gravedad.

En una de mis últimas visitas Nigra apareció malhumorado y con una preocupación fuera de lo normal. No era muy dado a exteriorizar sus sentimientos y por eso me resultó de lo más chocante.

—¡Dos meses! ¡Solo tenemos dos meses! —repitió gritando cuando entró en el despacho donde lo aguardaba.

—¿Para qué, excelencia? —le pregunté ajena a su desasosiego.

—¡Para que abra las puertas oficialmente el Congreso que dará paso a la firma del tratado para poner fin a la guerra de Crimea! —contestó exaltado—. ¡Habrà que darse prisa!

No pude añadir nada más. Aquello era el motivo de mi presencia en París; así me lo había explicado mi primo y eso significaba que no podía dormirme en los laureles. A partir de entonces tendría que emplearme a fondo si quería conseguir los favores del emperador, primero para obtener de él que el Piamonte pudiera sentarse a la mesa de negociaciones y para favorecer la causa italiana después.

Así que me puse con gran ahínco a recibir las últimas indicaciones. Mi instrucción resultó de lo más satisfactoria; ya estaba preparada, pero a pesar de ello jamás atisé en la expresión de

Nigra ningún tipo de entusiasmo por mis habilidades. Claro está que, a pesar de trabajar para la causa, reclamé unos cuantiosos estipendios para poder sufragar mis dotes seductoras; no quería aparentar ser una de tantas busconas que trepaban a las alcobas sin más honores que sus propios encantos.

Precisamente gracias a la princesa Matilde pude conocer el caso de una antecesora en el cargo de concubina real, una tal *miss* Howard, que ocupó el corazón del emperador durante los primeros tiempos de su reinado y a la que, tan pronto como se cansó de ella, le fueron robados hábilmente tanto papeles como cartas comprometedoras que conservaba de él. Por si acaso, y a continuación, la instalaron convenientemente a bordo de un barco que se disponía a franquear el canal de la Mancha rumbo a su patria. Yo no estaba dispuesta a repetir la misma historia y mucho menos a cambio de nada.

Nigra no discutió la cuantiosa pensión que debía anticiparme; fueron pródigos con el dinero. Quizás el Piamonte o el mismo rey entendieron que aquella era una cuestión de Estado y valoraron los posibles beneficios que mi abnegado acto podía reportarles. Yo no era mujer de medias tintas ni medias verdades. No quería amores a medias, ni siquiera medias traiciones. Lo quería todo o nada. Así que, un montante de 40 000 francos al mes no debía ser óbice para llevar a buen puerto mi empeño. Según se dice, «el buen paño en arca se vende» y yo quería estar deslumbrante. Además, me vino muy bien contar con una cantidad fija al mes que nos diera un respiro en casa.

La situación financiera de mi esposo empezaba a ser preocupante. Había dilapidado escandalosamente su hacienda intentando satisfacer mis caprichos cada vez más cuantiosos. A veces, en trajes que tan solo llevaba puestos media hora, gastaba una verdadera fortuna, y todo por el vano interés de ganarse mi confianza y mi cariño. No obtuvo ni lo uno ni lo otro y yo, en cambio, seguí gastando como si no hubiera un mañana. Al final, discusión tras discusión, el «pobre cornudo», como empecé a llamarlo, acabó por empeñarse pidiendo prestado a Beppo Poniatowski la fabulosa suma de 400 000 francos. ¡Qué triste y humillante pueden llegar a ser algunos hombres suplicando un amor no correspondido! En cambio, yo estaba feliz con mi estipendio oficial, aunque no pudiera revelar su origen. De aquella manera pude costearme, a escondidas de Francesco, varios trajes y joyas sofisticadas en los mejores orfebres de la calle Saint-Honoré y salvé la situación en la que nos encontrábamos.

La ocasión de poner en práctica lo aprendido me fue brindada, nuevamente, por mi gran apoyo en París, la princesa Matilde, en una de sus habituales recepciones en su residencia del número 24 de la calle Courcelles. Era finales de febrero de 1856 y había invitado de forma conveniente a su majestad que, en aquella oportunidad, no lucía ningún traje de gala ni las condecoraciones habituales de las grandes ocasiones. Tampoco iba acompañado por su más querido perro guardián, la emperatriz. Napoleón parecía un burgués de posibles y aquello me envalentonó para tomar la iniciativa. El fulgor de las fiestas palaciegas no iba a cegarme para lograr mi cometido.

Yo llevaba un vestido malva de excesivo escote, cuerpo muy entallado y amplia falda de volantes sobre una crinolina, que había encargado en el atelier de Mr. Worth, del cual se decía que empezaba a adquirir una especial influencia sobre los gustos y estilos de la emperatriz. Sobre el cuello, un carísimo y exclusivo collar de perlas y amatistas, con brazalete y pendientes a juego de Melleriodits Meller. Toda aquella parafernalia no le resultó indiferente a Louis, como se empeñó en que lo llamara en la intimidad, después de usar uno de los apelativos familiares para dirigirse a mí: *Ninni*.

En el transcurso de una charla de lo más amena sobre aspectos banales de mi querida Italia, en los que Louis estaba sorprendentemente versado, Matilde se destapó con una de sus famosas

boutades aupada por la concurrencia. La princesa, noble de cuna, pero con una incontenible inclinación hacia todo lo que oliera a bohemio, mandó traer al salón, entre muestras de algarabía, una botella de un licor verde acompañada de unas copas de cristal de fondo abultado, unas extrañas cucharillas y un cuenco repleto de terrones de azúcar.

Todos menos yo parecían familiarizados con aquel brebaje y Louis, galante como pocos, se aprestó a servirme con todo lujo de preparaciones una copa de aquel ajenjo. Primero puso un tercio de absenta, que ocupó el fondo de la copa, justo la medida de una onza, luego colocó una de aquellas cucharillas agujereadas sobre el borde y sobre ella, un terrón de azúcar.

—¿Cómo pretendéis que beba el licor de esta manera? —pregunté ingenua—. ¿Acaso se trata de algún juego que requiera habilidad?

—Aguardad un momento, querida Ninni, todavía falta algo... —me contestó mientras tomaba una jarra de agua fría que comenzó a derramar con cuidado sobre el azucarillo hasta que la bebida adquirió un color opalescente cuando se llenó la copa—. *Et voilà!* —exclamó y me acercó la bebida con una sonrisa en la boca—. Ahora, querida, debéis beber la absenta a pequeños sorbitos.

—¿Acaso es peligrosa...? ¿Tal vez hasta el punto de hacerme perder la cabeza? —le pregunté con malicia mientras chocaba mi copa con la suya para brindar.

—Es posible... —me insinuó—. Se la ofrecíamos a los soldados como un remedio contra las fiebres, pero, según decían, «el hada verde» también les insuflaba valentía suficiente como para ir contentos al frente.

—Entonces, bebamos. Aunque no es valentía lo que a mí me falta precisamente. —le dije al mismo tiempo que mis ojos se dilataban dando la bienvenida a la bebida y al descarado galanteo del emperador.

Salvo unos castos roces mientras se empeñaba en sostener mi mano —para admirar mis joyas según me dijo—, nada hubo de pecaminoso en aquel encuentro. Aproveché para sondearlo sobre la cuestión que había provocado mi encuentro con él y le pregunté abiertamente qué opinaba sobre la tan manida «cuestión italiana».

—Por cierto, querido Louis, ¿qué opináis sobre la situación en mi país?

—No sabía que os interesarais por las cuestiones políticas. En estos momentos vuestras preocupaciones debieran ser otras, mucho más placenteras... —se insinuó con una sonrisa pícaro mientras tomaba de nuevo mi mano para llevarla a sus labios.

—Cierto, pero también me inquieta la situación de los míos. Ya sabéis que siempre corren rumores de guerra contra Austria. La última vez no salimos muy bien parados que digamos, sin ningún país que nos socorriese. En un caso así mi esposo debería regresar precipitadamente al Piamonte para atender sus obligaciones con la corona... Sería una lástima, precisamente ahora que os acabo de conocer.

—No os inquietéis por eso, palomita. Os aseguro que, de momento, Francisco José I no tiene intenciones de emprender una nueva guerra. Tiene demasiados problemas en su Imperio; le crecen las revoluciones de un extremo a otro de sus territorios —dijo maliciosamente.

—Tampoco carecemos de ellas en el Piamonte. Ese revolucionario, Garibaldi, amenaza constantemente con «liberar» Italia por su cuenta hasta establecer una especie de Estado proletario... ¿Os imagináis tal cosa? ¿Qué sería de nosotros? Como sabéis, mi país siempre ha estado del lado de Francia y, según tengo entendido, en las negociaciones para la paz no va a recibir compensación alguna por el apoyo a la causa.

—Os repito que no tenéis que preocuparos por semejantes cosas... —dijo un poco molesto por la deriva política que tomaba la conversación y no la charla banal que esperaba cuando decidió encontrarse conmigo—. Bebed, por favor. Tal vez el licor haga que os olvidéis de

semejantes cuitas y os ayude a relajaros. Además, ya tengo decidido que el Piamonte se encuentre entre las potencias que negociarán el tratado... Como veis, al igual que a vos, también me preocupa vuestro pequeño país.

Yo estaba exultante. No sabía si aquella decisión se debía a mí o si, como decía, ya tenía pensada la presencia del Piamonte en aquel congreso, pero estaba convencida de que mi belleza no había sido ajena a ello. Entonces, mi actitud se tornó mucho más cariñosa y proclive al galanteo durante la velada, cosa que su majestad agradeció sobremanera.

Aunque sabía de su debilidad por las mujeres, Napoleón era comedido ante la presencia de extraños. A lo que se veía, necesitaba algo más de intimidad para dar rienda suelta a sus sentimientos y después de tomarse las licencias que el buen gusto permitía entre extraños, me citó a solas para acudir al día siguiente al Bosque de Bolonia, donde debíamos hacernos los encontradizos en alguna de sus recoletas plazas, para mantener un *tête à tête* mucho más íntimo y revelador. Entonces fui consciente de que había tenido éxito en mi empresa y salí de la residencia de Matilde ufana por mi victoria en aquella pequeña escaramuza. Ciertamente, la conversación política con una mujer no era algo de su agrado, por eso, ahora, para ganar aquella «guerra» singular, tendría que amarrar a mi víctima con todas las armas a mi disposición; todavía no había nada en firme y el interés del emperador podía trocarse gracias a alguna de aquellas «fulanas» insustanciales que atestaban las glorietas del parque.

París, 5 de noviembre de 1899

Oigo cómo repiquetean en el cristal las gotas de lluvia. Nunca me gustaron los días así, eran sinónimos de limpieza general cuando todavía vivía con mis padres. Mi madre, siempre atenta al orden, aprovechaba los días lluviosos para organizar un zafarrancho en el que participaba todo el servicio, incluso nosotras mismas. Hacía limpiar la plata y la vajilla, además de repasar nuestro ropero. Aquellos trajes que hacía tiempo que no nos poníamos o los que las aviesas polillas habían raído, los mandaba embalar para donarlos a la caridad. A veces, si arreciaba temporal, era el turno de sacar brillo a mis pocas joyas de niña, aunque, claro, de ese menester se ocupaban las mucamas bajo nuestra estricta supervisión; siempre se caía algún brillante del engarce.

Por eso hoy me ha dado por rebuscar en los cajones de mi cómoda. Allí, envueltas en un paño de terciopelo grana, guardaba las joyas que me negué a enajenar, con las que, si Dios quiere, deseo que me entierren. No están todas, ni son las mejores que llegué a lucir, pero tienen un gran valor para mí: un anillo de brillantes que perteneció a mi madre; la gargantilla de pedida que me regaló Francesco y que todavía no sé por qué guardo, pero de la que jamás me he podido desprender; una pulsera de perlas y amatistas y unos pendientes de rubíes regalo del emperador.

Escupí en cada una de ellas, como lo hacían las criadas, y empecé a frotarlas con un paño de lana, pero mis ojos, ya turbios, no me permitieron ver si habían recobrado su antiguo fulgor. Como no tenía ningún espejo, obvié ponérmelas para comprobar si todavía lucían en mi descompuesta cara, así que las volví a guardar para sumirme de nuevo en la nostalgia.

A mi mente acudieron de nuevo imágenes de mi antigua vida de esplendor, pero ya no me importaba el hecho de que aquellos momentos hubieran pasado; los viví con tanta fuerza que no me costaba evocarlos. Los episodios que más me gustaba recordar eran los que precedieron a los desastres a los que me tuve que enfrentar, justo cuando estaba en el zenit de mi éxito y mi trabajo estaba todavía por hacer.

.

No dejó de ser controvertida mi presencia en París durante aquellos primeros meses, tanto, que no había salón que se preciara donde no se hablara de mí. En un corto lapso de tiempo, la Verasis, Castiglione, Virginia, Nicchia o Ninni, como quisieran llamarme, logró despertar el interés, el recelo o la envidia de todo el mundo. Se disputaban mi presencia en cualquier fiesta. En el fondo era pura malicia por saber hasta dónde podía llegar en el vestir —mis atuendos livianos habían alcanzado fama— o en mi relación todavía incipiente con el emperador, que ya mostraba signos inequívocos de haberse prendado de mis encantos.

A tenor de todo esto, todavía recuerdo un lance que, por atrevido, no debería rememorar, pues cuando se supo fue todo un escándalo en la corte. Cuando en París ya no se hablaba de nadie más que de mí, el inefable marqués de Gallifet, que más que un don Juan era un maldito chismoso con ínfulas de *dandy*, se atrevió a poner en duda que «la Castiglione» fuera para tanto. No me conocía, pero se atrevió a decir que todo se trataba de una exageración, afirmando que mi fama se debía más a mi carácter vivaz e imaginativo que a mi hermosura, que, según él, siempre iba

acompañada de una espesa capa de maquillaje. Yo, ni corta ni perezosa, pretendí cortar de raíz aquella muestra de escepticismo para darle una lección que no olvidara en su vida y, de paso, vengarme de aquella sociedad ociosa que se entretenía con murmuraciones entre tazas de té y chocolate. Sabía que esa chusma ennoblecida no soportaba mi ascenso social y mucho menos haber llegado tan lejos en el favor imperial; por eso necesité de aquella acción tan escandalosa como arriesgada.

Invité a mi casa a Gallifet y, al llegar a la mansión, una criada condujo al marqués hasta la habitación donde yo lo estaba esperando completamente desnuda, solamente tapada por mi larga cabellera rubia de sirena y recostada sobre una *chaiselongue* forrada de raso negro. Había una tenue luz que hacía resaltar mis ojos verdes y mi piel nacarada. El marqués quedó tan impresionado al verme que cayó rendido a mis pies, prendado por mis habilidades en el arte del amor y de la seducción. «¡Oh Dios mío!... Sin duda es una diosa», fue lo único que atinó a decir mientras permanecía un buen rato contemplándome.

Después de aquel lance no pudo escatimar elogios para describirme cuando se hizo eco de lo que habían presenciado sus ojos. Desde entonces, se convirtió en uno de mis más acérrimos valedores, presumiendo de la mejor noche romántica de su vida. Él quedó satisfecho al igual que yo. Había conseguido desafiar a todos trocando mi mayor pecado en virtud, una especie de reclamo que me precedió allá donde fuese.

Pronto se difundió el rumor, del cual me siento especialmente orgullosa, de que en aquel momento en Europa existían cuatro emperatrices: Victoria de Inglaterra, Isabel de Austria, Eugenia de Francia y yo. Por supuesto, a las otras dos les tenía sin cuidado aquella rivalidad, porque no me conocían, pero a la mojegata de Eugenia no le hizo ni pizca de gracia. Entonces empezó una enemistad que solo terminaría con el fin de una de las dos.

Poco le iba a durar la alegría de recién casada a la Montijo, que rabió como una vulgar burguesa con los cuernos que su majestad le prodigó. Debería haber estado acostumbrada, porque no fui ni la primera ni la última que pasó por el lecho de su esposo, pero a mí me tomó especial inquina. Eso solo podía significar una cosa, que me consideraba una rival demasiado peligrosa; no hice nada por hacerla cambiar de parecer. A fin de cuentas, la igualaba por nacimiento, la superaba en belleza y podía competir con ella en inteligencia.

María Eugenia Ignacia Agustina de Palafox Portocarrero y Kirkpatrick, condesa de Teba, en lo único en lo que me aventajaba era en edad, diez años mayor que yo. Pertenecía a la más rancia nobleza española —emparentada con los Alba— y escocesa por vía materna. Era hija de un grande de España, militar, tuerto y, según se decía en su país, «afrancesado», cuyos incontables títulos nobiliarios costaría un día entero relatar, pero cuyo único mérito fue servir fielmente a José Bonaparte cuando este fue proclamado rey de España por su hermano Napoleón I, que lo condecoró en París después de perder el ojo en la lucha. Con tales antecedentes no es de extrañar que la educación de sus hijas se encaminara hacia Francia, donde eran más queridos que en la propia España.

Su madre, Enriqueta María Kirkpatrick de Closeburn, una alcahueta de mucho cuidado, mandó a estudiar a sus dos hijas, Eugenia y María Francisca, al colegio del Convento del Sagrado Corazón de París con el afán de buscarles un buen partido entre lo más granado de la nobleza gala. Las exhibió con tal profusión que parecía que las ofreciera al mejor postor en un mercado de esclavas, hasta que el 12 de abril de 1849 Eugenia fue presentada en el palacio del Elíseo al entonces presidente Bonaparte, que quedó arrebatado por sus encantos. Al fin, después de descartar diversas opciones para legitimar su ascenso al trono como emperador —la princesa Adelaida de Inglaterra, sobrina de la reina Victoria, le había dado calabazas—, se casó con ella el

30 de enero de 1853, convirtiéndola en emperatriz consorte. Como siempre sostuve, el hecho de que ella, y no yo, ocupara el trono de Francia solo fue una cuestión de tiempo. Sin duda, la historia siempre se equivoca.

De todas formas, y haciendo honor a la verdad, la encarnación del Imperio en aquella «beata» española no dejó de ser un éxito, cuyo mérito no fue tan solo suyo, sino de aquellos que se empeñaron en asesorarla en cuestiones estéticas y que, al fin, fueron los artífices de su grandeza. Los mejores modistas, perfumistas y joyeros rivalizaban para obtener su gracia y con ella el seguro reclamo para sus productos.

Aunque Eugenia también puso algo de su parte o, mejor dicho, lo pusieron las damas que a toda costa querían parecerse a ella. El dictado de su moda empezó con la ostensible manía de las señoras por colorearse el pelo con distintos tintes hasta obtener el tono más parecido al pelirrojo natural de la emperatriz, añadiendo al peinado aquellas redecillas que había traído de su bizarra tierra andaluza, lugar natural de gitanos y bandoleros.

Pero lo que de verdad marcó un cambio fue el hecho de conocer al señor Charles Worth, que pronto se convirtió en su primer *couturier*, como el de todas nosotras. Prácticamente no salía de su atelier, en el 7 de la calle de la Paz, siempre acompañada de su consejera áulica, la princesa Paulina de Metternich. De igual modo se hizo asidua del joyero Mellerio y de la modista Caroline Reboux. En cuanto aparecía alguna novedad, Eugenia no dudaba en adoptarla desde el momento en que le gustaba, así se trataba de sombreros de plumas de garza o de aves del paraíso; pañoletas, chales de Cachemira, albornos e incluso audaces escotes.

Mi rivalidad con ella no me impedía reconocer lo costoso que suponía ser la emperatriz de todos los franceses y encontré desmedido, incluso de mal gusto, las constantes críticas e improperios que le llovían procedentes de la oposición liberal. Algunos la tildaban de la nueva *madame Déficit*, en clara alusión a su antecesora, la manirrota María Antonieta. No obstante, ella siempre se encargaba de rebatir aquellas críticas por el excesivo despilfarro con una frase que bien pude pronunciar yo misma: «Me acusan de frívola y de amar demasiado la ropa, pero es absurdo; eso equivale a no darse cuenta del papel que debe desempeñar una soberana, que es como el de una actriz, ¡aunque aquél es más difícil! ¡La ropa forma parte de ese papel!».

También yo tuve esa sensación de estar en escena, siempre pendiente del escrutinio ajeno. Aquellas maledicencias unas veces me divertían y otras me irritaban, pero no podía dejar de ejercer mi papel, aunque tengo que reconocer que fui más libre para elegir mi atuendo que la propia emperatriz; no hubiera consentido otra cosa.

Cierto día, la princesa Matilde me contó un hecho insólito que me dejó perpleja. Hasta tal punto la emperatriz se debía a sus deberes y al dictado de la moda que tuvo que replegar su voluntad en aras de la responsabilidad política, además de dar gusto al señor Worth cuando este le presentó un traje de su creación. Era un vestido de color beige confeccionado con seda de Lyon, con el diseño tomado de un abanico chino. La emperatriz reaccionó con disgusto, comparándolo, aunque estuviera a la moda, con una tela de material para estores: «No voy a usarlo. Me haría parecer una cortina», dijo mientras hacía aspavientos de desagrado. Worth hizo un llamamiento a Napoleón, y al explicarle la importancia económica de la promoción de las sedas de Lyon, particularmente cuando era inminente una visita a aquella ciudad, el emperador hizo caso omiso del gusto de Eugenia y apeló a sus deberes políticos, sentando un precedente para Worth, quien entonces sintió que estaba en condiciones de acercarse a la emperatriz con cualquier artículo si él pensaba que sería beneficioso para la industria nacional o el comercio. Para Eugenia, aquello significó que sus vestidos posteriores, de apariencia similar, fueran denominados por ella como sus «trajes políticos».

Muy pronto, las más prestigiosas revistas de moda empezaron a hablar de Eugenia. Una de ellas, *The Englishwoman's Domestic Magazine*, se llenó de descripciones de sus vestidos y en particular del tamaño y la extravagancia de sus faldas y enaguas: «La emperatriz, por lo general, lleva una de estas enaguas de muselina, con una serie de volantes estrechos a la cintura»; «Las enaguas de la emperatriz son muy ligeras, pero se destacan mucho y, siguiendo su ejemplo, todas las damas de París están usando sus faldas muy anchas y amplias, una moda muy agradable para el clima cálido»; «Durante la estancia de la emperatriz en Fontainebleau, ella y algunas de las damas llevaban sus vestidos enrollados a lo largo de las enaguas de seda a rayas de colores muy vivos».

Con regularidad, el modista, acompañado por miembros de su equipo, visitaba a Eugenia en el palacio para hablar de los nuevos modelos y diseños. No siempre estaban de acuerdo, pero las ideas del diseñador generalmente prevalecían. La emperatriz lo recibía en su espacioso, pero escasamente amueblado vestuario, con sus espejos giratorios, su tocador cubierto de encaje blanco y cintas azules y un ascensor, ingeniosamente oculto en el cielorraso, a través del cual los vestidos de la emperatriz eran bajados de la sala de almacenamiento que había encima.

Ni Eugenia ni Worth gustaban de la crinolina, todavía de moda, pero sabían que no podrían desplazarla por el momento. Años más tarde decidieron que ya había tenido su tiempo y juntos acordaron un nuevo diseño que iba a cambiar la silueta de la mujer para la siguiente década. El nuevo vestido iba a ser recto y estrecho en el frente, pegado a la figura y con una falda saliente en la parte posterior para formar un polisón. La emperatriz y la princesa de Metternich llevaron tal diseño en un baile; su éxito fue instantáneo.

Una vez, Eugenia fue vista en las carreras sin un chal, en uno de los más elegantes eventos del año, algo inaudito para una dama de sociedad, por no hablar de la misma emperatriz. Ella, por sí sola, no era tan valiente como para hacer tal movimiento sin el respaldo de la princesa de Metternich, quien sentía que era una verdadera lástima que una de las elegantes creaciones de Worth estuviera oculta bajo un chal o una capa; su llegada causó sensación. El mundo de la moda rápidamente siguió su ejemplo y las calles de París pronto fueron un hervidero de señoras sin chales. Recuerdo también que muchos años más tarde, cuando la emperatriz y su gran séquito iban a viajar a Egipto para la inauguración oficial del canal de Suez, Worth recibió un pedido de más de cien vestidos para la emperatriz. La visita era de tal importancia diplomática, que Eugenia estaba decidida a lucir lo mejor posible para representar la gloria de Francia y el régimen imperial en una época de creciente inestabilidad política en el país. El modisto se puso a trabajar y los vestidos fueron entregados en palacio a tiempo para que la emperatriz saliera hacia Medio Oriente. Eugenia se mostró encantada, su diseñador favorito se había superado a sí mismo, usando oro y plata entretejida con seda y tul para confeccionar trajes impresionantes, incluyendo una soberbia «*toilette de ville* de seda color paja cubierto de encaje blanco», como decían las crónicas.

Así era el capricho de la moda, con lo cual no era extraño que todas anduviéramos de modista en modista encargando trajes que, al punto, ya se quedaban anticuados. Incluso Napoleón llegó a prohibir el uso de un vestido más de una vez; una restricción que se extendía en gran medida a todos los cortesanos. Bien es verdad que esta prohibición se aplicaba solo a los conjuntos oficiales y no a los vestidos de todos los días, pero ser dama en París se convirtió en una tortura, sobre todo para los que debían pagar aquellos necesarios, pero nunca bien entendidos caprichos.

6

París, 6 de noviembre de 1899

A veces, cuando miro las tristes paredes de mi hogar, oscuras, casi lúgubres, me acuerdo de las fabulosas casas y villas que habité, tanto aquí como en Turín y Florencia. Entonces todo era fascinante, lleno de oropeles y cientos de espejos que reflejaban mi belleza, multiplicándola para que ninguno de mis invitados olvidara quién era su anfitriona.

Hace frío, estoy aterida. Es una sensación que no recuerdo haber sufrido en toda mi vida y no solo por la ausencia de calefacción o por la falta de un leño crepitando en el hogar. Seguramente sería el mismo ardor de mi antigua juventud el que me mantenía tan fogosa, pues muchas veces solía corretear desnuda por los salones o cubierta tan solo por vaporosos camisones de una tela tan sutil que resultaba irrelevante ir cubierta. Mi esposo siempre me recriminaba aquella manía de aparecer de improviso como si fuera la misma Lady Godiva.

A mi lado, Francesco era un santurrón triste y aburrido; lo detestaba, aunque nunca se atrevió a prohibirme nada. Solo cuando su honor se vio mancillado por mi falta de decoro o los vientos venían cargados de habladurías —todas ellas completamente fundadas—, se arrancaba con gritos y amenazas que cesaban en cuanto le recordaba lo que tan inconscientemente había firmado el día que nos casamos o la lealtad superior que nos obligaba a salvar los intereses de nuestro amado Piamonte. «Algún día, Nicchia —me decía—, te abandonaré y regresaré a Turín con mi hijo... Sin duda eres una mala influencia para él. Eres una mala madre», no se cansaba de repetir a las primeras de cambio, hasta que lo dejaba con la palabra en la boca o él hacía como que se olvidaba del tema.

Pero ahora tenía un interés más perentorio que discutir con mi esposo; tenía en mis manos al emperador, como una presa a punto de ser cazada.

.

Después de nuestro breve encuentro en el Bosque de Bolonia mi relación con Napoleón fue sobre ruedas, y nunca mejor dicho, porque nuestros encuentros se iban sucediendo al albur de las circunstancias: desde el palacio de Compiègne, donde culminamos nuestra maravillosa noche de amor, hasta algún inmueble en pleno centro de París, pasando por las numerosas veladas que todo el mundo se empeñaba en preparar para obsequiar el ego desmedido de su majestad. Fuera donde fuera, todas las noches me esperaba en el callejón adyacente a mi casa un carruaje negro para llevarme al sitio pactado, lo mismo a un apartamento impersonal que a un lugar discreto de las Tullerías.

Recuerdo especialmente uno de aquellos actos, el celebrado el 27 de junio de 1856 en los jardines de Villeneuve-L'Estange, que los emperadores organizaron para agasajar a la gran duquesa Stephanie de Baden, en el que, a mitad de la fiesta, Louis y yo desaparecimos durante horas, causando un gran estrépito entre los presentes. Fue entonces cuando la emperatriz, con ojos en todos los rincones, descubrió que aquella era algo más que una relación pasajera y sometió a un estrecho marcaje a su ilustre esposo, declarándome la guerra en el más amplio sentido de la palabra.

Desde entonces tuvimos que ser mucho más cautos en nuestras citas. Napoleón III tenía una auténtica oficina dedicada a la organización de sus aventuras amorosas. Aquel negociado estaba dirigido por dos hombres, Mocquard y Hyrevoix, que alquilaban y gestionaban varios de aquellos *meublés* donde debían celebrarse los encuentros amorosos del soberano. Uno de los más frecuentados era el de la calle de Bac, al que me negué a acudir en mi primera cita al sospechar que no era la única que había ocupado aquella vivienda destinada a los placeres del amor. No obstante, más tarde tuve que acceder a ello; la situación se convirtió en agobiante, con la sombra de Eugenia y sus espías por todos los rincones, pero eso solo constituyó el final de nuestro idilio. Mientras, acaecieron momentos inolvidables de los que fueron testigos otros muros mucho más nobles.

A excepción hecha de cuando el emperador recibía visitas de Estado o era ocupado por la familia imperial durante los meses de otoño, el palacio de Compiègne era la residencia de la princesa Matilde, y teniéndola de nuestra parte no nos fue difícil concertar allí nuestra primera cita íntima. Ella fue la que organizó, en connivencia con su primo, aquel encuentro sin tantos sobresaltos. Yo estaba excitada con los preparativos, aunque reconozco que me los hubiera podido ahorrar sabiendo que mi amante estaría totalmente entregado. Aun así, durante el tiempo que duró la espera hasta acudir a Compiègne, fui la mujer más feliz de toda Francia, devanándome los sesos para saber cómo agradecerle. Al final, opté por lo más sencillo y lo que siempre me había funcionado, mostrarme tal cual era.

Elegí para la ocasión un camisón de seda verde, transparente como una ligera nube de primavera; a pesar de dejar poco a la imaginación, era tan sensual como para volver loco a mi amante. Para que todo fuera perfecto mandé confeccionar al mismísimo Pierre François Pascal Guerlain, en su establecimiento de la calle Rivoli, un perfume que hiciera enloquecer al galán más pasional. Supe que se había convertido en el perfumista oficial de la emperatriz y que había creado, especialmente para ella «el Agua de Colonia Imperial». Por supuesto, no iba a oler igual que Eugenia y tuve que pagar a precio de oro una composición exclusiva que elaboró con prisas. Aquel capricho me costó 5000 francos.

Sabía el efecto que aquel palacio causaba en el ánimo del Louis. No en balde fue allí mismo donde sedujo con insistencia a Eugenia en el otoño de 1852. Según pude saber, la española, maravillada por el efecto del rocío sobre un trébol durante un paseo por el parque del palacio, provocó que, poco después, el emperador le regalara un broche de esmeraldas y diamantes, el famoso «trébol de Compiègne», que acabó por rendir las falsas reticencias de la Montijo; y yo no iba a ser menos. No dejaba de pensar que, si tan solo hubiera coincidido mi presencia en París unos años antes, en estos momentos sería yo la que debiera temer los tejemanejes de otras arpías.

Cuando aparecí en el dormitorio de Louis con mi liviano atuendo, sus ojos por poco se salen de las órbitas. Comenzó a acariciarse compulsivamente los enormes bigotes, hasta que quedaron tan inhiestos como suponía que estaría su real miembro. Mientras, yo estaba prácticamente desnuda, exceptuando aquella gasa nebulosa y las gotas de perfume que convenientemente había depositado detrás de las orejas y en los pulsos. Él permanecía vestido, degustando un *cognac* en la *chaiselongue* que había debajo de un gran espejo, con las piernas estiradas y los pies sobre un escabel. El universo carmesí de entelados y tapicerías invitaban a la sensualidad y yo, con mi atuendo verde, desentonaba como una sombrilla en mitad de un aguacero. Así que, con un solo movimiento, hice que cayera hasta el suelo, como una hoja seca en otoño, hasta quedar literalmente desnuda.

Avancé lentamente hasta donde él estaba y, de un delicado puntapié, aparté el escabel de sus pies, sentándome sobre él. Le quité la copa de licor y tomé un sorbo para devolvérsela, manchada

de carmín, a sus manos; ya no pudo resistir más y me tomó por la fuerza, arrastrándome hasta la cama regia presidida por un dosel coronado por el águila napoleónica, quizá para que yo me diera cuenta de que iba a ser bendecida por aquella unión.

Cuando se desembarazó de su atuendo sentí torpemente su embestida. A pesar de sus formas no era mucho mejor que otros amantes que habían pasado por mi lecho; en cambio, era el único que podía cubrirme de gloria con su miembro, derramando su majestad en mi interior. Aquel día sentí que había alcanzado la cumbre de mi poder, llegando donde muchas ni siquiera soñaban. En ese momento no pensé en el Piamonte ni en Cavour ni en Vittorio Emanuele II y mucho menos en mi esposo; quería convertirme en la reina de su corazón, la emperatriz de sus deseos, aunque fuera entre aquellas paredes púrpura, y soñé con el futuro de lujo que me aguardaba. Según decían, Napoleón no era cicatero con sus amantes y manejaba el dinero pródigamente para satisfacer hasta el último de los caprichos de las mujeres que ocupaban su alcoba, aunque no era menos cierto que su interés por las mujeres era igual de voluble que sus pensamientos. Por eso debía aprovechar al máximo el tiempo que me había sido dado para alcanzar mi doble objetivo: convencer al emperador sobre la conveniencia de apoyar al Piamonte en una hipotética guerra contra Austria, y el que más me interesaba, reinar sobre París como la estrella más refulgente del firmamento femenino.

Después de ese encuentro se sucedieron muchos más durante aquel largo y excitante año, en el cual fui envidiada y odiada a partes iguales. Ciertamente era que en la mayoría de bailes de la corte iba acompañada por Francesco, pero a pesar de estar corroído por los celos no tuve motivos para inquietarme por su comportamiento, al menos entre la gente. Otra cosa fue el proceder de otros, generalmente gente notable dentro de la diplomacia europea, cuando se hizo público el idilio que su majestad mantenía con la Castiglione o, como maliciosamente me llamaron a partir de entonces, *el coño de oro imperial*.

Recuerdo una ocasión, durante un baile en las Tullerías, mientras se llevaban a cabo las conversaciones del tratado de paz de París para poner fin a la guerra de Crimea, en la que el embajador austríaco, sabedor de mis artimañas para influenciar la postura de Napoleón respecto del Piamonte, se atrevió a interpelar al emperador después de haber bailado conmigo.

—*Sire...* —habló el embajador Hübner haciendo una leve reverencia—. Debiera recordar a su majestad el malestar que causa en toda Europa el hecho de que el Reino de Cerdeña se sienta a la mesa de las negociaciones en igualdad de condiciones que los demás... Austria, para Francia, es ciertamente un matrimonio de conveniencia, pero Italia tan solo se trata de una pasión peligrosa —dijo en clara referencia al idilio que mantenía conmigo.

Aquella velada amenaza no fue de su total agrado, pero a pesar de ello no se dejó intimidar por sus palabras y le espetó:

—Procuraré no olvidarlo, excelencia. —Seguro de su posición dominante en el tablero europeo de las potencias.

Para entonces yo ya estaba aupada a lo más grande y mis caprichos crecieron hasta cotas ilimitadas, al igual que mi influencia: joyas, villas y cualquier cosa que me hiciera destacar de entre todas. Incluso llegué a encargar un baño portátil, un bidé que costó la friolera de 65 000 francos y que llevaba siempre conmigo cuando necesitaba desplazarme. Quizás aquel descaro con el que me hacía notar fue el principio de mi caída, pero yo entonces no me daba cuenta.

De aquellas aventuras y de otras tantas que acaecieron durante aquel glorioso año fui dando puntual noticia a mis contactos en la embajada y en la corte de Turín. Cuando por fin se dieron cita en París los principales miembros de las delegaciones que debían firmar la paz, la legación piamontesa ya era conocedora de mis logros y, por tanto, de la proclive voluntad del emperador

hacia los intereses italianos.

Informados por Nigra, mi esposo y yo supimos del recelo que causaba entre las potencias europeas el hecho de que el irrelevante Piamonte se sentara a la mesa de negociaciones en igualdad de condiciones. Su intervención en la guerra, más simbólica que efectiva, había sido motivada por un afán territorial en la península italiana, de la que todos eran sobradamente conocedores. Austria, aunque no intervino de forma directa, pues no era uno de los contendientes, fue la más combativa contra nuestros intereses, ya que una parte sustancial del territorio transalpino estaba bajo su gobierno: la Lombardía, el Véneto y el Gran Ducado de la Toscana que, pese a ser independiente, estaba gobernado por la misma dinastía. Pero, en general, nadie estaba por la labor de subvertir el *statu quo* europeo que se forjó tras la caída de Napoleón I en el Congreso de Viena, so pena de alimentar una nueva «primavera de los pueblos», que ya había provocado numerosas revoluciones en toda Europa en el año 1848.

El resultado del tratado de paz fue el esperado, el mismo que me había anticipado Cavour; ninguna compensación territorial para el Piamonte, pues aquello hubiera llevado a una guerra total con Austria. Por el contrario, el primo Camillo, que asistió en el último momento para la firma, arrancó, en conversaciones secretas con el mismísimo Napoleón III, un tratado que beneficiaba a la larga nuestros intereses. Por aquella alianza, solo si el Reino de Cerdeña-Piamonte era atacado por el Imperio austríaco, Francia entraría en guerra a nuestro lado, a cambio, eso sí, de una compensación territorial menor, si se tenía en cuenta lo que iba a ganar el Piamonte con el conflicto. Aquello era precisamente lo que quería Cavour y ya se encargaría él de que Austria fuera la primera en iniciar las hostilidades.

Por otro lado, yo conocía a la perfección los pensamientos mudables de Napoleón que, con gran esfuerzo y sin que llegara a notarse, intenté moldear en cada encuentro. Estaba convencida de que, amando mi belleza, llegaría a amar a toda Italia y, sobre todo, la idea que de ella teníamos. Jamás quiso significarse abiertamente con el Piamonte, pero tenía una especial querencia por el concepto de Italia aunque, para él, lo italiano era una idea difusa que no llegaba a entender en su totalidad. Por un lado defendía lo que llamaba *el pueblo italiano* y, por otro, se mostraba implacable en su defensa a ultranza del papa, pues estaba convencido, y no se cansaba de repetir, que su obligación como emperador era proteger la religión y al pontífice, como una suerte de reedición del antiguo Imperio romano. Yo estaba persuadida de que aquellas ideas se las había insuflado la piadosa y recalcitrante emperatriz, pero si alguien podía ocupar aquel puesto en el orden mundial, era él, y de eso sí que estaba convencida. La verdad es que lo único que le interesaba era la grandeza de Francia, que a menudo confundía con la suya propia. El concepto de sí mismo, el de una especie de César redivivo, destinado a regir los designios de Europa, como ya lo intentó su tío abuelo, el primero de los Bonaparte, era su único acicate, y yo me sentía su peculiar Cleopatra, la única que podía entenderlo, mientras le proporcionaba los placeres más excelsos que una italiana podía ofrecer.

Si bien el resultado de mis desvelos fue el esperado, no me salió gratis tanto esfuerzo. La vida suele dar una de cal y cien de arena, y a mí me tenía reservado un castigo que, para mi ego superlativo, fue la peor de las derrotas.

Mi querido Francesco, que hasta ese momento solo había tenido excepcionales conatos de celos, ya era sabedor, como el resto de Francia, de que me había convertido en la concubina del emperador. Los cuernos, por muy llevaderos que fueran, resultaban insoportables cuando todo el mundo sonreía a su alrededor, convirtiéndolo en una especie de pelele; una marioneta despreciada por todos. Por eso, en mis últimas apariciones en sociedad se negó a acompañarme, aunque eso no me arredró para exhibirme como la favorita. Él, que me había aupado con su apellido a lo más

grande, resultaba ahora un ser patético a la sombra de una gran mujer y su ego, aunque comedido, no pudo soportarlo, ni siquiera por causa de nuestro querido soberano Vittorio Emanuele, del que era su ayudante.

Todo se sucedió de forma convulsa, casi al mismo tiempo. Francesco me abandonó, llevándose consigo a mi hijo, el pequeño Giorgio, para regresar con él a la corte de Turín. No es que me importara, en el fondo lo agradecí, pero irse como se fue, de aquel modo tan intempestivo, solo consiguió que los rumores aumentaran y eso lo perjudicó más de lo que él creía; las chanzas se multiplicaron, pero yo era inmune a ellas.

En aquellos días no tenía ni tiempo ni ganas para sus cuidados. El niño permanecía demasiado tiempo en su habitación, al cuidado de las amas de cría o las doncellas que se ocupaban de su bienestar. Hasta Francesco parecía mejor «madre», pues le prodigaba unos mimos que yo era incapaz de darle y que un padre no solía dispensar tan alegremente como él lo hacía. Se fue sin hacer ruido, sin montar escenas ni soltarme sentencias; en el fondo sabía que todo lo que hiciera resultaría infructuoso. Yo no iba a cambiar, ni alejarme del sol que, por aquel entonces, más calentaba, mi adorado Louis. Tan solo me dejó una carta, en la que me informaba de sus intenciones de regresar al palacio de Costigliole d'Asti. Allí confiaba en criar a nuestro hijo en un ambiente mucho más «saludable» que el de París, donde quizá, cuando fuera mayor, se sintiera decepcionado de mí.

Querida Nicchia, me marchó. Regreso al que fue nuestro hogar, donde si hubieras puesto un poco de tu parte, tal vez hubiéramos logrado ser felices. Te dejo con tu ansiada libertad para hacer lo que te plazca, pero me llevo a Giorgio conmigo. Después de arrastrar mi nombre, ¿qué vas a legar a tu hijo salvo el apellido de una cortesana? Cualquier gata sería mejor madre que tú, por eso lo alejo de tus malas influencias, para que no tenga que avergonzarse de las correrías de su querida madre.

FRANCESCO

Ni me inmuté por aquella nimiedad. Francesco siempre fue un poco dado al melodrama y decidí tomármelo con la mayor frialdad posible. «¡Pobre cornudo!», simplemente me dejaba el terreno libre para ser feliz y aquel día salí de compras para encargarme varios vestidos. Tenía veinte años y no había nada ni nadie que pudiera cortar mis alas de inquieta golondrina.

Pero lo que verdaderamente supuso un terremoto en mi vida fue lo acaecido el 2 de abril de 1857, en una de las visitas del emperador a la recién «liberada» mansión de la calle Montaigne. Sin un marido que ejerciera una férrea vigilancia, tenía el campo libre para vivir mi historia de amor con Louis.

Me creí tan poderosa que ese fue el motivo de mi brutal caída. Subestimé la influencia de la emperatriz Eugenia y de sus largos tentáculos. Ella misma urdió una trama truculenta junto a los servicios secretos imperiales para que un exaltado corso, de nombre Giacomo Griscelli, intentara atentar contra su real persona. La agresión pronto fue reducida por la misma guardia que se encargaba de su seguridad, quedando todo ello en un mero susto, aunque su consecuencia fue más dramática que el mismo desenlace.

Los servicios secretos de los ministerios de Exteriores y Gobernación pronto dieron con una supuesta trama de revolucionarios italianos de influencia *mazzinianas* y que, según la versión oficial, pretendía extender por toda Europa sus postulados populistas y republicanos valiéndose de la fuerza y de regicidios como el que pensaban perpetrar en la persona del emperador. Quisieron mancillar mi nombre con aquel baldón, como si yo estuviera detrás de aquellos movimientos subversivos y me presionaron convenientemente sin que pudiera acceder a la magnanimidad del soberano.

Para evitar ser expulsada de Francia, con el consiguiente perjuicio para mi imagen, tuve que prestarme a su siniestro juego y acepté salir voluntariamente del país para hacer un supuesto viaje de placer a Londres, con gran dolor de mi corazón.

El emperador, persuadido del peligro que corría, se dejó convencer por aquellas patrañas urdidas por Eugenia y las fuerzas que obraban en su Gobierno por liberarse de mis artimañas, pero lo que más me dolió fue que, en su fuero interno, estaba convencido de que debía deshacerse de mí, como pude comprobar a mi regreso a París en el otoño de 1857 de camino a mi «dorado» exilio. Después de un frío encuentro en Compiègne supe que me había convertido en una molestia para él, a pesar de que sus ojos todavía me deseaban. Cuando me hizo un soberbio regalo, después de estampar en mis mejillas un beso que me supo al de Judas, comprendí que este había sido el último, como una condecoración por los servicios prestados.

Aquel collar de perlas con un brillante en el engarce lo enajené a un prestamista que me ofreció sus buenos francos por él; no quería nada que no me hubiera ganado, ni siquiera una joya que significaba licenciarme como su «favorita». Vendí también todas mis posesiones y lo que no me pude llevar. Con ello conseguí una cuantiosa suma de dinero que me permitió recorrer media Europa para quitarme el disgusto de haber sido apartada del favor real: Londres, Madeira, Baden-Baden, Marienbad, Spa y cualquier lugar que me recordara lo mejor de aquella sociedad de la que no estaba dispuesta a apearme.

No estaba acabada, a pesar de saber lo que se comentaría en las tertulias de la siempre chismosa París. A fin de cuentas, en la rueda de la vida, unas veces se está arriba y otras tantas abajo, aunque yo estaba dispuesta a subvertir aquel sino sin dejarme abatir por las circunstancias. Cuando me cansé de dar vueltas por medio mundo para disimular mi caída, me refugié en mi hogar, La Spezia, en aquella Villa de Isola que tanta fuerza me daba y que me permitiría pensar en lo que mejor me convenía. Sabía que, por el momento, no podría regresar durante algún tiempo a París, así que no me quedaba otra que aceptar las circunstancias y sacar beneficio de la situación.

No me faltó el consuelo de mi primo. Camillo vino solícito a saludarme en cuanto tuvo conocimiento de que me había instalado de nuevo en La Spezia; ya sabía lo que había acontecido y deseaba compensarme de alguna manera. También me informó de cómo se encontraban mi hijo y mi esposo y de los esfuerzos que tuvo que hacer para acercar posiciones, pero yo no estaba por la labor de regresar con el «cornudo», aunque acepté a regañadientes reunirme con él ante las súplicas de Camillo. Según me dijo, mi hijo me echaba de menos gracias a que el «bueno» de Francesco había mantenido la llama de su amor filial sin contarle en qué se había convertido su madre y ardía en deseos de volverme a ver. ¡Cuán estúpida es la añoranza! Idealiza desmedidamente lo que nunca existió.

El encuentro tuvo lugar en mi casa y tuve que mostrarme, a ruegos de Francesco, como una madre cariñosa, aunque no quería saber nada de volver a habitar aquel espantoso castillo de los arrabales de Turín. El hecho de que hubiera vuelto no significaba que me iba a amoldar a ser lo que nunca fui, una madre amorosa y una esposa solícita. Me avine, no obstante, a residir en la corte, en una casa de las montañas, Villa Gloria, y a permitir las visitas de mi hijo en días pactados para que no tuviera nostalgia de su madre.

Retomé mi vida social, aunque Turín no era París; seguía siendo la triste y aburrida ciudad provinciana que había abandonado unos años antes.

París, 7 de noviembre de 1899

Sigue haciendo un frío insoportable. Esta mañana me he levantado entumecida por el reuma que va carcomiendo mis huesos. Si no fuera porque lo último que desearía es que me viera nadie, saldría a dar un paseo por los jardines del Louvre; lo único que quedó del antiguo palacio de las Tullerías. Incluso el sol, cicatero en esta época del año, me prodigaría el calor suficiente para que mis piernas pudieran recobrar su antigua vitalidad.

Tengo sesenta y dos años y a este paso no creo que llegue a cumplir los sesenta y tres, pero tampoco lo deseo. ¿A qué añadir más tiempo a la decadencia?

Qué diferencia de cuando tenía veinte. Siendo tan joven ya había arruinado mi matrimonio, me había encamado con el emperador de Francia y había sido invitada a abandonar el país cuando caí en desgracia, pero no me importó. No estaba acabada ni mucho menos; mi lozanía y hermosura estaba en lo más alto y después de un breve paso por La Spezia, el único lugar donde conseguía recargar mis fuerzas, recuperé mi ansiada vitalidad.

.

Durante el verano de 1858 recibí la visita de mi padre, que ya estaba de vuelta de una misión en San Petersburgo, donde era secretario de legación, puesto que había conseguido a cambio de mis favores políticos. Había acudido para restablecer las relaciones diplomáticas, interrumpidas desde el año 1848, y había regresado exultante, lleno de confianza en sí mismo, cosa que me transmitió.

Salimos a montar a caballo por las montañas de Isola, como aquella vez en la que tuvo que comunicarme lo de mi diario y el posterior desenlace que culminó con mi boda. En esta ocasión no tuvo que darme malas noticias, ni regañarme por mi comportamiento. Ya sabía de mis correrías por París y de mi fracasado matrimonio, pero el resultado de aquel sacrificio había sido provechoso para todos y obvió hablar de ello al principio.

Después de descabalar cuando alcanzamos un promontorio, desde el que se veía el mar extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, me preguntó:

—Nicchia..., ¿eres feliz? —Mientras hablaba observaba el mar, tan azul en el horizonte que parecía una promesa de paz.

—¿En estos momentos?... Sí. —A pesar de estar convencida de ello, le contesté con cierto titubeo.

—Hija, no tienes por qué mentirme. Tu madre y yo sabemos por todo lo que has pasados durante este último año y...

—Entonces sabrás que lo que ha sucedido también ha sido por mi propia voluntad. Si te refieres a lo del emperador..., tan solo ha sido un pequeño malentendido, gajes del oficio. En cuanto todo esto pase pienso volver a París y...

—Nicchia —me interpeló cogiéndome del brazo para obligarme a mirarlo a los ojos—. Yo me refería a tu marido y a tu hijo. Tu madre y yo pensamos que...

—¿Qué sucede? ¿Acaso teméis que os salpique el escándalo? No teníais tantos remilgos

cuando me ofrecí a los brazos de Napoleón en aras de la patria. Bien os lo han sabido recompensar con una prometedor carrera diplomática, ¿no es cierto?... Lo siento, padre, pero debisteis haberlo pensar mejor cuando me casasteis con Francesco... Él no significa nada para mí.

—¡Pero está tu hijo! —dijo rotundo, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

Enseguida, ante la mirada implacable que le dispensé, mi padre me soltó el brazo y agachó la cabeza. En el fondo pensaba que había hecho lo mejor conmigo casándome con un buen partido, como cualquier padre hubiera deseado, como se esperaba que lo hiciera una mujer de mi posición; a pesar de conocer perfectamente cómo era mi carácter sentía que el hecho de no ser una madre devota estaba mal y así me lo hizo saber.

—Nicchia, solo quiero que no tengas que arrepentirte de tus decisiones. Tu hijo crecerá sin el amor de su madre y no me gustaría que algún día, cuando lo necesites, él te trate con desdén o frialdad.

—No os preocupéis, padre —respondí cambiando el tono de reproche de mis palabras por otro más cariñoso—. Ahora que he regresado le prometo que intentaré ocuparme de Giorgio. Todavía es muy pequeño y creo que no es consciente de nada. En el fondo sé que Francesco jamás le contaría nada malo de mí y se lo agradezco. En ese aspecto estoy segura de que hicisteis una buena elección al pensar en él como mi esposo.

Mi padre volvió a montar su caballo sin pronunciar palabra y permaneció así durante un buen rato hasta llegar a casa. Yo sabía, por su manera de proceder, que algo más se guardaba en el interior y no estaba dispuesta a que se marchara sin contarme lo que me ocultaba.

—Padre, lo conozco muy bien y sé que si se va sin decir lo que ha venido a contarme, eso le acarrearé un gran disgusto.

—Hay que ver lo bien que me conoces, hija... Sí, hay algo de lo que creo que debería advertirte. Gracias a mi trabajo he podido saber que su excelencia, nuestro primo el conde de Cavour, tiene previsto en estos días reunirse con Napoleón III en Plombières y corren rumores por todas las cancillerías de una guerra inminente contra Austria.

—Siento decepcionarlo, padre, pero ya sabía de estas cosas... ¿Acaso desconoce que he sido una de las principales artífices para conseguir que se fraguara este acuerdo?

—¿Tú, Nicchia?

—¿Por quién me tomáis, padre? ¿Acaso pensabais que mi *affaire* con el emperador fue tan solo el capricho de una jovencita alocada? ¿Qué solo pasé por su alcoba para satisfacer mi ansias libidinosas?... Sé que tal vez la historia no recoja todos mis desvelos por la patria, pero si alguien puede colgarse una medalla en este lance, esa es su hija.

—Yo... —intentó iniciar una frase que pronto corté ante las ganas que tenía de explicarle lo eficiente que había sido como agente secreto al servicio del Piamonte.

—No se esfuerce, padre, pero mucho antes de que lleguen las noticias a la corte, yo tengo información puntual de todo. Aquel ridículo incidente por el cual fui invitada a salir de París no fue nada para lo que últimamente le ha sucedido al emperador, y eso que ya no estoy allí para convertirme en el chivo expiatorio de su Gobierno. No hace mucho, en abril, he sabido de otro intento de atentado por parte de un tal Felice Orsini, un exaltado nacionalista italiano que comulgaba con las ideas «carbonarias» con las que había tonteado su majestad en la juventud. Desde la cárcel le ha mandado insistentes misivas apelando a su pasado para pedirle ayuda para Italia y, por lo que lo conozco, esta vez creo que se ha convencido de que es necesario ayudar a nuestro país. La amenaza de Garibaldi, de la cual ya le advertí, es mucho más fuerte cada día que pasa y creo que ha llegado el momento de la verdad para Italia.

—Querida hija, en el fondo me siento orgulloso de ti. Si hubieras nacido varón, ¡qué gran ministro habrías sido! Hubieras sucedido al primo Camillo en su puesto, no me cabe la menor duda. No obstante, nos esperan tiempos convulsos. Si vamos a la guerra, tal vez acabemos, en el mejor de los casos, en el exilio... No sé, pero no acabo de fiarme de Napoleón, es tan voluble...

—Perded cuidado. Esta vez la suerte le sonreirá a nuestra patria. El emperador no nos abandonará, lo sé —lo tranquilicé, conocedora de lo que hablaba. Sabía que en aquel momento Louis se estaría acordando de mí y no me iba a dejar desamparada, aunque oficialmente tuviera vetado el contacto conmigo.

Mi padre se marchó al día siguiente. Debía regresar a San Petersburgo para sustituir al anciano embajador Sauli; tenía que hacerse cargo de la legación para garantizar la neutralidad rusa ante el conflicto que se avecinaba.

Yo me sentía liberada de mis «obligaciones». Había cumplido con creces y ahora tocaba divertirse. Después de París, sabía que mi «mercancía» se había revalorizado y estaba a la altura de cualquier lecho regio, a los que ya me había acostumbrado. Mi colaboración no le era ajena a Vittorio Emanuele, el *Misero Padrone* de mis misivas secretas, y con ese ánimo le escribí una escueta nota en la que solo puse: «Si me queréis, llamadme». El monarca me contestó de una forma igualmente concisa: «Os quiero». Y así comenzó un nuevo romance real.

No podía competir con la que, de facto, era la reina del Piamonte, Rosa Vercellana, aquella oronda burguesa que tantas satisfacciones le ofrecía a Vittorio, otro burgués de espíritu, pero mi alma juvenil y algo alocada era como agua de mayo para el soberano, que siguió pagando mis dispendios satisfecho por el trabajo realizado.

La casa de Villa Gloria fue mi pequeña corte privada, donde recibía al rey para relajarlo de sus múltiples preocupaciones, que en aquel tiempo eran muchas, y donde me fue informando puntualmente de cómo se desenvolvían los acontecimientos. Allí me enteré del comienzo de las hostilidades en la que dio en llamarse la *segunda guerra de la Independencia*, que requirió de un alambicado proceso hasta que Austria picó el anzuelo y nos declaró la guerra.

Muchos, cuando los rumores de conflicto se hicieron realidad, optaron por huir, seguros de que el Piamonte no podría con el envite austríaco. Yo no me inmuté, ni siquiera me marché a La Spezia y permanecí en Villa Gloria, en Turín, convencida de que al final Francia, y con ella el emperador, vendrían en nuestra ayuda.

Cavour movilizó el ejército piemontés en la frontera con Lombardía, acampando las tropas entre Alessandria, Valenza y Casale. El 29 de abril de 1859 los austriacos cruzaron el río Ticine, invadiendo el Piamonte hasta ocupar Novara, Montara y Gozzano, llegando a tan solo 50 kilómetros de Turín. Aquello significó la entrada de Francia en la guerra de nuestro lado; era la excusa que todos buscaban.

La titubeante respuesta austríaca y su repliegue en los primeros momentos facilitó que, el 14 de mayo de aquel mismo año, desembarcaran las tropas francesas en Génova para reforzar al ejército piemontés, asumiendo el mando el mismo emperador. Se sucedieron las escaramuzas que, en principio, fueron favorables a nuestros intereses, pero la batalla que decantó la guerra fue la de Magenta. Nosotros sufrimos 4600 bajas por más de 10 000 del bando austríaco.

Poco antes de abandonar París hice ciertas amistades que me resultaron más convenientes que la propia relación con el emperador. Hacía tiempo que había comprendido que el amor, aparte de procurar placer, servía para algo más productivo, como era la riqueza. Cuando conocí a Alphonse de Rostchild, perteneciente a la familia de banqueros más ilustre de Europa, comenzó una fructífera relación que nos reportó más satisfacciones que las que procuraba la alcoba.

Precisamente, al tener oportunidad de conocer el resultado de la guerra mucho antes que la

gaceta oficial de Francia o la de Turín, gracias a un primo que estaba en el frente, me permitió ponerme en contacto con Alphonse un par de días antes de que se supiese el desenlace del conflicto. Tiempo más que suficiente para que se deshiciese de ciertos valores y empréstitos austríacos que, al evidenciarse la derrota, cayeron en picado en la Bolsa de París. Aquello nos hizo ganar muchísimo dinero, una verdadera fortuna que me aseguraba, de momento, poder llevar aquel tren de vida que me había hecho famosa. En aquel tiempo soñaba con volver a París por la puerta grande y ahora estaba segura de que aquel sueño pronto se haría realidad.

Pero, por desgracia, la victoria de Magenta, aunque permitió la entrada triunfal el día 8 de junio de Napoleón III y Vittorio Emanuele II en Milán, después de que un par de días antes los austríacos abandonaran la ciudad a la llegada del victorioso general Mac-Mahon, no fue el final de la guerra. Aún se sucedieron más batallas, hasta culminar en el desastre de Solferino. Digo bien pues, aunque significó la rendición de los austríacos, sembró el campo de batalla, entre muertos y heridos abandonados a su suerte, de más de 40 000 soldados de ambos bandos.

Aquel horror, del que se habló durante mucho tiempo, significó años más tarde la creación de un movimiento que, bajo el lema «Todos hermanos», se denominó Cruz Roja, nacido para socorrer a los heridos sin atender al bando al que pertenecieran. Noble empeño aquel, pero, sin duda, del todo infructuoso. Las guerras, por desgracia, se fueron sucediendo para barrer no solo a los combatientes, sino a toda una sociedad de la que yo también formaba parte.

Pero en aquel momento no estaba por la labor de lamentarme por el resultado del conflicto. No solo había ganado mi país, sino que, gracias a la victoria, estaba mucho más cerca del perdón que necesitaba de Napoleón III para regresar a mi añorado París. Sabía que el triunfo ablandaría su corazón y contuve el aliento a la espera de la misiva que me otorgara su indulgencia.

De todas formas, la paz firmada en Zurich el 11 de noviembre por los franceses, a espaldas del Piamonte, no fue el resultado esperado por todos. Napoleón, de haberse prolongado las hostilidades, temía la implicación de otras potencias en el conflicto y se apresuró a aceptar la capitulación austríaca, que le cedió la Lombardía, manteniendo sus otras posesiones en Italia. A pesar de todo ello y gracias a los acuerdos de Turín, a principios de 1860 Francia le cedió a su vez dicho territorio al Piamonte a cambio de la Saboya y de la ciudad de Niza, una compensación que proporcionaría la excusa ante la opinión pública francesa por haber participado en aquella guerra que les era del todo ajena. Pronto, el resto de los pequeños estados limítrofes —Toscana, Módena, Parma y Emilia-Romagna—, mediante plebiscitos perfectamente amañados por Cavour, se unieron a la monarquía sabauda y se fue completando el mapa de una floreciente Italia, a la que todavía le quedaban tres perlas para culminar su unidad: Venecia, Nápoles y la eterna Roma.

Aquel mismo año, y gracias al revolucionario Garibaldi, se sumó el Reino de las Dos Sicilias tras una cruenta guerra que acabó por derrocar a los Borbones del sur de la península. De aquella manera, el 17 de marzo de 1861 y salvo el Véneto, en manos austríacas, y Roma, bajo el poder de Pío IX, Vittorio Emanuele se proclamó rey de Italia «por la gracia de Dios y la voluntad del pueblo», siendo reconocido por todas las potencias europeas a pesar de contravenir los tratados establecidos. La corte, situada en un lugar excéntrico de la península, tuvo que trasladarse a Florencia, donde el Gobierno podía controlar mejor los últimos movimientos hasta completar la nación, pero yo no iba a marchar con ella como si fuera una vulgar titiritera.

A pesar de ser tan joven, y como le dije a mi primo antes de morir aquel mismo año, ya había culminado mi misión en este mundo. Aquello me liberaba por completo de cualquier aventura política y me apresuré a escribir a su majestad el emperador Napoleón para que me permitiese volver a París.

No tardé en recibir contestación suya, en la que amablemente levantaba el veto para mi

regreso. En sus escuetas palabras pude intuir que no le desagradaba la idea de volverme a ver, pero yo ya sabía que su lecho no se había quedado frío durante mi ausencia. No era ingenua y, a pesar de no rechazar el favor real, ya no sentía la necesidad imperiosa de forzar aquella relación. Sabía que todavía me quedaban muchas cosas por hacer y no precisamente en Turín.

Antes de regresar de nuevo a París tuve tiempo de despedirme de mi querido Camillo. Poco le duró la alegría de ver realizado su sueño. «Italia ya está hecha, todo está listo», me dijo mientras tomaba mi mano poco antes de morir el 6 de junio de 1861, víctima de la malaria, en su palacio de Turín; el pobre tan solo tenía cincuenta años. Falleció soltero, sin descendencia y sin una mujer que llorara su pérdida, pero a cambio consiguió entrar en un lugar vedado a la mayoría de los mortales: la historia. Aquello me hizo reflexionar profundamente y lo envidié al exhalar su último suspiro. Había alcanzado la gloria, algo más imperecedero que el amor y el dinero.

Con veinticuatro primaveras me apresté a hacer el equipaje con la ansiedad que da el anhelo por volver a la vida. Me llevé conmigo a Giorgio; quería darle un futuro lleno de alicientes, lejos del aburrido de su padre, que no puso impedimento para ello. Él sabía que la situación era demasiado convulsa para poder ocuparse de su hijo en aquel momento de tantos cambios y tuvo que claudicar ante los ruegos del pequeño, que todavía no sabía lo que le esperaba en la Ciudad de la Luz, encantado de volver a vivir con su añorada madre.

8

Cuando mi hijo y yo nos instalamos en París elegí el barrio de Passy, uno de los más exclusivos de la capital, en el 51 de la calle Nicolo, entre el Bosque de Bolonia y los jardines del Trocadero. No fue una elección casual. Unos años antes de mi precipitada huida había conocido al fascinante fotógrafo Pierre-Louis Pierson cuando se unió a los hermanos Mayer, que tenían su estudio en el bulevar de los Capuchinos. Hice varios posados para ellos y enseguida me sugirió aquel emplazamiento, en la nueva zona de moda parisina. Yo entonces no atendí sus sugerencias, simplemente tenía otros intereses, pero ahora, en cambio, era libre para hacer lo que quisiera y aquella no me pareció una mala ubicación.

Pierre-Louis sentía, según me dijo entonces, una fuerte atracción hacia mí —nada sexual, a tenor de la posterior amistad que nos unió—, pero me propuso con insistencia ser su musa para un proyecto fotográfico que quería emprender más allá de los posados oficiales. Vio en mí un ser sublime, la encarnación de una sociedad vitalista, despreocupada, pero a su vez decadente —según decía—, aunque yo no me sentía acabada ni mucho menos. Al principio no lo entendí, aunque sí comprendía el alcance de aquel recurso que ofrecía una inmediatez estética que no proporcionaban los retratos de afamados pintores. Tenía ganas de hacer algo por mí misma, más allá de ser un complemento lujoso para ciertos hombres de posibles. La fotografía, o al menos eso comprendí nada más ver sus retratos, tenía ese poder de atracción que me permitiría satisfacer aquella vocación artística que siempre había sentido desde niña y que mi azarosa vida nunca me permitió llevar a cabo.

Durante el tiempo de mi forzada ausencia, Pierson se había labrado una fama más que merecida. Durante el periodo más fructífero del taller, la corte, la aristocracia, las altas finanzas, actrices y músicos, se agolpaban en su sala de estar dispuestos a dejarse inmortalizar. Fueron proveedores del rey de Württemberg, del de Portugal y del de Suecia, así como de los propios emperadores, pero yo intuí que aquel arte era algo más que aquellos retratos más o menos bien hechos y que, en sus principios, se retocaban con óleo o acuarela para darle una prestancia que para nada necesitaban.

Con el paso del tiempo, la banalización de su genio a manos de cualquier clase social que pudiera permitirse un retrato a punto estuvo de acabar con su exclusiva clientela, pero yo supe devolverle la inspiración para que aquella plasmación de la realidad fuera algo de mayor valor añadido. Empecé a pasar tardes enteras en su taller probando poses, peinados o la caída que debían presentar los vestidos para armonizar con la modelo o para ofrecer un mayor dramatismo a la imagen. Al principio me dejé asesorar por su maestría, pero pronto tomé el relevo. Estaba segura de que yo poseía una visión mucho más completa de lo que significaba el arte de la fotografía y Pierre-Louis tuvo que darme la razón. Aquello fue el principio de una colaboración más que fructífera.

En aquel tiempo se pusieron de moda los *tableaus vivants* en toda clase de espectáculos populares, lo mismo para recrear cuadros famosos o situaciones políticas que para ridiculizar a los personajes de moda. No había sala de fiestas o cabaret que no incluyera alguna de aquellas *performances*, bien en su espectáculo, bien en sus intermedios. Recuerdo la profusión de ellos en un teatro que abrió sus puertas un invierno de 1865, el Gran Café Chino, un bonito café-teatro con forma de pagoda y uno de los más picantes en su género. Me divertían tantos sus atrevidas

representaciones y audaces vodeviles, que no pude resistirme a presenciar alguno de sus estrenos, por muy chabacano que pudiera parecer; podía compaginarlo perfectamente con las fiestas de postín. Además, con el tiempo, aquel gusto por la escenificación de cuadros vivientes fue traspasando todas las capas sociales y artes escénicas hasta incluir la ópera y los acontecimientos de la alta sociedad.

Yo vislumbré el poder atrayente que poseía una imagen contenida. Ese momento fugaz donde el modelo suspendía la acción para dejar apreciar la situación, obligando al espectador a recrearse en su contemplación.

Fueron largas las conversaciones que mantuve con Pierre-Louis al respecto. Él me habló de inmortalizar mi imagen a través de la fotografía en una exposición de las vanidades humanas completamente liberadas —tal como aseveraba y le encantaba pontificar—, y es que, con aquellos temas, dejaba volar su alma de filósofo pedestre, intentando dotar de argumentos lo que no eran más que sentimientos plasmados sobre un cartón. No obstante, no tardé en aprehender perfectamente su significado. Adoraba retratarme con mis atuendos más lujosos y polémicos, incluso me valí del pequeño Giorgio, que me acompañó en algunas de aquellas composiciones, bien como si fuera un paje, vestido a la manera escocesa, o como simple complemento. Su pequeñez contrastaba con mi grandeza y juntos formábamos un tándem de belleza único.

Al principio fueron unas tímidas instantáneas llenas de expresividad, pero luego me decidí a desplegar todas mis armas; debía ser una obra completa, total, sin dejar nada a la improvisación. Una de las fotografías que más dio que hablar fue la de «La reina de la noche», en la que aparecía con un traje de terciopelo negro sobre una ampulosa crinolina y abundante joyería, pero lo que tenía de especial aquel vestido eran los recortes en el corsé, que dejaban al descubierto las costillas y permitían apreciar la sombra del pecho desnudo; un escándalo para una época de moral estricta y mojigata. Fue mi respuesta a la emperatriz Isabel de Austria, de la que se hablaba hasta la extenuación, cuando causó furor su famoso vestido blanco, decorado con estrellas de diamantes, que había diseñado para ella Charles Worth y que con tanta profusión se reprodujo en retratos y fotografías. Con aquel vestido conseguí dejar boquiabiertos a los caballeros e indignadas a todas las damas en la gala donde lo estrené. Eso acalló, siquiera por un tiempo, la fama de aquella bávara neurótica llamada Sissi. Así que bien merecía un retrato aquel vestido que tenía tanta historia detrás.

Otra fotografía que causó cierto revuelo, y no precisamente por la falta de decoro, fue la que Pierre denominó «Un domingo», en la que aparecía vestida de blanco, con tanta cantidad de tela que parecía que fuera a ahogarme. Llevaba puesto un antifaz y quizá fuera eso lo que provocó la fascinación de aquel retrato. En los bailes de máscaras, el hecho de saber o no la persona que se escondía tras ellas siempre provocaba una especial excitación. Aquel fetiche, que estimulaba y protegía el anonimato al mismo tiempo, se convirtió en un juego vanidoso de sexualidad traviesa y elegante; por eso repetimos el tema en otro retrato no menos enigmático, «Juegos de la mente», como lo denominó Pierson, que con el tiempo adquirió gran significación de entre todos los que hizo mi querido amigo. En la fotografía no era el vestuario ni el decorado lo que de verdad importaba. Yo, detrás de una máscara, me convertí, mediante un sutil juego visual, de objeto observado en ser observador.

Recuerdo la de veces que repetimos la pose hasta estar seguros de describir lo que bullía en mi mente y que Pierson supo captar tan bien. Por mi dilatada experiencia sabía que lo que más les gustaba a mis amantes era la contemplación robada de la desnudez o de un simple acto de *desabillé* tras un biombo. Incluso en los actos sociales se abusaba de aquel afán de observar sin ser vistos. No había nadie que no llevara al teatro sus anteojos, no para admirar a los actores, sino

para acechar mejor los palcos vecinos, donde ocurrían cosas mucho más sugerentes y traviesas. El voyerismo nunca gozó de tanta popularidad como en aquel tiempo, y yo supe captar aquellos deseos y emociones sepultadas bajo espesas capas de convencionalismos sociales, tanto de hombres como de mujeres.

Normalmente repetíamos en las fotografías aquellos modelos lucidos en fiestas a las que acudía. Al principio fueron muy pocas las ocasiones; nadie se atrevía a invitarme para no contrariar al emperador, pues suponían que había caído en desgracia. ¡Qué ilusos!, pues no tardé en recuperar mi antiguo estatus privilegiado y, a pesar de estar un escalón más abajo, el abanico de mis entusiastas admiradores incluía desde duques a banqueros; todos con posibles.

Un buen día recibí, por primera vez desde mi regreso, una invitación para asistir a un baile de máscaras en el mismísimo palacio de las Tullerías. Corría el 9 de febrero de 1863; después de aquello ya nadie osó cuestionarme. No sabía cómo iba a reaparecer, pero pocos días antes tuve la gran fortuna de asistir a una ópera que inspiró mi traje de «Reina de Etruria» y me puse manos a la obra. Con audacia, quise reivindicar mis orígenes; toda una osadía si se tenía en cuenta lo que había sucedido unos años atrás. Lo más elaborado fue el peinado, que llevaba suelto, dejando caer mis rizos dorados entre peinetas y diademas de inspiración romana y grandes joyas que caían sobre un manto de terciopelo negro y una larga falda carmesí que dejaba al descubiertos mis pies desnudos atados a unas frágiles cáligas. ¡Cómo no!, aquella vestimenta también quedó plasmada en el taller de Pierson.

Pero no todo fue debido a la extravagancia o la vanidad. Otras veces, el estro me venía gracias a una lectura o noticia que despertaba mi imaginación. Poco después del baile de máscaras en las Tullerías, a mediados de abril, fui invitada a un acto que organizaba la baronesa Von Mayerdorff en su palacio del 20 de la calle Barber de Jouy, en el cual se pretendía recaudar fondos con destino a los católicos alemanes, y no se me ocurrió mejor idea que aparecer vestida con un hábito monacal, con una gran cruz blanca sobre la parte izquierda de la capa. Causó gran sensación, aunque no todos entendieron aquella interpretación y fueron muchos los que se escandalizaron al verme gozar de cada baile vestida de monja. Más tarde, Pierre-Louis y yo reinterpretemos aquel cuadro en su versión fotográfica para bautizarlo como «La ermitaña de Passy». Con aquella mirada profunda quise expresar el éxtasis contenido de una religiosa y el desdén por un mundo que no comprendía las pasiones sin límite que pueden llegar a experimentarse desde el recogimiento.

Alguna que otra vez también utilicé aquel arte para la venganza. Precisamente, «Vendetta» se tituló uno de los retratos de los que me siento más orgullosa. Aquella fue la única respuesta a una misiva de Francesco, mi esposo, en la que, nuevamente, me recriminaba el hecho de no poder ver a su hijo. En ella aparecía con un vestido diseñado por mí, muy al estilo italiano, con un elaborado recogido en el pelo, saliendo de un grueso cortinaje con cara de pocos amigos y esgrimiendo una amenazante daga; no volví a obtener respuesta de él, y es que Pierson tenía razón cuando me decía que valía más una imagen que mil palabras.

Pero, afortunadamente para mí, aquellas incursiones en el mundo del arte no fueron más que una de mis tantas *performances*, con las que pretendía entretener los momentos que la vida me dejaba libres. Mis intereses iban por derroteros mucho más mundanos y, lejos de un esposo que me diera sostén, tuve que procurarme alguien que me ofreciera el tributo de su cariño y su fortuna.

En enero de aquel año conocí al banquero Ignace Bauer, un caballero como pocos, con el que mantuve un largo y turbulento idilio. Casualidades de la vida, resultó ser hermano del capellán de la emperatriz, y es que, en París, el que no era hermano, era primo y si no, conocido de alguien importante. Nos movíamos en una especie de círculo vicioso donde siempre éramos los mismos,

en un delicado equilibrio para no desestabilizar aquel *statu quo*. Todos sabíamos de todos y aquella situación no dejaba de ser embarazosa y excitante al mismo tiempo.

Ignace me pretendía sinceramente y sus insistentes propuestas de matrimonio se sucedían a cada ocasión que teníamos de vernos. Era apuesto y, en cierta manera, un amante entregado, pero lo que le hacía realmente atractivo era su dinero. Sí, reconozco que era una maldita materialista, pero en aquella época una mujer debía ser algo más práctica que las protagonistas de los folletines que estaban tan de moda. El amor era una trampa mortal para cualquier dama que se dejara llevar por los sentimientos y yo, afortunadamente, supe comprenderlo a tiempo. Aquella situación resultó frustrante cuando tuve que pedirle dinero suficiente para sostener mis múltiples compromisos. Siempre había sido muy reacio a prestarme grandes sumas, aunque era extremadamente pródigo con lo que él llamaba «pequeños detalles»: joyas, perfumes y cualquier otra fruslería. ¡Qué lástima! Tuve que pedirle los 450 000 francos que me hacían falta, una fabulosa fortuna para la época, a otro banquero de la competencia, Charles Laffite, que fue mucho más generoso conmigo, al igual que yo con él. Claro está que, sin saberlo, el pobre Ignace hubo de hacer frente a los vencimientos del préstamo aunque fuera poco a poco, de una manera casi imperceptible, y es que no hay más ciego que el que no quiere ver.

Aquel devaneo se alargó durante dos años más, hasta que Ignace, harto de mis rechazos, se buscó otra mujer menos reticente al matrimonio; se casó el 26 de febrero de 1865. No es que no estuviera cómoda con él; era divertido y juntos lo pasábamos de maravilla. Me entendía como nadie y a pesar de ser un poco cascarrabias a la hora de soltar el dinero, acababa por pagar todo lo que yo le pedía. No, no era eso lo que me echó para atrás a la hora de darle el sí quiero; fue el sentimiento de no querer atarme a un hombre, ni siquiera para facilitarme el sustento. Había claudicado siendo casi una niña para dar contento a mis padres y para garantizarme una posición que ya tenía. El resto lo había conseguido yo sola y no tenía ni una sola razón para desposarme de nuevo.

Era libre, me sentía libre y así quería seguir. Ignace no lo entendió, como tampoco lo había entendido Francesco muchos años antes y como seguramente no lo entendería ninguno de aquellos hombres que me rodeaban. Me admiraban, me querían y atendían solícitos todos mis caprichos, pero en el fondo de su ser pretendían poseer aquel pájaro de fastuoso plumaje, encerrándolo en una jaula de oro. ¡Vana ilusión! Siempre preferí ser la «fulana» de cualquiera a la «señora» unida a un apellido, como si fuera una más de sus vastas posesiones.

Claro que aquella manera de vivir tenía sus costes y tuve que verme reflejada en el libelo de un tal Guy de Charnacé, que publicó en 1866 su *Mujeres de hoy*, en el que se hablaba de ciertas *femmes fatales*, que solo vivían por y para su belleza, destrozando de paso la vida de aquellos incautos que caían en sus garras. Fue demoledor, aunque no se equivocaba, y a mí me dedicó un capítulo entero bajo el seudónimo de *Heliadora*. En el fondo me sentí halagada, y a pesar de lo que llegaba a decir de mí, no me quedé en casa, como sí lo hicieron algunas de las que también salieron en la revista, hasta ver cómo escampaba la tormenta que desató su lectura. Creo que aquello me envalentonó todavía más cuando recordé la historia de la Païva, que tan alegremente me había relatado la princesa Matilde en un paseo por el Bosque de Bolonia a mi llegada a París.

Quizás el hecho de verme relegada por los partidarios bonapartistas, que empezaron a hacerme de menos desde que el emperador perdió su interés por mí, hizo que apareciera en el punto de mira de sus rivales políticos, los orleanistas, seguidores de aquel rey peculiar, Louis-Philippe de Orleans, que reinó después de las revoluciones de 1830, una de tantas que removieron los cimientos de media Europa. Ellos tenían unos intereses concretos y yo, otros muy diferentes.

Al primero que conocí fue a Adolphe Thiers, con el que comencé una tibia correspondencia a

principios de 1866 y que me presentó a la plana mayor del partido, sobre todo a Louis Estancelin, su mano derecha, la amistad de los cuales todavía conservo y de la cual me honro. Siempre me fueron leales, aunque yo ya no quería significarme políticamente. Ellos, intrigantes como el resto, fueron los que me avisaron para huir con tiempo del desastre que se avecinaba con la llegada de la guerra que, a la postre, supuso el fin del imperio de Napoleón III.

Adolphe era perro viejo. Había sido ministro de Exteriores varias veces y sabía moverse entre las entrañas de la política. Cuando lo conocí ya era un venerable anciano con el pelo canoso, aunque no había perdido su porte conspirador y cierto atractivo que destilaba su mirada penetrante, que parecía revelar una verdad casi insultante. En cierta manera me recordaba a mi primo Camillo y admiraba de él aquella forma audaz de abordar los problemas que empezaba a tener el imperio, de los cuales se hizo vocero. Pero aquello no gustaba al régimen, tanto que empezó a encarnar la figura del enemigo. Su carácter desafiante y provocador me gustaba; me sentía identificada por su osadía y eso hizo que permaneciéramos unidos durante mucho tiempo.

Al margen de aquellas amistades peligrosas yo necesitaba algo más carnal; mi oportunidad vino de la mano del escritor y diplomático barón Arthur Léon Imbert de Saint-Amand, un auténtico cronista de la monarquía francesa. Escribió cientos de tratados, en los que reflejaba las vicisitudes de las distintas dinastías que reinaron en aquellas tierras, sin tomar partido por ninguna de ellas. Estaba muy bien relacionado con diversos círculos artísticos y académicos y ya que yo misma me consideraba una artista en el amplio sentido de la palabra, lo invité a varias sesiones fotográficas en el taller de mi querido Pierre-Louis. En una de ellas me dejé fotografiar los pies; única y exclusivamente. Resultaba escandaloso, pero solo yo podía haber hecho aquella obra maestra sin sentir que estaba haciendo algo malo. Para mí, que la desnudez no tenía ningún misterio, el hecho de enseñar aquella parte de mi anatomía no suponía un impedimento. En cambio, para la mayoría de hombres esa parte de las extremidades femeninas, siempre escondidas por aparatosas faldas, resultaba la quintaesencia del erotismo y con aquel afán provocador me expuse al objetivo de Pierson. Intenté que tanto mi pose como el resultado final de la fotografía resultaran todo lo sensuales que podían ser mostrando tan poco. Vi a Arthur babear mientras estudiaba la pose adecuada y cuando observé que sus ojos se le salían de las órbitas, comprendí que era el momento de plasmar con la cámara aquel atrevimiento.

Nunca supe si aquellas fotografías fueron más allá del estudio de Pierre; una tentación que, por otro lado, nunca dudé que tendría. Por un retrato así algunos hombres hubieran pagado verdaderas fortunas, más aún sabiendo que se trataba de los pies de «la Castiglione». Si hubiera sabido que con aquel arte me habría hecho rica, no hubiera dudado en posar completamente desnuda para solaz de la inverecundia masculina y beneficio propio.

Arthur estaba encantado conmigo y yo me movía como pez en el agua en su ambiente artístico; nunca me divertí tanto. Parecía perfecto, pero pronto aquello llegaría a su fin, al igual que aquel régimen caduco que ya estaba en sus últimos estertores.

Los ecos de guerra empezaban a sonar con el nacimiento de una nueva potencia que amenazaba el orden mundial. Prusia intentaba conformar, al igual que sucedía en Piamonte con respecto a Italia, una zona de expansión, reuniendo a su alrededor el rompecabezas de estados que conformaban Alemania. Napoleón III no estaba dispuesto a dejar de ser el árbitro de Europa y muchas fuerzas dentro de Francia se confabulaban para su caída.

En mitad de aquellas cuitas de la diplomacia, que me eran indiferentes, mi vida estaba a punto de dar un vuelco que hizo replantearme demasiadas cosas. Cuando la gente que me rodeaba empezó a desaparecer, comprendí el significado de la fugacidad del tiempo y que nada era eterno, ni siquiera la hermosura de la cual todavía gozaba.

Todo empezó a desmoronarse a mí alrededor y yo ni siquiera me daba cuenta. Era feliz y con eso me bastaba.

París, 1 de junio de 1867

Aquel día lucía el sol en todo su esplendor. Era una mañana de finales de primavera que invitaba a recrearse con un paseo en calesa por los alrededores del Campo de Marte donde, en aquellos días, la Exposición Universal bullía de gente curiosa merodeando entre sus pabellones.

En esa ocasión iba a acompañarme el príncipe Georg de Prusia, de visita en París con motivo de tan magno acontecimiento, y que por aquel entonces me rondaba con insistencia. Teníamos que acudir a la inauguración de una exposición fotográfica que mi amigo Pierre-Louis Pierson presentaba dentro de la Exposición. Yo, modestamente, había contribuido dejándome retratar como la «Reina de Corazones», con el mismo vestido que había provocado tanto revuelo tan solo unos años antes. Sin duda sería la estrella de la muestra y accedí a colaborar deslumbrada por su trabajo y la gran amistad que le profesaba. Tenía conciencia de la repercusión de aquel arte, cuyos beneficios, pensaba, nos reportarían grandes alegrías en el futuro y no dudé en participar en esta y otras ocasiones. En el fondo estaba encantada de que todos reconocieran mi aportación artística y, de paso, pudieran admirar mi belleza.

Estaba lista para salir, vestida con un vaporoso traje primaveral muy de mi estilo, mientras Odette, torpe como siempre, intentaba colocarme el tocado. En aquel momento entró como una exhalación en mi alcoba otra de las criadas con un papel en la mano; era un telegrama y eso solo podía significar malas noticias. Nadie escribía uno de aquellos escuetos y ridículos comunicados si no era para transmitir los peores augurios. Las cosas buenas de la vida siempre venían con letra esmerada y en sobre lacrado.

Cuando abrí aquel despacho, el mundo se me hizo oscuro y no me dio tiempo a releerlo sin caer desmayada de la impresión. Francesco había muerto en un accidente dos días antes, mientras asistía a la boda de los príncipes Amedeo y Vittoria dal Pozzo. Ya está, no decía más.

Entre Odette y la otra mucama me recostaron como pudieron sobre la *chaiselongue*, me dieron a oler las sales y me abanicaron hasta que recobré el sentido. Entonces no pude parar de llorar y, la verdad, no sé por qué lo hice. Nunca lo había querido y hasta le había dado mala vida, pero no le deseaba ningún mal y mucho menos la muerte tan espantosa que tuvo, de cuyos detalles pude enterarme más tarde. En ese momento solo pensé en mi hijo y en la mala noticia que tendría que darle. Estaban muy unidos y aquello, sin duda, significaría un duro golpe para él. Yo siempre fui muy dada al histrionismo y podía pasar del entusiasmo a auténticas crisis de llanto de la forma más fortuita. No es que me vanagloriara de ello, pero siempre me permitió no acumular bilis en el cuerpo. Las lágrimas conseguían que alcanzara la paz tan pronto como se me secaban los ojos.

En los días posteriores no paré de recibir recados de consuelo a pesar de nuestra más que evidente separación. Pretendían reconfortar especialmente a nuestro hijo Giorgio, su verdadero deudo y el que, en el fondo, más lo quería. Con aquellos mensajes fúnebres recibí otros en los que me desvelaban lo que realmente ocurrió: unos por vía oficial y otros con un desmedido interés por lo escabroso. En ellos se relataban hechos dignos del mejor de los folletines y que, de no ser tan morboso y afectar a la realeza, mi querido Verdi los hubiera trasladado a la lírica.

Una de las misivas más sustanciosas me llegó a mediados de junio, de manos de una prima lejana, Giuseppina Benso, la sobrina de mi primo el conde de Cavour. En ella me contaba cosas

indescriptibles de las que ahora quisiera tener constancia, pues tuve que deshacerme rápidamente de aquellas cartas para que jamás llegaran a manos de mi hijo.

El treinta de mayo se casaron Amedeo, el segundo de los hijos varones de Vittorio Emanuele, y la princesa Maria Vittoria dal Pozzodella Cisterna, cuya vida, aunque esté mal el decirlo, siempre se vio envuelta en situaciones tan truculentas como la del día de su boda. Como decía el vulgo, tenía gafe.

Aquel día empezó fatal, con signos de mal augurio. La doncella que tenía que ayudarla a colocarse el vestido apareció ahorcada con el velo de novia, el que ella misma había trenzado a la corona de flores de azahar que iba a servirle de tocado. ¡Qué horror! La pobre Maria Vittoria se volvió loca buscando otro velo a última hora; no podía presentarse con aquel tul impregnado de desgracia.

Entre tanto, el cortejo nupcial, reunido en el patio de armas del palacio, aguardaba al oficial superior que debía dirigir el séquito. Su tardanza llegó a desesperar a la concurrencia, que llegaba tarde al evento, pero al fin, después de varias horas de espera, alguien lo halló muerto, a tan solo trescientos metros del palacio a causa de una caída del caballo cuando acudía a toda carrera para el desfile.

Llegados a este punto casi me da un ataque de risa, que tuve que contener a duras penas para no aparentar que me era indiferente la muerte del pobre Francesco, pero la situación era tan cómica y el relato tan de vodevil, que tuve que hacer esfuerzos para seguir leyendo. La prima Giuseppina siempre fue muy dada a la exageración, pero si aquel relato tenía trazas de verosimilitud y, según decía, todo lo que me contaba se recogió en la mismísima *Gazzetta Piemontese* del 1 de junio, tuvo que ser una auténtica tragedia y yo estaba «muerta» por seguir leyendo.

Lo siguiente que acaeció no fue menos trágico. El cortejo, reorganizado a mejores vientos, intentó salir del palacio, pero se encontró con las puertas cerradas; el portero se había suicidado con el espadín de gala, atravesándose el corazón.

Más tarde, el funcionario ministerial, encargado de verificar el documento matrimonial, cayó fulminado por un ataque al corazón en el momento de entregar el documento a los augustos esposos. Al mismo tiempo, uno de los testigos del enlace se saltó la tapa de los sesos de un disparo. ¡Ya llevábamos cinco muertos y aún no habían llegado al palacio de Stupinigi para el banquete!

A la salida del acto, las masas gritaban enfervorizadas vitoreando a los novios camino de la estación del ferrocarril, donde tenían que tomar un tren especial que los acercara hasta el palacio. Mientras todos esperaban bajo la marquesina, el jefe de estación, nervioso ante la llegada del convoy real, corrió de un andén a otro, con tan mala fortuna que cayó a las vías para acabar siendo embestido por el mismo tren en el momento de su llegada. El pobre quedó tan destrozado bajo las ruedas, que en aquel punto el rey exclamó nervioso:

—¡Castion, a caballo! —Mi esposo Francesco estaba harto de la sucesión de muertes que jalonaban la que tenía que haber sido una jornada feliz. ¡Ya iban seis!

Abandonada la idea de llegar a Stupinigi en tren, la comitiva real partió en carroza flanqueada por la guardia real. Francesco, como jefe de la escolta de honor, se dirigió hacia el carruaje donde estaban los príncipes, pero una inoportuna cabriola de su caballo hizo que cayera de la cabalgadura y quedase a los pies del vehículo real, que le pasó por encima destrozándole el cuello y la cabeza; él fue el séptimo y último.

En aquel punto del relato no niego que me estremecí. «¡Qué muerte tan espantosa!», pensé, y destruí la carta.

Giorgio apenas tenía doce años, pero ya se daba cuenta de todo. Tuve que armarme de valor para comunicarle la noticia, pero por su forma de mirarme creo que me hizo culpable de su muerte, aunque de su boca no salió ningún reproche; se lo tragó todo hasta el fondo de su alma y, a partir de entonces, se volvió un chico retraído, dejando de buscar mis caricias que, por otra parte, no le prodigaba en demasía. Sentí que era la encarnación del espíritu débil y taciturno de su padre y que nada de lo que hiciera por fortalecer su carácter iba a tener éxito. Así, el circunstancial acercamiento que tuvimos cuando me lo traje a París, a regañadientes de su padre, desapareció como un espejismo en el desierto.

Había intentado engatusarlo con las maravillas que una ciudad como esta podía ofrecerle, muy lejos del aislamiento de la residencia familiar. Entonces él tenía hambre de madre, a la que seguramente había idealizado a causa de la distancia, pero la muerte de su padre supuso para él, a su tierna edad, una carga insoportable, como si lo hubiera traicionado, abandonándolo con una madre que no tenía nunca tiempo para su educación.

Siempre tuve conciencia de que defraudaba las expectativas que todo el mundo depositaba en mí, pero yo no engañé a nadie, ni ofrecí promesas que después nunca pude cumplir. La libertad es un cuchillo de doble filo y sin mango, que siempre hiere al que no tiene la precaución de cogerla como debe. Yo no estaba dispuesta a renunciar a ella y luché para conservarla a costa de lo que fuera; me hubiera traicionado a mí misma si no lo hubiera hecho. De haber claudicado a los dictados de mis padres o de mi esposo, me hubiera convertido en una sombra, en una de esas mujeres melancólicas que arrastran su desdicha entre las tristes paredes de su hogar, arruinando la felicidad de sus seres queridos o buscando la liberación de la vida en cada hoja del calendario. Intenté que los demás se sumaran a mi visión vital de la existencia, pero no podía escoger por ellos. Si yo lo tuve claro desde que tuve uso de razón, no esperaba menos de mi hijo. Él sería lo que quisiera ser en la vida, por eso no me sentía culpable de mis acciones.

París, año 1870

Los aires de guerra acabaron por llegar a Francia. Lo imposible sucedió y ni siquiera los más escépticos creyeron que aquello barrería los años dorados del Imperio como un vendaval se ceba con la casa de un granjero. Las imprudencias siempre fueron malas consejeras y, como le pasó a su tío abuelo, el primero de los Bonaparte, así le sucedió a mi querido Louis. Sí, le tenía cariño, a pesar de su desdén, pero jamás tuvo que haberse dejado aconsejar por aquella arpía que tenía por esposa, tan beata, tan católica... tan tonta; ni por los viejos aduladores de la corte, siempre proclives a ocultar las vergüenzas del país.

Yo hubiera sabido asesorarlo mucho mejor. Si de algo me habían servido mis pocos años de espía al servicio de los intereses italianos y el consejo y la dirección de personajes tan hábiles como mi primo Cavour o el embajador Nigra, fue para prever que, tarde o temprano, aquello le iba a estallar en las manos.

La diplomacia no se sustenta sobre bravuconadas o medias verdades, y yo era demasiado franca para irme con rodeos, pero la política era muy diferente, quizá porque la llevaban hombres muy pagados de sí mismos. El orgullo y la vanidad, a menudo, tomaban la iniciativa sobre otras cualidades mucho más prácticas. Camillo siempre me enseñó que a veces hay que dejar perder una oportunidad para ganar otra mayor, mientras no se tienen todos los ases amarrados en la partida. Él renunció a una ganancia territorial después de la guerra de Crimea para tomar la revancha cuando su enemigo era mucho menos poderoso. Hoy, Italia, una vez vencido el último reducto que suponía el papa, ya era una realidad y Alemania llevaba el mismo camino, silencioso pero diligente. Solo le faltaba alguna excusa, un enemigo exterior para aglutinar a la multitud de satélites germánicos en torno al refulgente sol prusiano.

Unos años antes se libró una terrible guerra fratricida entre las máximas potencias alemanas: el Imperio austríaco y el Reino de Prusia por el liderazgo de lo que quedó del antiguo Sacro Imperio germánico. Nadie contó con las habilidades del nuevo adalid de la política europea, el canciller alemán Otto von Bismarck, que supo apiñar en torno a sí las voluntades de la mayoría de los reinos alemanes.

El gigante con los pies de barro que era el Imperio austríaco de Francisco José, tenía demasiadas tensiones internas y una debilidad militar que se puso de manifiesto después de la guerra contra Francia y que significó la pujanza de Italia que, a la postre, también sacó tajada al anexionarse el Véneto. Después de su derrota en Sadowa y la posterior capitulación austríaca con la Paz de Praga en 1866, Prusia se erigió en la potencia dominante en el centro del continente. Aquello que no supo ver Napoleón III y de lo que ya me advertían mis múltiples contactos políticos y financieros, fue determinante.

Yo no era estúpida y comprendí el alcance de tales lances cuando la cosa comenzó a caldearse convenientemente. Aunque prestara escasa atención a las habladurías políticas que, por suerte o por desgracia, tenía que soportar en los salones que frecuentaba, aquellos temas me eran familiares por reiterados en las tertulias, a pesar de considerarlos tan banales y fatuos como nuestras chácharas femeninas sobre las modas y comportamientos sociales.

Algunas intervenciones en política exterior del emperador empezaron a sumar fracasos y con

ellos cierta debilidad que supieron aprovechar sus principales enemigos, tanto dentro como fuera: el fiasco de la constitución de un imperio en México, tutelado por Francia; el revés del intento de anexionarse Luxemburgo; la creciente pérdida de influencia sobre los estados sureños alemanes, Baviera, Württemberg y Baden, cuya independencia, antaño, quedaba garantizada por el apoyo más o menos explícito de Francia; o una más que dudosa expedición de castigo junto a España en la Cochinchina, acaecida una década atrás.

Precisamente la injerencia en los asuntos españoles fue el detonante del conflicto. España, convertida ya en una potencia irrelevante dentro del panorama europeo, siempre fue considerada por Francia como una prolongación de sus intereses. Después de una fallida revolución que solo consiguió destronar a su reina Isabel II, esta fue acogida familiarmente por Napoleón III y su esposa Eugenia, pero la situación en aquellas tierras solo iba de mal en peor. Al final, incapaces de encontrar una solución, sus políticos optaron por ofrecer al príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen el vacante trono español. Aquello suponía, de facto, una pinza sobre el Imperio francés, que el emperador no era capaz de tolerar. Este, presionado por la opinión pública interna, fustigada por mi querido Adolphe Thiers, que pedía a gritos reformas democráticas, y no contento con la expresa renuncia al trono por parte del padre del príncipe Leopoldo, mandó al embajador Benedetti a Bad Ems, donde veraneaba el rey Guillermo I de Prusia.

Se quiso que el rey Guillermo hiciera patente la renuncia a nivel oficial y para siempre de la pretensión prusiana al trono español, cosa a la que se negó tajante; suponía una humillación intolerable. El rey mandó un telegrama a su canciller Bismarck explicando lo acaecido en la entrevista, pero este, convenientemente, filtró a la prensa una versión tergiversada en la que el embajador quedaba prácticamente humillado y, por extensión, la misma Francia. Napoleón cayó en la trampa. ¡Qué ingenuo! Y el 19 de julio de 1870 le declaró la guerra a Prusia.

La mayor parte de afectos al régimen confiaban en una fácil resolución del conflicto, en el que, por supuesto, resultarían victoriosas las fuerzas imperiales, y aplaudieron enfervorizados la entrada en contienda. Supongo que esperaban que la guerra acallara las disensiones internas en pos de la grandeza de la nación.

Al día siguiente, cuando toda la prensa se hizo eco de la situación entre la algarabía popular, recibí la visita de Thiers gravemente preocupado. Intenté calmarlo ofreciéndole una copa de coñac que, a pesar de lo temprano del día, se bebió de un trago nada más ponerla en sus manos.

—¡Qué espanto, Nicchia! ¡Qué espanto! —no paraba de repetir intentando enjugar el sudor de aquel cálido verano parisino.

—Vamos, Adolphe, no me seas pusilánime —le dije convencida de que aquella pose no era más que una de sus habituales exageraciones—. ¿No eras tú el que con tanto ahínco conspiraba en la sombra para procurar la caída del emperador? Si hasta te acusaban, no hace mucho, de ser un agente al servicio de Prusia y...

—¡No creas nada de lo que difunden las malas lenguas, Nicchia! Los adversarios siempre hacen correr rumores maledicentes —me aseveró nervioso, intentando que creyera que era el más ferviente de los patriotas.

—Además —repuse—, el emperador cuenta con un buen Ejército, curtido en muchas lides. Mira si no lo que pasó con Austria y que, a la postre, significó el nacimiento de Italia como nación.

—Esta vez es distinto... —prosiguió tembloroso—. Según me cuentan, los prusianos han movilizado al otro lado de nuestra frontera más de un millón de hombres. ¡Y en ferrocarril! Nosotros no hemos empezado ni a reclutar a los nuestros...

—¡Bah! ¿Y qué puede sucedernos? —contesté ajena a la realidad—. Si cae Napoleón, cosa harto improbable, tal vez tú puedas ocupar su lugar cuando todo esto acabe. Además, la guerra puede que no dure mucho tiempo, a lo sumo algunas semanas y...

—Nicchia, si en algo estimas mi consejo, sal hoy mismo de París... Vuelve a Italia hasta que todo pase. A día de hoy, el Imperio no es más que un gigante con los pies de barro y, por lo que sé, la suerte en esta guerra nos será esquiiva.

—Entonces, ¿crees que...?

—Solo es cuestión de tiempo. Mis contactos secretos me aseguran que los prusianos están mejor equipados. Gozan de una gran red de ferrocarriles y telégrafos para movilizar tropas en un tiempo realmente breve desde cualquier punto de Alemania, coordinando sus movimientos con eficacia. También utilizan un fusil de aguja, mucho mejor que nuestras viejas carabinas y que triplica la velocidad de los disparos. Además, esos carcamales gordos y paniaguados que Napoleón III tiene por generales saben menos sobre cuestiones bélicas que un ama de cría. Sus tácticas se han quedado anticuadas ante una guerra moderna... Nicchia, ahora tienes un hijo huérfano de padre y debes velar por él. Si sucede lo peor, mucho me temo que estalle una revolución en toda Francia. Son demasiados los descontentos y no creo que se calmaran con un simple cambio de régimen.

—Está bien, Adolphe... Seguiré tus consejos —le contesté no del todo convencida, aunque su argumento parecía irrefutable.

—Una cosa más, Nicchia... —Entonces supe que requería algo más de mí.

—Dime, ¿qué te inquieta?

—Necesito que me hagas un último favor... Si, como preveo, la cosa se tuerce y, créeme, será lo más seguro... Yo... —me dijo entre titubeos, sin atreverse a contarme lo que en verdad quería.

—¡Por Dios, Adolphe, me tienes en ascuas! Haz el favor de ir al grano y dime lo que deseas que haga.

—Necesitaría tu ayuda para que, llegado el caso, a través de la legación prusiana en Florencia, hicieras los contactos pertinentes para la firma de un armisticio.

—¡Por Dios, Adolphe! ¡La guerra todavía no ha empezado y ya estás dando por hecho que su resultado va a ser favorable a los alemanes!... ¡Eso es ridículo!

—¡Prométemelo!

—Está bien, aunque creo que eres demasiado tremendista —tuve que claudicar para dejarlo tranquilo, aunque en el fondo no creí ninguna de sus palabras. Confiaba demasiado en el buen hacer del emperador, por mucho que ahora nuestros destinos llevaran rumbos divergentes.

No me apetecía volver a Italia. Para mí significaba regresar con el rabo entre las piernas, como la vez anterior, pero Adolphe tenía razón. Si bien a mí no me asustaba la idea de tener que confraternizar con algún victorioso general prusiano, que sin duda sabría apreciar los encantos de París y los míos propios, no podía someter a Giorgio, que por aquel entonces contaba con casi catorce años, al albur de los acontecimientos y eso me decidió.

No sabía por cuánto tiempo permanecerían abiertas las fronteras o por dónde transcurriría el frente de guerra, así que me apresté a hacer el equipaje y me despedí de mis queridos amigos de Passy: Pierson, que ya se frotaba las manos ante la avalancha de retratos de apuestos soldados y condecorados generales, dispuestos a inmortalizar el momento antes de disponerse a luchar; y mi querido médico Émile Blanche, más preocupado por las consecuencias que, como galeno, sabía que traería el conflicto. A unos los dejé seriamente inquietos y a otros, todavía exultantes por el inicio de una aventura de incierto final. Todos comprendieron que debía marcharme para poner a

salvo a mi hijo.

A mi pobre Odette la dejé desolada. Pretendía venir conmigo al exilio italiano; no había conocido otra señora que no fuera yo, pero no quise, en aquel momento, llevármela como si fuera una maleta más. Le procuré una buena familia donde pudiera servir sin preocupaciones, al margen de los vaivenes políticos. No sabía si regresaría, aunque me juró que, si lo hacía, no dudaría en volver conmigo si así lo deseaba. La confié al destino y yo hice lo propio conmigo.

Dos días después partí hacia Turín cargada de baúles: unos llenos de vestidos y otros, de documentos que no podía dejar a la eventualidad de ser encontrados por malas manos porque, ciertamente, eran demasiado comprometedores. Desde ese momento, París comenzó a ser un baile de espías dispuestos a llevarse un buen bocado que pudiera decantar el resultado de la guerra y con él, los intereses de las naciones combatientes.

Mi llegada a la patria fue como la había imaginado, fría como una gélida mañana de finales de enero. Después de mi larga estancia en París, el eco de mi nombre se había apagado con el paso del tiempo, así que decidí viajar hasta Florencia, donde la corte estaba instalada en aquellos días, demasiado preocupada en conquistar el último bastión que quedaba para completar la unificación. Napoleón había mandado retirar el ejército que protegía al papa para acudir a su guerra contra Prusia y la situación era la idónea para asestar el golpe de gracia a los territorios de Pío IX, así que yo me sumé a una larga lista de «refugiadas» que buscaron asilo en el flamante reino italiano.

Giorgio y yo nos instalamos en nuestra casa de Florencia. Mi familia había vuelto debido a un pequeño contratiempo en la misión de mi padre en Portugal. Había sido declarado *persona non grata* al haber mostrado sus reservas ante el golpe de Estado del mariscal João Carlos de Saldanha y fue expulsado del país. No me apetecía demasiado permanecer como antaño en el seno familiar, aunque mis padres estaban encantados con mi presencia y la de su joven nieto, que por fin tuvo algo parecido a un ambiente hogareño.

Dadas las circunstancias, la corte florentina era igual de aburrida o más que la de Turín; no estaba para muchas fiestas y las pocas que acontecían, como algún estreno en el Teatro de la Pérgola, siempre acababan igual, con abucheos generalizados. En la época en la que viví allí, la ópera constituía un motivo de protestas contra la dinastía austríaca reinante, en especial cuando se representaba una obra de Verdi, cuyo nombre se convirtió en acrónimo de «Vittorio Emanuele re d'Italia». Ahora, los abucheos eran contra el papa o cualquiera que, con excusas políticas o no, exaltara los ánimos, siempre enfervorizados, de los florentinos. En cambio, yo me aburría soberanamente. Aquella ciudad, un auténtico villorrio, estaba a mitad de camino de una ciudad tan magnífica como París.

Yo, a mis treinta y tres años, ya sentía los zarpazos de la vejez. Mi rostro no parecía tan luminoso y mis ojos, que antes encantaban a las serpientes, habían perdido el fulgor de antaño. Las constantes idas y venidas al espejo de mi tocador solo confirmaron lo que ya sabía, que mi reinado estaba a punto de concluir, pero me negué a rendirme a fuerza de rebelarme ante la evidencia y comencé a hacer uso y abuso de los afeites.

Además, Giorgio no hacía más que pedirme, cada vez con más insistencia, que nos instaláramos en las que fueron las posesiones de su padre en Asti y que ahora eran administradas por un tío suyo. Aquello solo hubiera sumado más tedio a la angustia de aquel exilio y tomé la determinación, por las bravas, de irnos a La Spezia. Estaba segura de que allí, la espera para volver a París se me haría mucho más soportable. Giorgio, a regañadientes, me acompañó; no tenía más remedio, pero el mar, la naturaleza agreste de Isola y los frecuentes paseos a caballo apaciguaron su ánimo y de paso el mío también.

Desde la distancia seguí con verdadera preocupación los acontecimientos de aquella guerra que contenía el ánimo de media Europa. Según decían, su resultado decantaría a favor de uno u otro el fiel de la balanza para convertir al vencedor en el futuro dictador de los designios del continente. Si la cosa se torcía, como ya me había advertido Thiers que sucedería, regresaría a toda prisa a Florencia y con mis contactos y los de mi padre procuraría salvar la situación de Francia. Sentía aquel país como propio y, al igual que había hecho por el Piamonte, haría lo que estuviera en mi mano para encontrar una solución.

El conflicto se alargó más de lo previsto, trasladándose el frente dentro de las fronteras francesas. Aquello supuso una catástrofe para el orgullo galo y el fin de las esperanzas. Ese fue el detonante de mi precipitado regreso a Florencia, donde, siguiendo las instrucciones de Adolphe, puntualmente enviadas por telégrafo, me dirigí a la legación prusiana. Si al final se confirmaban los peores resultados para las fuerzas imperiales francesas, mi amigo se convertiría en el hombre fuerte de Francia y yo en su protegida.

Por fin, el 2 de septiembre de 1870, después de una cruenta batalla en las inmediaciones de Sedán, el emperador se rindió ante las tropas prusianas. Fue tomado como rehén y obligado a abdicar. Los despachos telegráficos echaban humo mucho antes de que toda la prensa europea se hiciera eco de aquella catástrofe. Eugenia, ¡menuda rata!, abandonó inmediatamente el país rumbo al exilio inglés, así como todo el mundo que había significado algo durante el régimen, pero aquello no contribuyó a la conclusión de la guerra. Después de establecerse un gobierno provisional republicano, este decidió continuar el conflicto ante las perspectivas de las reparaciones que Prusia exigía para la firma del armisticio. Incluso recurrieron a fuerzas irregulares, los partisanos, que fueron insuficientes para contener el ímpetu germánico, que llegó hasta las puertas de París, a la que sometieron a un sitio ominoso que provocó una gran hambruna mientras duró.

Las cancillerías europeas bullían de frenética actividad, intercambiando despachos e intentando reposicionar sus alianzas ante la nueva realidad. Tengo que agradecer a mis amigos, políticos y banqueros, que en aquellas trágicas circunstancias no me abandonaran a mi suerte, manteniéndome informada con puntuales telegramas del transcurso de los acontecimientos. Más de uno, incluidos los Rostchild, que conservaban su sede a salvo en Londres, obtuvieron pingües beneficios con el cambio de situación. Por su parte, Adolphe Thiers también intentó sacar tajada de las circunstancias. Con el respaldo prusiano que yo le había conseguido, llamó a las puertas de todas las embajadas europeas para auparse como interlocutor válido ante la falta de un poder real.

Los prusianos, una vez capturado el emperador, con la ausencia de la emperatriz y un Gobierno republicano sin autoridad, se vieron ante el dilema de no tener a nadie legitimado para poder firmar una paz que asumiera el coste de la guerra. Para mayor inri, estalló la revolución en París y la anarquía se enseñoreó de sus calles. Saqueos, incendios y una brutalidad desmedida convirtieron sus bulevares en ratoneras donde todo fue pasto de las llamas.

Por fin, el 18 de enero de 1871, Guillermo de Prusia fue proclamado káiser de Alemania en el palacio de Versalles, ¡toda una humillación! Aquello significaba, *de facto*, el advenimiento de un nuevo imperio en el centro de Europa, algo que trastocaba el orden mundial y el equilibrio de fuerzas y del cual se iban a resentir tanto Francia, vencida y humillada por la guerra, como el caduco Imperio austro-húngaro y el mismísimo Imperio británico, que empezaba a verse desplazado en los intereses del tablero europeo. En febrero se firmó la paz por parte del Gobierno provisional, que duró un suspiro ante la incapacidad de controlar la anarquía en la que se había convertido París y, por ende, el resto de Francia, que tuvo que ver, ante el gran descontento popular, cómo les eran arrebatadas las regiones de Alsacia y Lorena, entregadas como

compensación de guerra. Thiers, aupado por los prusianos, se proclamó presidente de Francia con una fórmula un tanto extraña: «Jefe del poder ejecutivo de la República hasta que las instituciones de Francia sean prescritas». Luego se dedicó a terminar con la resistencia de la comuna. El resultado fue entre diez mil y treinta mil obreros muertos en las calles de París y otros miles detenidos o exiliados de por vida, por no hablar de saqueos, incendios y barbaries de distinta índole. ¡Sin duda, el fin del mundo! Yo estuve llorando durante dos días seguidos, en los que ni siquiera mi hijo Giorgio, conmovido por unas lágrimas que nunca me había visto derramar, se apiadó de mí e intentó consolarme.

Deseaba volver a París, como si mi presencia allí fuera a servir de algo, aunque Adolphe no me lo aconsejó hasta que no tuviera controlados los últimos coletazos revolucionarios y dominara completamente la situación, pero su lengua indomable lo predispuso en contra de la mayoría del país. Hasta llegó a presentar su dimisión en enero de 1872, la cual, afortunadamente, fue rechazada. Yo ya no podía esperar más, Florencia, La Spezia, el Piamonte y todo el reino de Italia me sofocaban tanto que nada me contentaba e intenté organizar mi vuelta, pero el infortunio me tocó de lleno y retrasó mis planes.

Mi padre había regresado con premura a la legación italiana en Portugal, en cuyo viaje no lo acompañó mi madre; no se encontraba bien de salud, aunque se empeñó en venir a vernos antes de nuestro regreso a Francia. Durante su visita a Villa de Isola, para pasar unos días con Giorgio y conmigo, le sobrevino una repentina indisposición. Era muy dada a las exageraciones y en un principio no di crédito a sus males, pero la parca inmisericorde vino a tomar su tributo un nueve de marzo de 1872 y se la llevó para siempre, cuando las mariposas revoloteaban sobre los macizos de flores que se extendían por los parterres de nuestra casa. Aquellos días juntas sirvieron para acercarnos más. Hasta llegó a confesarme las desavenencias que arrastraba con mi padre y la admiración que, en silencio, me profesaba por mi valentía al afrontar la vida como lo hacía, con plena libertad.

—Querida hija —me dijo con verdadero pesar—, ¡tu padre es un auténtico imbécil! Siempre lo fue, pero ahora que parece que su carrera diplomática se ha consolidado se ha convertido en un ser insoportable.

—Por favor, madre, no deberíais decir tales cosas —le contesté impactada por aquellas sinceras palabras que, por primera vez, se atrevía a pronunciar—. Siempre os mostrasteis comedida y ahora no os reconozco.

—Ay, hija, pero es la pura verdad. ¡No lo soporto!... Bastante ha sido tener que acompañarlo hasta el último rincón de Europa donde el rey tuviera a bien mandarlo. Siempre había un pero, alguna razón para cambiarlo de legación, y así estuvimos dando tumbos por varias cortes.

—Razón de más, querida madre. Así es la vida de un diplomático, igual que la de un zingaro. —Reí para quitarle dramatismo a sus palabras.

—Tienes razón, pero su reciente traslado a Portugal ha sido la gota que ha colmado el vaso. Vittorio Emanuele quería acercarse al papa mediante la intercesión del rey de Portugal y, por lo visto, sus mediaciones han dado frutos.

—Pero eso es una buena noticia, ¿no?

—Sí, si no fuera porque de paso también se acercó a una dama lusa, una tal Carlotta, que le tiene los sesos sorbidos, y como no estoy dispuesta a ver cómo me «corona» de esta manera tan ostensible, en esta ocasión no he querido acompañarlo. ¡Que haga lo que quiera con esa fulana!

—O sea que si habéis venido aquí, ha sido por un ataque de «cuernos», ¿no?

—No, no es eso —dijo al verse descubierta—. Lo que pasa es que tenía ganas de veros al saber de tus intenciones de regresar a París y no sé si tendré ocasión de volver a veros a ti y a mi

nieto. Está tan mayor y se parece tanto a...

—Sí, a su difunto padre, que en paz descansa —dije santiguándome para no parecer una desdeñosa—. Y ahora que no está Giorgio delante, le diré que también era un auténtico cretino.

—Eso no está bien hija. No se debe hablar mal de los muertos, y menos del padre de tu hijo.

—¡No me sea cínica, madre! No creo que padre sea mucho peor que él. Francesco fue un cornudo consentido y un pelele en mis manos.

—¡Tendrás queja! —me recriminó.

—¡Todas las del mundo!... Nunca lo quise y solo consentí casarme con él a vuestros ruegos, por su capricho y, claro está, por mi conveniencia. Le di contento, pero luego se lo cobré a un alto precio. ¡Qué diferencia de otros hombres que he conocido en mi vida! Ellos siempre supieron dominar la situación. Eran poderosos, ambiciosos y sabían perfectamente lo que querían, o sea, a mí.

—Hija, no te reconozco... Lo que dices es escandaloso.

—Sí, pero es la pura verdad... ¿Acaso no está usted harta, como acaba de decirme, de padre? ¿Qué hay de malo en que sea la mujer y no el hombre el que tome las riendas de su vida?

—No sé, hija, nunca me había planteado esas cosas... Aunque tal vez tengas razón —me dijo impactada por aquella sinceridad que jamás había hecho evidente en su presencia—. Pero las cosas siempre han sido así y...

—Pues yo nunca he estado dispuesta a que nadie me gobierne. ¡Antes prefiero la muerte que perder mi libertad!

Mi madre se sintió fatigada por aquella discusión que era incapaz de entender. Quizá por ello no intenté fustigarla más con mis razonamientos. Dejé que se retirara a su habitación para descansar, pero al día siguiente ya no amaneció con vida. Se fue sin comprender que, a pesar de todo, las mujeres, y más las de nuestra clase, podían aspirar a ser algo más que la prolongación del apellido de su esposo.

Mandé un telegrama a mi padre, que acudió tan pronto como la distancia se lo permitió; para entonces ya estaba enterrada en el panteón familiar. Solo pudo presentarle sus respetos y una excesiva composición floral en las puertas del túmulo.

Estaba acongojado, incrédulo ante lo que había sucedido, justo cuando le sonreía la vida gracias a su buena labor diplomática. No sé por qué lo hice, pero le recriminé su comportamiento con mi madre; en el fondo era el único hombre que quise de verdad y del que estaba segura que me iba a comprender, hiciera lo que hiciera.

—Estaréis contento... —le dije con un mohín de desaprobación cuando depositó las flores sobre la tumba—. Madre me lo contó todo antes de morir.

—¿Qué te contó? —me preguntó compungido, temiendo saber qué era lo que le estaba censurando.

—Sus escauceos con una dama portuguesa...

—Oh, Nicchia, no debiste dar crédito a los celos de tu madre. Ya conoces cómo funciona la diplomacia... A veces tienes que potenciar ciertas relaciones para alcanzar un bien mayor. Además, tú ya sabes de lo que te hablo, ¿no es así?

—No se lo voy a negar, padre... Pero quizás hubiera tenido que ser más discreto, ya me comprende.

—¿Y tú me hablas de discreción?... —dijo seriamente contrariado—. En fin, ahora ya no tiene sentido lamentarse ni discutir por ello.

—Entonces... ¿realmente tiene una relación con esa tal Carlotta?

—Vaya, veo que también conoces su nombre... Sabes que nunca he podido ocultarte nada. No

sé qué va a ser de mí ahora que tu madre ha muerto. Tú, seguramente regresarás a París, donde tienes tu vida y donde te mueves como pez en el agua. Te llevarás a Giorgio contigo y yo... Yo, tal vez me plantee rehacer la mía.

—En fin, padre, no soy quién para juzgarle. Haga lo que crea conveniente. Yo siempre hice lo propio y tampoco aceptaría que nadie dirigiese mi vida a estas alturas. Una vez muerto Francesco, el único que tenía ciertos privilegios sobre mí, jamás he consentido atarme a otro hombre para que pudiera dominarme con leyes que le dieran derechos; por eso no puedo reprocharle nada. Cásese si le place con esa portuguesa o permanezca viudo, en nada cambiará la estima que le tengo.

—Gracias hija. Son muy importantes tus palabras para mí —me dijo con los ojos acuosos, a punto de derramar un torrente de lágrimas sobre las mejillas.

—Eso sí, por respeto a mi madre, no acudiré a vuestra boda si al final decidís desposaros. Además, no tardaré en volver a Francia y espero que la fortuna vuelva a sonreírme.

—Te recuerdo, Nicchia, que ya no eres la beldad que una vez conquistó París. Ahora, el mundo es muy diferente del que conociste.

Aquellas palabras fueron demoledoras para mi conciencia. Intenté disimular, como si jamás las hubiera escuchado, pero en los días posteriores, mientras hacía el equipaje para regresar a París, no dejaron de martillar en mi cabeza. Quizá fue la primera vez que realmente tomé conciencia de mi declive.

Sorprendentemente, no fui yo la que más sintió aquella pérdida. El pobre Giorgio, perspicaz como yo, no sé si habría escuchado ciertas conversaciones inconvenientes o una cosa y la otra, pero lo cierto es que tenía ya quince años y, a su edad, era todo un mozalbete con pretensiones de hombre. Cuando le planteé que era hora de volver a París tuve mi primer enfrentamiento con él. Me recordó los que tuve con su padre y enseguida supe que no sería la última vez que discutiríamos. No me comprendía, como jamás lo hizo Francesco; como no me comprendía nadie.

En junio de aquel año mi hijo y yo ya nos encontrábamos en París. Después de haber abandonado la villa de Passy, decidí instalarme, por si acaso, en una *suite* del Hotel Alma, en el 11 de la calle Saint-Arnaud, no fuera cosa que tuviera que salir corriendo otra vez. Aquella residencia provisional se convirtió en mi nueva morada por más tiempo del que imaginé.

Estaba dispuesta a retomar mi vida en las mismas condiciones que la había dejado, pero pronto me di cuenta de que todo mi mundo se había desmoronado como un castillo de naipes a mi alrededor. No reconocí aquella Francia y mucho menos, París; todo había cambiado a peor. Aquellas fiestas en las que deslumbraba ya solo eran un pálido recuerdo de un pasado infausto que todos deseaban olvidar y se negaban a evocarlo. Muchos de mis admiradores habían desaparecido y nadie quería saber nada de aquellos que se hubieran significado con un régimen que había dejado tan amargo sabor. Parecía que el luto había invadido el ánimo de los franceses y yo fuera un recordatorio de tan luctuoso acontecimiento.

Nuevamente tuve que reinventarme. No me iba a dejar arredrar por los efectos de una guerra ni por la cobardía de hombres pusilánimes, incapaces de hacer frente a la realidad. Afortunadamente para mí, los amigos de verdad no me dieron de lado; seguían estando allí: Pierre-Louis Pierson, a cargo de su estudio fotográfico; el doctor Émile Blanche, que, con la Salpêtrière más llena que nunca, accedió a volver a ser mi médico, y el bueno de Thiers, al frente de una república tambaleante.

De entre todos los amigos que conservaba, antes y después de mi pequeño exilio, Émile Blanche fue el que mejor me comprendió. En cierta manera ejerció de padre en ausencia de mi auténtico progenitor. Fuimos vecinos durante mi estancia en Passy y siempre supe que tenía verdadera adoración por mí.

Es cierto que Émile, mucho más mayor que yo, sentía una pasión más carnal que intelectual, aunque nunca llevamos a término aquella atracción. Mientras fuimos vecinos solo me trató de varias afecciones leves, pero era un reputado alienista; un escrutador de la mente y de todos sus recovecos. Trabajaba en el hospital de la Salpêtrière, amén de atender un sanatorio privado, pero hasta mi vuelta a París, después de la guerra, nunca se atrevió a hablarme con franqueza de todo lo concerniente a mi persona.

Un buen día vino a visitarme a mi *suite* del Hotel Alma y me invitó a dar un paseo en coche de caballos por el Bosque de Bolonia. Era lo único que no había cambiado después de las revoluciones y todavía mantenía el encanto de la antigua París. Después de tomar mi mano, que sentí más como la caricia de un padre que la de un acompañante masculino, me preguntó:

—Nicchia, ¿qué planes tienes para el futuro?

—¿Planes?... A estas alturas, querido Émile, deberías saber que yo nunca hago planes para el futuro. ¿Quién sabe si habrá un mañana, o volverá a haber una revolución y todos seremos pasados a cuchillo? —le dije inconsciente, como siempre me había mostrado. Me molestaba sobremanera anticiparme al futuro sin vivir plenamente el presente.

—Verás, Nicchia, sabes de sobra que desde que te conozco siempre he admirado esa forma vitalista de encarar la vida; esa valentía con la que afrontas los sinsabores de la existencia, incluso la manera alocada y extravagante con la que te comportas con los demás, pero...

—Émile, ve al grano... Te conozco y estás dando demasiados rodeos para intentar decirme algo. Me recuerdas tanto a mi padre que, por un momento, me ha parecido que estaba hablando con él.

—Está bien, Virginia.

—Vaya, si me llamas por mi nombre, es que algo de envidia quieres decirme.

—Por favor, no me interrumpas... Lo que intento decirte que es ya no eres la misma joven alocada que vivía en Passy y mucho menos la que encandiló al emperador, como nunca parabas de repetirme. Ahora todo ha cambiado, París tampoco es la misma ciudad disoluta donde tener una amante era algo casi obligatorio, pero sobre todo, y lo que más me preocupa, es que no hayas comprendido que el tiempo pasa para todos, también para ti.

Me quedé perpleja, no esperaba unas palabras como aquellas que, si no vinieran de él, hubieran supuesto una auténtica grosería. Claro que me había dado cuenta de la pérdida de la belleza y de la tersura de mi piel, como también notaba el cansancio en mis huesos, pero no sabía hacia dónde quería llevarme con aquella conversación.

—¿Me estás llamando vieja, querido Émile? Porque si es así, creo que llegas tarde. Yo, mejor que nadie, sé qué imagen me devuelve el espejo cada mañana y...

—No es eso lo que pretendía decirte, Virginia —dijo titubeando mientras apretaba con más fuerza su mano sobre la mía—. Lo que quiero que comprendas es que ya no puedes ir paseando de la mano de distintos hombres, por muy encaprichados que estén de tu persona. Llegará el día en

que ya no hagan cola en tu puerta, como todavía lo hacen para pedir tus favores.

—¿Pretendes decirme que lo que debería hacer es casarme?

—Veo que la inteligencia y la sagacidad todavía no te han abandonado. Sé que eres un alma libre y lo que has luchado por mantener esa libertad, pero ha llegado el momento de buscar un sitio donde reposar, un lugar seguro donde, sin dejar de lado lo que te gusta, encuentres acomodado.

—Decididamente, Émile, eres igual que mi padre. Esta misma conversación ya la tuve con él antes de volver a Francia e igualmente voy a decirte lo mismo. ¡Jamás! Incluso si la petición de boda fuera por tu parte... Tienes razón, quizá ya no me queden muchos más momentos para coquetear o relacionarme con ricos amantes que puedan mantener mis caprichos que, por otro lado, ya no son los que eran, pero yo soy como soy y si tengo que morir como una pordiosera en un apuesto callejón de París, ¡sea! No me asusta la muerte, ni siquiera la ruina, pero, y en eso te voy a dar la razón, lo que si me turba es dejar de ser lo que siempre he sido: la mujer más bella de Europa. Y te digo que cuando eso ocurra seré la primera en apartarme del mundo. Taparé mis espejos y me encerraré en mi casa para que nadie pueda ver mi ocaso.

—Virginia, ¡eres incorregible! Sabía perfectamente lo que ibas a responderme, incluso temí que fuera peor, pero tenía que intentarlo. Eres un claro ejemplo de personalidad narcisista.

—¿Narcisista?... Nunca me has hablado de esas cosas. Desconozco por completo los recovecos de la psiquiatría y ahora que lo has mencionado y que tiene un nombre tan exquisito, quisiera saber algo más sobre esa clase de personalidad que, al parecer, tan bien encarno.

—Oh, no te asustes, querida, no es nada malo, al menos si el problema se sabe llevar. El nombre le viene, como sabrás, del mito de Narciso, ese ser tremendamente bello que era incapaz de enamorarse de nadie que no fuera él mismo. Después de rechazar a muchas pretendientes, Némesis, la diosa de la venganza, hizo que Narciso se detuviera a contemplar su efigie en un arroyo. Quedó tan prendado de sí mismo que no pudo apartar la vista hasta que, al fin, se arrojó a las aguas para atrapar aquella imagen y pereció ahogado en el intento... Hasta ahí el mito, pero lo que de verdad significa tener una personalidad así es carecer de empatía para con los demás hasta llegar a explotarlos, a pesar de necesitar su aprobación o incluso admiración constante. Es creerse especial, proyectando fantasías exageradas de éxito, poder o belleza. En suma, convertirse en un ser tóxico para todo el que lo rodea.

—Reconozco que algo de eso sí tengo —dije riendo sin ver ninguna maldad en lo que me decía—. Me quiero mucho y si no fuera por eso, hace tiempo que hubiera perecido a manos de desaprensivos.

—Es verdad, querida, aunque ya dijo Aristóteles que el egoísmo no es tener amor propio, sino una pasión desordenada por uno mismo.

—Entonces, ¿crees que estoy loca?

—No he querido decir eso, pero llegado el caso se podría volver en tu contra. Si te sirve de consuelo, no debes preocuparte, yo nunca te encerraría en un hospicio como el de la Salpêtrière... No de momento —añadió sonriendo para quitarle hierro al asunto al ver la cara de seria preocupación que le mostré ante aquel retrato de mí misma que empezaba a incomodarme—. Aunque, si quieres, algún día podrías acompañarme para ver el trabajo que realizamos allí.

—No sé si estoy de acuerdo contigo... Sé que siempre he sido alocada, caprichosa y ególatra en exceso, pero creo que he sido buena persona.

—Querida, también manifestó Voltaire en su día que ser solo buena persona consigo mismo es ser bueno para nada... Y ahora, si quieres, podemos proseguir con el paseo. Creo que han sido demasiadas cosas las que te he dicho y no quisiera estropear la mañana con más admoniciones.

Cuando Émile me dejó en la puerta del hotel subí hasta mi *suite* rumiando cada una de

aquellas palabras. Sin duda, lo azaroso de mi vida no me había permitido reflexionar sobre ella. Había vivido intensamente, conduciéndome como suponía que debía hacerlo y si tuviese que arrepentirme de algo, solo lo haría por la mala vida que le di a Francesco. Él también se comportó tal y como lo haría un buen esposo, pero tuvo la mala fortuna de tropezarse conmigo y aquello solo fue una cuestión de supervivencia para mí.

Cuando vi a mi querido hijo leyendo un libro, recostado sobre el diván, le acaricié el pelo y tentada estuve de interpellarlo acerca de su vida, pero no lo hice; no deseaba abundar más en los sermones del doctor Blanche. Aun así, no dejé de preguntarme si sería infeliz como se suponía que lo eran los que estaban alrededor de una «narcisista» impenitente como yo.

Abandoné los pensamientos que a punto estuvieron de nublar aquella magnífica jornada; no necesitaba fustigarme más. Bastante cruel era la vida como para añadir más angustias al día. No me sentía responsable de cómo era. Quizá fue la educación que recibí de mis padres, incluso puede que la culpa fuera del mismo Dios que me creó de aquella manera. La sinceridad conmigo misma me impedía tener cualquier sentimiento de culpa. ¡Que cada cual apegara con sus responsabilidades! Ya tenía suficiente con intentar, en aquellos tiempos de cambio, encontrar mi lugar en una sociedad que en nada se parecía a la que dejé cuando la guerra vino a cambiarlo todo.

Afortunadamente, no tardé en reunir a mi alrededor a lo más granado de una sociedad convulsa. Ya no buscaba alcobas regias, ni siquiera la rancia nobleza, prefería la seguridad que proporcionaban las finanzas, aunque tampoco desdeñaba las camas con dosel coronado.

Precisamente, uno de mis últimos y gloriosos lances fue con un joven príncipe que en aquel momento no tenía ni la más remota posibilidad de reinar en su país. Alfonso de Borbón, el hijo de la destronada reina española Isabel, se debatía entre sus estudios en la academia militar inglesa de Sandhurst y sus estancias en París, cuando visitaba a su augusta madre en el palacio de Castilla, en la Avenida Kléber. La oronda reina residía allí desde que una de las tantas revoluciones que habían dejado a la todopoderosa España hecha unos zorros la echó con cajas destempladas. Fue acogida por Eugenia y Napoleón en 1868 y ya no se marchó de París, ni siquiera después de que sus anfitriones hubieran perdido la corona; no la querían ni en su propio país. Las pocas veces que la traté me pareció de lo más cercana y divertida, muy alejada del concepto que tenía de una soberana, circunspecto papel que tan bien interpretaba en su tiempo la ahora defenestrada Eugenia. Es curioso, pero a pesar de buscar por todas las cancillerías alguna joven princesa casadera para su hijo, no escatimó esfuerzos para enzarzarlo en aventuras de lo más sórdidas para que «espabilaran» a su retoño.

Supe, por él mismo, de un romance que le consiguió su propia madre con una cantante de ópera llamada Elena Sanz, que trajo «cola» y que se alargó demasiado en el tiempo. Como su madre, Alfonso tenía cierta querencia por las almas plebeyas, pero cuando me conoció se quedó tan prendado de mi dilatada experiencia que aprendió conmigo todo lo que las otras jamás le podrían enseñar. Es cierto que ya no me encontraba en la plenitud de mi éxito, pero mi belleza todavía podía rivalizar y aún superar la de cualquier jovencita dócil e inexperta.

Alfonso era un muchacho delicioso, ardiente e impulsivo y sobre todo muy divertido. Su francés era espantoso y casi siempre, al hablarme, era motivo de equívocos que acababan entre risas estrepitosas. No se andaba por las ramas, como hacían el resto de caballeros que frecuentaba. Siempre que podía lanzaba sus manos sobre mis pechos y me atacaba arduamente. Unas veces lograba parar sus acometidas y otras, lo dejaba hacer. Me hacía sentir como un continente inexplorado, una África agreste e indómita que deseaba ser conquistada a la fuerza. No sabía si el resto de españoles eran iguales, pero enseguida comprendí las motivaciones que

hicieron de aquella nación la más grande que conocieron los tiempos.

Mi romance no le era ajeno a doña Isabel, incluso fue aplaudido y jaleado cuando, en una de las visitas del príncipe a París, empezó a tontear con su prima, la hija del duque de Montpensier, cuñado de su madre y conspirador nato, tanto para conseguir el trono español como para el francés, al ser hijo de Louis Philippe de Orleans, que tantos partidarios tenía en aquella Francia de finales de siglo. La reina no quería saber nada de esa familia y no dudó en apartar de los pensamientos de su hijo a aquella niñata, aunque sin fortuna.

Las leyes para los matrimonios regios españoles eran muy estrictas y no permitían para los herederos cualquier matrimonio que no fuera con una princesa de sangre real. No es que deseara ser la futura reina de España, aunque durante un tiempo fantaseé con aquella idea, pero mis posibilidades ya estaban comprometidas de antemano.

A partir de entonces comencé a intuir que aquella joven chata y feúcha emponzoñaría el alma de mi amante, que tan fogoso se mostraba entre las sábanas de mi cama. El principio del fin de la relación llegó con la noticia, a finales de 1874, de un golpe militar que lo proclamó rey de España, certificando la defunción de una efímera república que no tenía partidarios y, de paso, el fin de nuestro idilio.

Aquel país había sufrido tantos vaivenes que hasta probaron una dinastía foránea encarnada por el príncipe piamontés Amedeo de Saboya, que tuvo tanto éxito como aquella primera república a pesar de los denostados esfuerzos diplomáticos, entre ellos los de mi propio padre. Quizá se trató de elegir entre lo malo o lo peor, pero la renuncia del hijo de Vittorio Emanuele II precipitó los acontecimientos y, después de varias pruebas fallidas, los españoles optaron por volver a llamar a los Borbones para que los gobernarán.

Mi joven Alfonso, ya convertido en rey, necesitaba una reina y estaba claro que yo ya pertenecía al pasado en el más amplio sentido de la palabra. Ni poseía sangre real ni era una joven virgen. Ahí me di cuenta de mi lugar en el mundo. Aquella fue la puntilla que acabó de rematar mi maltrecho ego.

No pude permanecer impasible. Solo en esa ocasión fui incapaz de aceptar resignada el nuevo revés que me presentaba la vida. En un último acto de estúpida venganza, mandé maldecir un magnífico ópalo de iridiscencias casi mágicas que había mandado engastar en un anillo de oro; quería que fuera mi regalo envenenado para aquel enlace. Para ello me dirigí a Montmartre, un nuevo barrio a las afueras, donde se había refugiado la peor chusma parisina, obligada a salir del centro de la ciudad cuando empezaron a construirse sus enormes bulevares. Por aquel entonces había empezado a tontear con el ocultismo y la magia de la mano de mis nuevos amigos, entre los que se encontraba el hijo de Émile, Jacques Blanche, que se movía como pez en el agua en aquel barrio de bohemios y pintores. Él me acompañó hasta un sórdido antro cuyo nombre, «El Cabaret de los Asesinos», no dejaba lugar a duda de su categoría. Tenía fama de acoger a los peores borrachos de la zona, que siempre acababan entre sangrientas riñas, y a algunas viejas brujas que, por unos francos, eran capaces de adivinar el futuro o hacer hechizos mediante diabólicas y ancestrales artes. Le dije a Jacques que solo pretendía averiguar mi futuro y no le comenté mis razones para la cita; no me apetecía tener que darle explicaciones sobre un asunto tan chusco como una venganza amorosa.

Acudí de forma sencilla, con un modesto vestido que le pedí prestado a una de las doncellas del Hotel Alma. No quería causar confusión entre los parroquianos de aquel tugurio, aunque sabía de sobra que no era la primera señora que acudía a pedir los servicios de una de las viejas hechiceras más notables de todo Montmartre, Bethsabée la Negra, una mulata de origen haitiano que tenía fama de bruja.

Al entrar, sentí una especie de escalofrío cuando contemplé, colgados de sus paredes como si fueran trofeos, los retratos de históricos criminales como Ravailac o el más reciente de Troppman, un asesino en serie que acabó en la guillotina en 1870 y del cual se hicieron eco todos los diarios de París. Al parecer, estaba pensado al mínimo detalle para hacer desagradable la estancia de todo aquel que fuera ajeno a la concurrencia, aunque el ambiente, lejos de parecerme tético, me resultó interesante por lo distinto.

Alguien se puso a aporrear una pianola destartada y completamente desafinada mientras aparecía desde un rincón del local una de esas cupletistas vestida con un traje de colores chillones y con más colorete que una prostituta. Se puso a cantar una tonadilla que empezaron a corear todos los borrachos, mientras nosotros asistíamos atónitos al espectáculo.

Jacques y yo pedimos un par vasos de aquel horrible vino de la zona que se servía aguachado mientras esperamos pacientes a que llegara la Negra. Según nos dijo el dueño, solía pasarse todos los días a la misma hora, sobre las seis de la tarde. Siempre pedía lo mismo, una jarra de vino que se tomaba del tirón. Si no había clientes que la buscaran, se marchaba a su casa hasta el día siguiente; en cambio, si alguien procuraba sus servicios, podía permanecer allí durante horas tragando vino sin parar mientras exigía que la invitaran. Según decía, el «morapio» acrecentaba sus facultades.

Después del segundo vaso apareció Bethsabée. La bruja se nos acercó a una indicación del dueño. Llevaba un largo vestido blanco lleno de lamparones, como si fuera una saya. Iba envuelta en una toquilla del mismo color y un turbante que dejaba escapar sus canosos pelos ensortijados. Se sentó enfrente y nos miró fijamente a la cara, como si quisiera adivinar quiénes éramos. Uno de sus ojos estaba completamente seco, empañado por una aparatosa catarata que provocaba repulsión. Después de unos segundos, invitó a Jacques a que se marchara; intuyó, sin decirle nada, que era yo la que requería de sus servicios.

Cuando estuvimos a solas me pidió que la invitara a una jarra de vino, que le sirvió de inmediato el solícito camarero, como tenía por costumbre. Luego de apurar la jarra, me dijo:

—Niña, dame lo que has traído... —Me sorprendió que supiera exactamente lo que iba a pedirle.

Saqué de la limosnera el anillo con el ópalo y se lo entregué. La Negra se lo acercó al ojo sano para verlo mejor y luego lo escupió para, acto seguido, frotarlo como si tuviera que sacarle brillo. Se quedó un rato observándolo y empezó a hablarme:

—No te va a salir gratis...

—Puedo pagarte bien, vieja —le contesté, pensando que dudaba de mis intenciones.

—No es eso, niña —continuó—. Te costará caro, pero me pagarás bien, lo sé. Lo que quiero decir es que maldecir algo así te traerá problemas...

—¿Cómo sabes que quiero maldecirlo? —le pregunté.

—¿A qué, si no, has venido?

La verdad es que no había que ser demasiado inteligente para adivinar eso. ¿Por qué otra razón le iba a entregar un anillo tan valioso? Así que asentí y deslicé sobre la mesa 100 francos que la vieja cogió para llevárselos a uno de los bolsillos del vestido.

—Ven mañana, a la misma hora y estará lista tu venganza... Ahora, invítame a otra jarra —me exigió.

Llamé al camarero y le traje otra jarra de aquel brebaje imbebible que a ella le debía de parecer un caldo exquisito, pero al levantarme para marcharme me tomó la mano con fuerza y me obligó a acercar mi cara a la saya; la boca le hedía como una alcantarilla.

—Quizás esto te parezca un juego, pero quiero que sepas que ella morirá al ponerse el anillo.

—¿Ella? —pregunté, como si no supiera el destino de la joya—. No sé de qué me hablas, bruja... —Me solté como pude de sus garras y salí como alma que lleva el diablo.

Jacques me estaba esperando fuera y al verme con la cara desencajada me preguntó:

—¿Qué te ha dicho esa hechicera? ¿Te ha adivinado el futuro?

—Creo que estaba demasiado borracha para hacer predicciones... Solo consiguió decirme cosas incongruentes que no fui capaz de entender —le mentí—. Anda, vamos a pedir un coche y regresemos.

Al día siguiente me presenté sola en aquel garito. Ya no sentía miedo y me fue más fácil que el día anterior. Tal como dijo, la Negra apareció a la hora indicada. Volvió a solicitar su correspondiente dosis de vino para luego entregarme un mugriento pañuelo de llamativos colores.

—Ten mucho cuidado —me advirtió—. No se te ocurra ponértelo o... —Ya no dijo nada más; comprendió que la había entendido perfectamente.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunté curiosa.

—Es mejor que no lo sepas... Y ahora, antes de que te vayas, pídemelo otro vino.

Le dejé sobre la mesa otro billete de cien francos y me fui no sin antes atender a su dipsomanía. Esperaba, por si acaso, que el vino la hiciera olvidarme tan rápidamente como yo la olvidaría a ella.

Una vez en casa, estuve varios días sin atreverme a enviar el anillo. No estaba segura: por un lado sentía que aquellas cosas no era más que patrañas, aunque me excitaba la idea de que causase cierto efecto malicioso en la futura portadora de la joya, pero por otro deseaba darle un escarmiento a aquel príncipe, ahora rey, que me había desdeñado al despedirse. Fue con el único que, al dejarme, me hizo sentir como una puta, y eso no podía tolerarlo.

Al fin me decidí a mandárselo a su majestad Alfonso XII con motivo de su enlace en Madrid; ni siquiera remitió una misiva privada para agradecerme el regalo. Por el contrario, el obsequio fue aceptado con agrado por la flamante reina de España, María de las Mercedes, que escribió de su puño y letra una nota en la que me daba las gracias en su nombre y en el de su augusto esposo.

Por lo visto, aquella alhaja fue tan de su gusto que pronto la lució como una de sus joyas habituales y que no se quitó hasta el mismo momento de su muerte, acaecida tan solo unos meses después de la boda. En ese momento tomé conciencia de los extraños poderes de aquella arpía antillana. ¡Pobre Mercedes! Aunque me arrepentí y dediqué varias misas por su alma, el mal que había sembrado todavía siguió su curso.

Supe que aquel amor desdichado se llegó a cantar en canciones populares y es que aquella «simple» no gozó de mucha suerte en la vida. Tuvo una infancia llena de vicisitudes, en las que casi muere por culpa de las viruelas o de un sarampión. Hasta se llegó a decir que, un día, una gitana le predijo que llegaría a ser reina, pero al seguir indagando en su futuro salió como alma presa del diablo ante el espanto que vislumbró en las huellas de su mano.

Para desgracia de aquellos Borbones muertos de hambre, el anillo de marras siguió cobrándose más víctimas de las que en principio tenía previstas, y es que mi ópalo maldito gustó a más gente de la que debiera. Alfonso se lo regaló a la abuela de ambos, doña María Cristina de Borbón Dos Sicilias, y a los pocos meses acompañó a la tumba a su pobre nieta. Esta, a su vez, se lo legó a su otra nieta, la hermana de Mercedes, María Francisca, que se sumó a la lista de difuntas antes de llegar el año. La hermana pequeña de don Alfonso, la infanta María del Pilar, le pidió el anillo a su hermano y antes de que pasaran seis meses se reunió en el paraíso con sus otros familiares.

El rey, receloso ya de aquella joya maldita, decidió quedársela y guardarla entre sus gemelos y pasadores. ¡Craso error! Murió unos años más tarde, dejando viuda a su segunda esposa, la

austríaca María Cristina de Habsburgo-Lorena, que llevó el anillo a bendecir para regalarlo después a una Virgen de especial devoción para la familia real, dejando sin efecto la maldición. Por lo visto, el monarca, antes de fallecer, ya le había advertido de sus mortales efectos.

Está claro que las versiones oficiales de aquellos óbitos ni siquiera podían imaginar que se debieran a una maldición, pero a mí, aparte de la risa por lo estrambótico del suceso, siempre me quedó la duda de haber provocado aquel infortunio y empecé a interesarme por el espiritismo con mayor ahínco, tonteando con ciertas artes oscuras que prometían ofrecerme un respiro en mi inexorable camino hacia la decadencia.

En aquel tiempo no había salón en París en el que no se ofreciera un espectáculo de ese tipo. Reconozco que resultaban sobrecogedoras las puestas en escena espiritistas, pero mucho más lo era el visionado de ciertas fotografías que circulaban en aquellos círculos sensitivos. En muchas se podían observar claramente figuras espectrales y, en otras tantas, la presencia de un fluido etéreo que salía por los orificios de la cara de médiums entradas en trance; *ectoplasma* creo que lo llamaban.

Yo estaba entusiasmada. Me entregué a varias sesiones que no resultaron tan productivas como prometían, a pesar de los ruegos para que desistiera de aquellas patrañas, como las calificaba el bueno del doctor Blanche. También el fotógrafo Pierson puso en duda las fotografías de los supuestos espíritus; los dos eran muy reacios a mi nueva afición.

Recuerdo una vez en la que pude conocer a una venerable anciana rusa llamada madame Blavatsky que, por lo visto, era la «princesa» de aquella corte de teosóficos, como hacían llamarse, moviendo masas a su encuentro. Nos habló de ciertos maestros tibetanos que le habían enseñado lo que sabía y también de conceptos que había recogido en varios libros: *Isis sin velo* y *Doctrina secreta*, que todos parecían saberse al dedillo, pero que a mí no me interesaron en demasía. Encontraba aquellos pensamientos demasiado farragosos y poco prácticos. Al final, todo lo fiaban, como los cristianos, a un supuesto otro mundo del que poco o nada se sabía. Yo buscaba cosas mucho más tangibles que me ayudaran en este lado de la existencia y de eso no obtuve respuestas. Mi interés resultó tan etéreo como aquel supuesto ectoplasma que no conseguí ver jamás. Además, en aquella época solo había muerto Francesco y, la verdad, si había detestado en vida a aquel pobre imbécil, no tenía las más mínimas ganas de volver a verlo aunque fuera en forma espectral; imagino lo que saldría por la boca de la médium si era verdad que podía comunicarse con él.

Después de aquel flirteo con el más allá ya no me quedaron más ganas de seguir insistiendo; había demasiadas cosas que la ciencia estaba descubriendo y que prometía, en un futuro no demasiado lejano, hacerlas realidad. Entonces me aficioné a leer a Jules Verne, un prolífico autor de novelas de aventuras que causaba verdadero furor en la sociedad francesa de aquellos años.

El mundo seguía inexorable su curso, en un avance hacia un lugar que sabía que no era el mío. Yo, a pesar de pertenecer a otra época, todavía intenté subirme al carro del progreso, palabra que pronto se puso de moda y que prometía remediar todos los males. En aquella confianza resistí unos cuantos años más antes de darme por vencida.

Yo seguí como si mi vida fuera igual que antes, en una inconsciente huida hacia adelante, sin saber si mis últimas incursiones en el campo amoroso iban a durar eternamente.

Después de sufrir varios reveses personales me encontraba tan desvalida, casi sin fuerzas, que no tenía ganas de salir y mucho menos de ver a nadie. No todo fue un camino de rosas en mi andadura por la vida, a pesar de que siempre procuraba olvidarme de los contratiempos para que no acabaran por minar mi moral y me hicieran desistir de mi propósito. A pesar de ello, durante un tiempo afortunadamente breve, empecé a detestar las caras de felicidad que, inevitablemente, acababa por ver reflejadas en todos los rostros que me cruzaba. Solo mi buen doctor y Pierson consiguieron que mantuviese un hilo de unión con el mundo. Sus visitas me reconfortaban y tras muchos ruegos accedí a acompañar a Pierre a su estudio; me engatusó con la realización de unas fotografías que tenía en mente, aprovechando la expresividad de mi tristeza. Allí tuve el placer de conocer a Paul Granier de Cassagnac, el portavoz del partido bonapartista y editor en jefe del periódico *Le Pays*.

Me pareció un «cochinillo mofletado», con ese mostacho tan poco elegante y unos ojos saltones que a punto estuvieron de salirse de sus órbitas en cuanto me vio. Estaba repantigado sobre un sillón, con un aspecto tan grave para salir bien en la fotografía que parecía un muñeco tentetioso. Sabía de él por los periódicos, en especial por el que dirigía. Era un enemigo implacable de la Tercera República, a la que calificaba sin pudor como *la gueuse*, una de esas putas esquineras que pululaban como chinches por todo París.

La verdad es que compensaba su falta de apostura con una lengua mordaz y viperina; resultaba muy divertido. No conseguía pronunciar más de dos palabras seguidas sin que una de ellas fuera un chascarrillo irónico, provocándome una hilaridad difícil de reprimir. En aquel momento él tenía treinta y un años, cinco menos que yo, pero aparentaba muchos más; tenía una vida muy corrida.

Desde que en 1862 fundó *L'Indépendance Parisienne*, sus salidas de tono verbales en sus siguientes publicaciones, *La Nation* o *Diogène*, le valieron su primer duelo con Aurélien Scholl, un colega que dirigía *Nain jaune*. Después de aquel lance vinieron muchos más y, a pesar de la desigual fortuna —en unos resultó herido y otros le valieron la cárcel—, salió indemne de los desafíos. Al final, acabó trabajando para su padre en *Le Pays*, colaboración que tuvo que interrumpir por la guerra contra Prusia, donde fue hecho prisionero y recluido en la fortaleza de Cosel, en la frontera polaca.

Después de su vuelta a Francia, combatió ferozmente a los republicanos para intentar restablecer el Imperio como diputado por el distrito de Condom y como redactor de su periódico. Sus últimas intervenciones le valieron varios procesos por difamación e incitación al odio y dos duelos más, en 1872 con Édouard Lockroy y no hacía ni unos meses, con Arthur Ranc, ambos lesionados.

Durante todo un año fuimos inseparables, a pesar de recibir fuertes presiones por parte de mi querido Adolphe Thiers, cuyo poder al frente de la República se tambaleaba por momentos. La situación era incómoda y yo, como siempre, me debatía entre hacer lo que se esperaba de mí o lo que me diera la gana; por supuesto, siempre hice lo último, y no me di por enterada de los avisos que me llegaron del Elíseo.

Cuando cayó el Gobierno de Thiers y su dimisión fue aceptada el 24 de mayo, ese día Paul me invitó a cenar en *La Closerie des Lilas* para celebrar su pequeño triunfo. Yo no quería hacer leña del árbol caído, pero insistió tanto para aparecer de su mano en aquel café de artistas del bulevar de Montparnasse, que tuvo que tentarme con una fruslería en forma de gargantilla cuajada de brillantes. Aquello rindió mis reticencias; hacía tanto tiempo que no recibía regalos tan exquisitos, que pensaba que habían desaparecido los auténticos caballeros. Afortunadamente, él y yo pertenecíamos a otra época mucho más elegante.

Fue una velada excitante, casi tanto como las noches que le sucedieron. *Mi cochinillo*, como yo lo llamaba, era una fiera en la cama y no se cansaba de mis relatos acerca del emperador, incluso me hizo poner el camisón que usé con él en Compiègne para hacer el amor. Aquel fetiche lo excitaba sobremanera y a mí me satisfacía corresponderle. Fue el único, de entre todos mis amantes, con el que estuve porque me hacía reír, aunque no me gustara su físico desmedido.

A pesar de aquella agradable *liaison*, nuestra aventura no tuvo demasiado recorrido; tan solo duró un año y pronto regresé a mi tediosa *suite* del Alma, tan impersonal como práctica. No obstante, aquella relación hizo que mi espíritu se llenara de esperanza. Fue un renacimiento y volví a sentir el gusto por vestir a la moda. La mitad de mi guardarropa estaba anticuado, con aquellas viejas crinolinas para ahuecar las faldas. Ahora lo que hacía furor eran los polisones, una especie de almohadilla colocada en el trasero, que ensanchaba el volumen de las faldas por detrás, quedando lisas y rectas por el frente. También se puso de moda el «estilo princesa», en honor a la princesa Alejandra de Gales. Los vestidos, así confeccionados, carecían de costura horizontal en la cintura y, en cambio, hacían resaltar el busto y las caderas. Tengo que reconocer que me favorecían notablemente, y a pesar de no tener la figura de otros tiempos, realizaba lo poco que restaba de mi ajada belleza; el resto lo tuve que fiar de nuevo al colorete.

Desde que la política dejó de tener interés para mí, o yo para ella, no hubo una sola tendencia que no buscara el arrimo de mi persona. ¡Qué incongruente es el destino! Así fui pasando por todo el arco parlamentario, lo que, a su vez, me reportaba la enemistad o, como poco, la displicencia de miembros destacados de aquellos partidos que se sentían ninguneados. Incluso alguna de esas gacetillas maledicentes dedicaron varias líneas afeando la conducta del que se atrevía a frecuentarme. En unas me acusaban de bonapartista; en otras, de republicana, y, con mayor frecuencia, por lo que se suele atacar a las mujeres cuando no hay mejores argumentos, de puta interesada. En fin, era mi sino y, como siempre, hice caso omiso de las habladurías.

Después de que se enfriaran —llamémosle así— mis relaciones con Paul Granier de Cassagnac tuve la gran suerte de conocer al miembro más destacado de la casa de Orleans, el duque de Aumale o, simplemente, Henry, como prefería que lo llamara. Corría el año 1875 y él contaba con cincuenta y tres años, aunque no había perdido su porte y distinción. Había desaparecido parte de su cabellera, dorada como los trigos, pero todavía adornaba su cara un grueso mostacho y perilla, que se habían encanecido notablemente con el paso del tiempo. Era un hombre cultísimo a la par de rico; había heredado las tierras y la fortuna de su padrino, el príncipe Louis Henri Joseph de Bourbon-Condé, que murió sin descendencia. Los sesenta y seis millones de francos del legado le permitieron restaurar el castillo de Chantilly, en el que puso todo su empeño.

Después de la caída de su padre, el rey Louis Philippe I en 1848, tuvo que exiliarse en Inglaterra, aunque intentó regresar varias veces, la última para luchar en la guerra contra Prusia, a pesar de que el emperador, ferviente antiorleanista, se lo impidió. Después de la caída del Imperio regresó a Francia para ocupar un lugar en la Asamblea Nacional como diputado orleanista por el departamento de Oise, pero su vida política estaba tocando a su fin. Yo lo conocí

en aquel momento, cuando acababa de ingresar en la Academia Francesa y estaba más vinculado al mundo de la cultura que al del Ejército, en el que era visto con recelo por sus aspiraciones monárquicas.

Henry era viudo de María Carolina Augusta, princesa de las Dos Sicilias, y en aquella época había muerto ya toda su descendencia: seis hijos y una hija, por lo que se volcó en reordenar su legado y la transformación del castillo de Chantilly en una especie de museo. Fue allí donde me invitó a pasar unos estupendos días mientras me enseñaba sus colecciones de arte.

No es que yo fuera una mujer cultivada en demasía, pero no carecía de la cultura suficiente para poder apreciar las maravillas que Henry atesoraba en su palacio, y más aún con la vehemencia con la que me explicó el origen de las piezas y sus principales características. La colección de pinturas incluía obras maestras de fama mundial, como el *Retrato de Simonetta Vespucci*, de Piero di Cosimo, o *La masacre de los inocentes*, de Poussin. Tres pinturas de Rafael: *Las Gracias*, la *Madonna de Loreto* y la *Madonna de Orleans*, constituían el repertorio más valioso de este artista en Francia. Se exhibían además tres tablas de Fra Angelico, un díptico de Rogier van derWeyden, además de otras obras de Jacopino del Conte, Antonio Moro, Van Dyck, Watteau, Reynolds, Ingres, Delacroix, Géricault y otros tantos que me sería imposible recordar. También poseía una fascinante colección de grabados que incluía ejemplares de famosas planchas de Durero; colecciones de dibujos como el *Retrato de Léonore Sapata*, de Jean Clouet, dos importantes diseños de Rafael, otros dos de Miguel Ángel, así como ejemplos de Rubens, Watteau y una curiosa versión de la Gioconda desnuda que se atribuía a un artista del círculo de Leonardo da Vinci.

Yo estaba anonadada al poder contemplar tanta belleza y por la distinción que había hecho conmigo trayéndome a aquel lugar donde solo unos pocos elegidos podían entrar, así que le regalé toda mi dedicación y una noche singular; hicimos el amor en una de las salas repletas de cuadros. Era toda una sensación sentirse observada por aquellos seres que pendían de las paredes, salidos de las manos de grandes maestros del arte, que allí, estáticos, contemplaban como dos simples humanos retozaban alegremente ante sus hieráticas miradas, impávidos sin poder descolgarse de sus marcos para unirse a la fiesta.

De todas formas, el pobre Henry se había convertido en un redomado misántropo y después de aquella efímera muestra de efusividad ya no volvimos a repetir la experiencia. Él estaba demasiado ocupado en su castillo o en las cada vez más frecuentes sesiones de la Academia y no estaba por la labor de prestar atenciones a una vieja gloria como yo. Si al menos hubiera estado rodeada de un marco dorado, habría reparado en mí para formar parte de su extensa colección, pero no pudo ser.

En cierta manera acaricié la posibilidad de que Henry se quedara prendado de mí más que de sus reliquias. Fue lo más cerca que estuve de representar el que, sin duda, era el papel que debí haber encarnado en la historia, el de reina. Sí, si mi edad y belleza aún hubieran conservado parte de su fresca primigenia, estoy convencida de que el resultado hubiera sido bien distinto. Es cierto que Francia, por el momento, había escarmentado de ciertas veleidades monárquicas y que las distintas dinastías que se disputaban la legitimidad para auparse al trono, si llegaba el caso, más bien parecían un gallinero por sus constantes peleas, pero de entre todas, la Orleans todavía conservaba su pátina democrática, que le dispensó al abuelo de Henry el epíteto de Louis-Philippe *Igualdad*.

A pesar de su explícito desinterés por mi persona no dejé de moverme por los alrededores de la casa Orleans, no fuera que, por un azar de la vida, dejara de estar en el momento preciso y lugar adecuado. Así que intenté conservar su amistad más allá del mero interés o la ambición que

siempre me caracterizó.

Afortunadamente para mí, otro miembro de su familia iba a mostrar mayor ímpetu en las relaciones amorosas que en los cuadros. El reencuentro con Robert de Orleans, duque de Chartres y sobrino de Henry, fue del todo providencial. Nos habíamos conocido bastantes años atrás, cuando fue enviado a Turín para recibir entrenamiento militar. Robert se convirtió en capitán de dragones del Piamonte y como tal participó en las guerras de la unificación, luchando al lado de la casa de Saboya. Entonces era un apuesto príncipe: espigado, rubio, de unos penetrantes ojos azules, casi transparentes, y unos labios carnosos que hacían enloquecer a las jovencitas.

Los azarosos destinos que nos guiaban no permitieron entonces que nuestras vidas se cruzaran; yo regresé a París y él se embarcó en una nueva guerra allende los mares, en los Estados Unidos de Norteamérica que, por aquel entonces, se desangraba en una cruenta guerra civil. Robert, lejos de lo que se pudiera pensar, optó por enrolarse en las filas unionistas para luchar contra los Estados Confederados del Sur. Luego, de regreso a Europa, se alistó en la guerra contra Prusia con nombre falso, Robert Le Fort, debido a la negativa del emperador, al igual que hizo con su tío. Varias acciones arriesgadas le valieron la distinción de Caballero de la Legión de Honor y un brillante puesto en el Ejército. De espíritu indómito, era una explosión de humanidad en todos los sentidos: pasional, osado, vehemente y un amante maravilloso.

Prácticamente de la misma edad, al reencontrarnos enseguida supimos que éramos de la misma condición; nos entregamos con ardor, la una en brazos del otro y viceversa. No vi en él a alguien para saciar mis caprichos y sí mis ardores. Despertó en mí algo olvidado, quizá porque nunca lo había sentido. Me di toda, sin esperar algo a cambio, más que la lujuria que encendía mi corazón solitario.

Nunca me exigió nada, ni yo a él. Jamás intentó indagar si me veía con otros hombres o el tipo de vida que llevaba, ni yo sondeé sobre su matrimonio con la sosaina de su prima, Françoise Marie, con la que se tuvo que casar al no encontrar una princesa que accediera a emparentar con una casa real tan mal vista como la de los Orleans.

Cuando ya nuestra relación se convirtió en intermitente, fue él mismo quien me sugirió que abandonara el Hotel Alma para buscar un lugar más digno de mí, que financié con la repartición de la herencia de mi difunto esposo con mi hijo, después de un terrible rifirrafe que acabó de la mejor manera, no sin abrir una brecha insondable entre Giorgio y yo.

Las tensiones con mi hijo Giorgio se fueron sucediendo a medida que este se hacía mayor; no era alguien del que me pudiera deshacer tan alegremente como lo hice de su padre. Intenté que buscara su propio camino, pero él sentía que había traicionado el apellido familiar con mis devaneos, que ya por aquel tiempo eran más bien escasos. Tal vez el rechazo hubiera sido menor si los hombres que me frecuentaban hubiesen sido de primer nivel, pero yo sufría incluso más que él el repudio que a menudo recibía.

Ya no era la dulce jovencita que excitaba la mente y la entrepierna de acaudalados hombres de finanzas, y la política que se practicaba en esa época ya no necesitaba de mis servicios. Una profunda crisis se había desatado en los principales mercados de Europa, y Francia no había sido ajena a ella. Muchos se arruinaron y las fortunas cambiaban de mano de la noche a la mañana. Ahora ya nadie tenía suficiente efectivo para subvencionar los caprichos de una dama de gustos tan exigentes como los míos. Además, la *suite* del Alma se le antojaba a Giorgio un lugar demasiado sórdido para vivir. Me instó, de nuevo, a regresar a Italia para hacerse cargo de las propiedades que le había legado su padre, pero yo no quería acelerar mi final, ni siquiera por darle gusto.

Tenía dieciocho años y ya no podía contener sus continuos arrebatos de odio hacia mí. La última discusión tuvo lugar a finales de noviembre de 1873, en una fría mañana en la que me había dispuesto a dar un paseo por las inmediaciones del Bosque de Bolonia con uno de mis nuevos acompañantes.

Giorgio, en un incomprensible ataque de celos, entró en mi alcoba en cuanto se enteró de que un caballero estaba esperándome en la recepción del hotel.

—¿No pretenderá salir?! —me dijo gritando mientras yo me acababa de colocar el tocado.

—¿Y por qué no? —le contesté sin darle mayor importancia; no era la primera vez que me hablaba así, pero nunca se atrevió a ir más allá.

—¿Acaso se ha visto en el espejo?... ¡Mírese! ¡No es más que una vulgar mujerzuela!

Pude ver su expresión desencajada a través del espejo de mi tocador y sus ojos inyectados en sangre mirarme con un odio que jamás había observado en él. Como pude, intenté controlar mi primer impulso, tan fuerte como el suyo y que quizás había heredado de mí.

—¿Qué te sucede, hijo?... —le dije con aquella voz melosa, casi maternal, que otras veces me había funcionado durante sus impredecibles arrebatos—. A lo mejor te gustaría acompañarme. Un paseo a estas horas te haría bien y...

—¿Para qué quiere que la acompañe, si ya la están aguardando en recepción?

—Ah, ¿es eso?... Si quieres, puedo dar recado de que no me encuentro bien y luego hacemos planes. Podemos hacer una visita al Louvre o acercarnos por Montmartre para visitar alguna de sus galerías. ¿Te gustan los impresionistas? Porque a mí me entusiasman y...

—¡Basta! ¡No se esfuerce en fingir! —dijo, cortando mi banal conversación—. ¡No tiene decencia! ¿Acaso piensa que esos coloretos pueden ocultar lo que es? —exclamó restregando un pañuelo por mi cara para quitarme parte del maquillaje que llevaba puesto.

Entonces ya no pude contenerme y, poniéndome en pie, le planté cara. No estaba dispuesta a tolerar aquella falta de respeto.

—¡No te consiento!... ¡¿Quién te has creído que eres?! —resoplé como una ménade furiosa.

—¡Su hijo, madre, su hijo! Ese mismo al que ha ignorado durante tanto tiempo y que ni siquiera puede recordar una caricia suya, un paseo o un juego juntos.

En aquel momento se nubló mi entendimiento y le levanté la mano, aunque nunca lo había hecho. Antes de que pudiera impactarle en la mejilla, la paró en el aire y entonces aprovechó para cruzarme la cara con su palma abierta, haciendo que se cayera mi sombrero y se despeinara mi cabello, arrastrado por las horquillas que lo mantenían sujeto.

Me sentí humillada, vejada por primera vez en mi vida por un hombre; era mi propio hijo y eso me dolió mucho más. Nunca nadie me había pegado, ni siquiera su padre, con mucho mayor motivo que él. Nadie se atrevió a insultarme de aquella manera tan cruel, por más que me despreciaran con el pensamiento. Siempre fui tratada con dignidad, como la dama de alcurnia que era, y ni el más vil de los seres me hizo sentir como una furcia, por mucho que me hubiera comportado como ellas.

No sé si se arrepintió de lo que había hecho, pero, cerrando los puños y conteniendo la respiración hasta soltar un sonoro bufido, se marchó hacia el salón. Quizá debía haberme quedado en mi cuarto, incluso recomponerme para salir con mi cita, pero yo lo seguí. No estaba acostumbrada a perder, y mucho menos en una discusión con aquel mocoso sobre el que todavía tenía poder legal. Entonces me salió toda la arrogancia que jamás le había demostrado y se me figuró, en mi mente iracunda, que era el mismo Francesco, su padre, con el que estaba manteniendo aquella violenta discusión.

—¡Miserable!... Tienes fuerza suficiente para pegar a tu madre, pero no la edad para disponer ni siquiera de ti mismo. ¡Óyeme bien! ¡Te guste o no, soy tu tutora legal y me obedecerás! Cuando cumplas los veintiún años podrás hacer lo que te venga en gana y regresar a Italia si eso te place, pero escucha... ¡Nunca! ¡Jamás se te vuelva ocurrir ponerme la mano encima! ¡¿Me has oído, maldito bastardo?!

Giorgio permaneció agachado, con la cabeza entre las piernas y tapándose los oídos para no escuchar toda aquella catarata de verdades que nunca me había atrevido a decirle. De sus ojos, antes enrojecidos por el odio, ahora solo caían lágrimas de desesperación.

—Tu padre, ese ser al que veneras como si fuera un santo, no era más que un idiota, un cornudo consentido que jamás osó plantarme cara. Dejó, a sabiendas, que me acostara con el emperador, a mayor gloria de Italia, y se avino a esas y otras componendas, pero tú... Tú no eres más que su pálido reflejo, un ser ingrato que jamás ha comprendido nada. He intentado que no fueras como él. Te he ofrecido un mundo nuevo, amplio de miras, y ¿qué has hecho tú? Fustigarte inútilmente, añorar un mundo que nunca existió, malograr tu juventud sin hacer nada, vegetar como un parásito a mi sombra... Si aún te hubiera dado por ser uno de esos bohemios borrachos que pintan putas o escriben melodramas, lo hubiera comprendido y te hubiera apoyado, pero no... ¡Mírate, ahí llorando, sintiendo lástima de ti mismo! Yo, a tu edad, ya había corrido mundo. Sí, seduje a muchos hombres y otros tantos intentaron seducirme a mí; derroché fortunas y lo pasé en grande. Me repudiaron y, tantas veces como lo hicieron, otros me volvieron a acoger. ¡He sido osada, vehemente, loca, sí, loca, pero siempre he sido libre!... ¿Me oyes? ¡Libre! Ni mis padres, ni mi esposo pudieron cortar mis alas. No espero que me entiendas, como nadie lo ha hecho en mi vida, pero quiero que te quede bien claro que jamás voy a perder esa libertad, ni siquiera por ti. ¿Me has entendido?

Giorgio no osó replicarme. Regresé a mi cuarto y me recompuse como pude para bajar, media hora más tarde, a recoger a mi acompañante que, desesperado, estaba a punto de dejarme plantada. Creo que no fue acertada aquella salida; resulté tan aburrida y poco comunicativa que ya no le quedaron ganas de repetir la experiencia. Yo estaba furiosa y, aunque no dejé exteriorizarlo,

mi intranquilidad por lo que me encontraría a mi regreso hizo que me comportara como una de esas venus hieráticas que poblaban las galerías del Louvre.

En efecto, después de todo un día intentando contentarme por ver si levantaba el ánimo, mi amigo me dejó de nuevo en la puerta del Alma, pero ya era demasiado tarde para remediar mi situación familiar; no debí haberlo dejado solo.

Giorgio, en un arrebato, hizo apresuradamente su equipaje y se dirigió a la estación de Lyon, según me dijo el conserje, que pidió un carruaje para él. En un primer momento pensé que solo se había llevado sus efectos personales, pero había sido más artero o yo más tonta. Se llevó consigo parte de la correspondencia privada que, desde tiempos de mi intervención para el reino del Piamonte, guardaba celosamente en unos baúles y que, sin lugar a dudas, él mismo habría espiado como una vulgar comadreja.

Esperaba hacerme chantaje con ellos para que claudicara ante su huida, pero después de mi lógico enfado reconozco que asimilé bien la reprimenda y por primera vez me sentí orgullosa de que se hubiera atrevido a realizar tamaña proeza por sí solo.

Desde aquel día en que me abandonó, el 25 de noviembre de 1873, tardé mucho tiempo en saber de él. Me escribió su tío, el albacea de su herencia paterna, para intentar remediar la situación. Se había instalado en Costigliole de Asti, en aquel castillo que a él debió de parecerle la quintaesencia de la hermosura y a mí me parecía un horror, como una especie de mastaba egipcia donde, según sus costumbres, solían enterrarse en vida los cortesanos y servidores que acompañaban al faraón en su viaje eterno. ¡Allá él con su vida!

Sé que intentó vender a los servicios secretos italianos los documentos que me había robado cuando se marchó, pero, por lo visto, aunque delicados, ya no tenían la importancia de antaño. Incluso escribió al rey para recuperar el estatus que había ostentado su padre como ayudante de campo, pero los tiempos habían cambiado y después de la frustración de sentirse ninguneado pidió algún humilde puesto diplomático como el que ostentaba su abuelo, mi querido padre. Yo misma le escribí a Portugal, donde se había hecho un hueco entre su aristocracia y donde proseguía con su pequeña aventura lusa, para que intermediara en favor de Giorgio.

Por fin, el 18 de febrero de 1875, lo invité a que viniera a París para que firmara conmigo un acuerdo un año antes de cumplir los veintiuno. Visto que no podría sacar provecho de él, intenté que fuera feliz a su manera. Permití que dispusiera del legado de su padre a su antojo, aunque para ello tuviera que devolverme parte de los documentos sustraídos, los más comprometedores, que quería reservar por si las cosas venían mal dadas, y también me aseguré una cuantiosa suma que me permitiera comprar una casa en París para no tener que depender de nadie. Mi situación, con casi cuarenta años, ya no era la de antes.

Cuando volví a verlo estaba exultante. Parecía que con la firma de aquel documento que le daba la libertad estaba a punto de conseguir sus sueños. Si con aquello iba a ser feliz, quedábamos todos satisfechos. No sé si, para entonces, llegó a entenderme, pero no hubo mejor ocasión para hacerlo; nunca volvimos a reencontrarnos. Él tenía que vivir su vida y yo descubrir el modo de encarrilar la mía, pues empezaba a notar un vaivén que amenazaba con hacerla descarrilar.

Estuvo cordial, incluso cariñoso. Me habló de una prima suya, Amalia Asinari, hija del marqués de San Marzano. Se pasó varios días describiendo sus múltiples cualidades, entre las que intuí las de la perfecta esposa: bella y sumisa, a la que había pedido relaciones y con la que acabaría por casarse en Turín el 18 de noviembre de 1878, justo un año después de que mi padre hiciera lo propio con Carlotta Amalia de Moraes Sarmento. ¡Menudo par de idiotas! ¡Como si hiciera falta casarse para encontrar la felicidad!

Pero no todo fueron mieles y fanfarrias, al menos para mi hijo. El destino le tenía preparada su revancha y por fin, cuando había plantado cara y se decidió a tomar las riendas de su destino, el infortunio fue a cruzarse en su camino. Consiguí lo que quería, un puesto diplomático de relevancia, como su padre y su abuelo, y fue acreditado en la corte de Madrid. Incluso le llegué a escribir para informarlo de ciertas intimidades acaecidas con Alfonso XII cuando solo era un príncipe destronado, que supuse que le serían de utilidad para favorecer su carrera, aunque confiaba más en sus supuestas artes diplomáticas, que le venían de casta.

Sea como fuere, acabó muriendo en Madrid un año más tarde, víctima de unas terribles viruelas que se llevaron su vida como la de un gorrión. Cuando me llegó el telegrama para hacerme partícipe del infortunio, pasé una semana entera llorando encerrada en mi nueva casa; un entresuelo de la plaza Vendôme. Entonces, de repente, como un mal augurio, como un rayo traicionero, me percaté de mi suerte. Todo había terminado. Mi tiempo, y el de todo un mundo, se había consumido y el resultado de aquella vida se había esfumado como lo había hecho la vida de mi hijo Giorgio.

Menos mal que, en mi cambio de domicilio, me acompañó Odette, que no dudó en dejar a la familia donde la había colocado para volver a servirme. Era extraño lo que mi fiel sirvienta me necesitaba, igual que yo a ella, aunque nunca cruzamos una palabra al respecto. Ella me agradecía que la hubiera sacado del arroyo y yo, su servicio, siempre discreto y eficiente. Nunca decía nada, ni siquiera para recriminar mis actitudes, por mucho que yo supiera que le resultaban desagradables. La dejé y la volví a coger, pero jamás hubo un reproche, aunque estuviera justificado. Ahora la necesitaba bastante más de lo que podía admitir. Después de quedarme sola, era la única, junto a mis escasos amigos, que me mantenía unida a la realidad.

Sentí dejar la *suite* del Hotel Alma, que casi se había convertido en mi hogar al regresar a Francia, pero sabía que mis extravagancias ya no iban a ser toleradas por más tiempo en un establecimiento como aquel. Ni siquiera el precio que me cobraban por sus atenciones me resultaba ya tentador, y el hecho de mudarme a la plaza Vendôme, mucho más céntrica, hizo que volviera otra vez a mí la ilusión. Odette logró que la transición no resultara penosa y me permitió soñar con tiempos que, inevitablemente, ya habían pasado y no iban a volver jamás.

Mi querida doncella ya no era la joven ilusa que saqué de las calles años atrás. Su talle y sus facciones acusaban el paso del tiempo; aun así, resultaba abnegada como todas las criadas, acostumbradas al trabajo manual y poco dadas a las quejas. Sin duda, había algo en ellas que las hacía resignadas y especiales para el trabajo, de la misma manera que nosotras estábamos preparadas para el disfrute de la vida. ¡Qué hubiera sido de mí sin ella cuando las cosas vinieron mal dadas! Es necesario que reconozca sus desvelos a pesar de mi carácter. Por más que quise ofenderla en ocasiones, en otras tantas me devolvió su dedicación como respuesta.

Sí, es cierto, no hay ninguna gran señora, por mucho que se precie de serlo, que sin su criada sea algo. Todas dependemos del buen hacer de humildes sirvientes, cuyo máspreciado don es la discreción, sin la cual no dejaríamos de ser vulgares mujerzuelas del arroyo.

En aquellos años difíciles de final de siglo, cuando la Tercera República trataba de hacer olvidar a los franceses los desastres de aquella guerra que significó la humillación del país, no había demasiadas distracciones para una dama, aunque ya había decidido dar por finiquitada aquella etapa y me reconcomía con mis recuerdos.

Yo, que había frecuentado los principales salones de París, aguardaba como un espectro, buscando mi lugar en el nuevo orden social del otro mundo. Los bailes y las fiestas ya no tenían sentido; es más, eran rechazados deliberadamente como una muestra ostentosa y obscena de la riqueza. Ahora, una idea, simbolizada por una nueva palabra, estaba en boca de todo el mundo: *el progreso*. Y el afán por buscar nuevas formas de entretenimiento solo halló eco entre las capas más bajas de la sociedad, ávidas de nuevas sensaciones. Todo se popularizó y el éxito de cualquier acontecimiento se empezó a medir por las multitudes que acudían a él. Incluso yo misma sucumbí al dulce encanto de la vulgaridad de la mano del único amigo que me entendía mejor que yo misma.

Las visitas a la morgue de París se habían puesto de moda, tanto que a veces se agolpaban multitudes a sus puertas, que debían ser empujadas a empujones por los guardias para evitar aglomeraciones. Recuerdo mi primera vez. Acompañé al doctor Blanche ante su insistencia, aunque él prefería los «bailes de locos», a los que también asistí y que me impresionaron de igual manera; pensó que aquellas visitas serían un revulsivo para mi ánimo alicaído.

El día de antes, la principal de las gacetas sensacionalista de París, *L'Éclair*, anunciaba en su sección de sucesos el hallazgo de una mujer descuartizada flotando en el Sena. Aquel reclamo fue suficiente para que se desatara la locura, provocando el hacinamiento de miles de personas ante sus puertas en busca de su porción de truculencia gratuita.

En los alrededores del muelle del arzobispo, justo detrás de la catedral de Nuestra Señora, había multitud de puestos como en una fiesta, vendiendo a parisinos y extranjeros toda clase de dulces, pan de jengibre, frutas, incluso juguetes para los niños, que acudían en masa a ver aquella feria de los horrores. Afortunadamente, el doctor, gracias a sus contactos, me hizo entrar por una de las puertas laterales de la morgue mientras escuchábamos cómo los visitantes más madrugadores se quejaban: «¡No hemos visto nada!», gritaba un mujer, molesta por haber desfilado entre empujones.

Subimos por unas estrechas escaleras que nos llevaron directos a la sala de autopsias. El olor era fuerte, una mezcla de cuerpos en descomposición y productos químicos que hacían el aire irrespirable. Pasamos a una sala grande y alargada donde había una inmensa cristalera que separaba a los visitantes de los cadáveres. Una cortina verde cubría el ventanal en una estudiada puesta en escena, causando un efecto sorprendente.

Mientras retenían durante unos momentos la impresionante cola de visitantes, nos acercamos a la cristalera y un funcionario corrió suavemente las cortinas, descubriendo una escena horripilante, pero llena de efectismo. Quedé tan impresionada que me sentí formando parte de aquel cuadro macabro, como en las fotografías que yo misma representaba en el estudio de Pierson.

Aquella mujer, recién rescatada de las aguas, mostraba impúdica sus mutilaciones y su cuerpo, hinchado por la putrefacción, dejaba escapar líquidos por sus pústulas verdosas. Aquel

horror era tan intenso, pero a la vez tan atrayente, que no pude dejar de mirar. A su lado, otros cadáveres desnudos, cubiertas sus vergüenzas tan solo por un pedazo raído de tela, reposaban esperando que algún alma caritativa los reconociera para darles cristiana sepultura. En un rincón de la sala también había un grupo de niños cadavéricos, sentados o dejados caer en sillitas para ser mejor vistos; los habían vestido con ropas pintorescas y llamativas y algunos incluso habían necesitado el retoque de un potente maquillaje, lo que les daba un aspecto más bien burlesco. Hasta un hombre, cuya cabeza se había desprendido ya del tronco, permanecía en escena con un cráneo reconstruido con cera.

Cuando ya no pudieron retener por más tiempo a la multitud, que gritaba enfadada en la entrada, nos indicaron que nos apartáramos hacia un lado para no ser arrollados por el gentío. Al abrir las puertas de nuevo entró en tropel un grupo de muchachos que se pegó como las moscas ante el cristal. Sus comentarios groseros y sus risotadas procaces se hicieron evidentes mientras contemplaban la desnudez de la mujer expuesta a su escarnio. La señalaban sin pudor, como si aquel encuentro con la muerta fuera su primera experiencia sexual, como si aquello se tratara de un burdel macabro. Otras señoras que los siguieron, mostraron un cierto respeto, aunque, en realidad, debajo de los velos que las cubrían solo escondían su estulticia más absoluta. Fueron levantando los tules para poder visionar mejor la escena, hasta que, satisfechas por la contemplación, los volvieron a bajar después de santiguarse repetidas veces.

Blanche me dijo que, a pesar de que aquello se había convertido en un espectáculo grotesco, la finalidad de su exhibición era precisamente para que familiares o amigos reclamaran a sus seres queridos, aunque la mayoría de las veces solo servían para ser contemplados y solazar el aburrimiento de la chusma; la mayoría pertenecían a la masa ignorada e indocumentada que poblaba los barrios más sórdidos de la capital. Me dijo que el polémico escritor Émile Zola, en su novela *Thérèse Raquin*, también habló del caso de un caballero que, después de cometer un crimen y lanzar el cuerpo al Sena para que pareciera un accidente, se pasó semanas acudiendo a diario a la morgue para ver si aparecía, pero por desgracia el cuerpo jamás salió a flote.

Después de observar las reacciones ante la muerte comprendí mucho mejor la vida y el alma humana. Al igual que en mis fotografías, la gente percibía aquellos despojos inertes como si fueran presencias vivas; era el poder de la imagen y yo lo había sabido captar en mis retratos. Un cuerpo humano, por muy corrompido que estuviera, todavía guardaba la esencia de lo que fue, y esa misma fascinación transmitían mis imágenes plasmadas sobre un cartón; aún poseían mi alma y la intención con las que las hice. También reflexioné sobre la muerte, que ya intuía arrastrándose por debajo de las puertas de mi casa, todavía con dificultad, pero con voluntad constante. Hacía tiempo que había dejado de luchar por evitarla y me había ofrecido solícita para recibir su beso frío. Comprendí lo que me esperaba y fantaseé complacida con ser uno de esos cadáveres que, a pesar de su estado y de las mofas, era objeto de admiración por todo el mundo. Algunos de ellos, pobres diablos, habían recibido a su muerte lo que nunca tuvieron en vida: la atención de los demás.

En un momento dado Émile tiró de mi brazo y me invitó a salir de la sala; lo hicimos por un lugar diferente al resto. A mí no me avergonzaba que me vieran allí, pero al doctor, sí; se sentía molesto con el espectáculo, pues tenía una visión mucho más científica sobre aquellos temas. Entonces fuimos a tomar algo por los alrededores. Era el 17 de marzo de un frío año de 1888 y a pesar de mi negativa para acompañar a mi querido médico a su absurdo baile de locos, me convenció para asistir como su pareja; total, ya había conseguido que abandonara mi casa y no pude negarme. ¿Quién repararía en una vieja decrépita como yo ante aquella multitud de seres esperpénticos? Intuí que, al igual que aquella visita a la morgue, el baile me ayudaría a

comprender el género humano y, de paso, a mí misma.

Cada año, en el hospicio de la Salpêtrière, se celebraba un baile el día de la *Mi-Carême*. El doctor Blanche era uno de los médicos que ejercían en aquel manicomio. En realidad, la Salpêtrière era una amalgama entre hospital, hospicio y cárcel donde lo mismo podías encontrar locos casi desnudos encadenados como bestias y cuyos rostros estaban desfigurados por la enfermedad, prostitutas, vagos y maleantes sacados de las calles o pobres niños expósitos abandonados a la beneficencia y que crecían en aquel ambiente nocivo. Al final, todos se contagiaban de los vapores de insania que empapaban los sucios y grises rincones del sanatorio.

Los patronos del hospicio pensaron, con criterios modernos, que introducir aquel festejo supondría un revulsivo para el deleite de los locos que los hiciera olvidar el horror de su mal, aunque fuera por un solo día, y mi querido doctor Blanche era de la misma opinión. Yo, lega en la materia, tenía mi propio parecer al respecto, pero quise comprobar la veracidad de aquellos métodos. Desde pequeña me fascinaba la locura. Lo que al principio eran solo conductas extravagantes, propias de una jovencita alocada y caprichosa, ahora, en mi vejez, notaba cómo mi ánimo se deslizaba sobre una suave pendiente que me arrastraba hasta aquel universo oscuro e ignoto que la gente rechazaba con su desdén e incomprensión.

Entré del brazo de Émile en la gran sala que acogía el baile. Yo llevaba un discreto vestido negro, muy lejos de aquellos ostentosos trajes que provocaban el escándalo cuando me presentaba en sociedad. A ambos lados del salón, a lo largo de las ventanas, había asientos abarrotados de huéspedes que aguardaban la llegada de los locos que asistirían al baile. En un lado había un gran bufet con toda clase de viandas, sirope y pasteles, que distribuían entre los asistentes unas lindas enfermeras ataviadas con sus blancos uniformes y delicadas cofias de encaje blanco.

Todo el mundo estaba expectante, esperando la llegada de los lunáticos, que hicieron su aparición con los primeros compases de la música. Iban ataviados con los más extravagantes vestidos que cupiera imaginar. Unas iban disfrazadas de gitanas españolas; otras, de lecheras; algunos, de magos, y otros, de príncipes o princesas. Todos parecían felices con sus mejillas sonrosadas llenas de colorete, con un destello de placer en los ojos. Histéricos, nerviosos, epilépticos e hipnóticos... ¡Una pura locura! De hecho, solo había locos, pero ¿dónde? ¿En qué lado había más? ¿En la pista de baile o entre aquella multitud que los observaba divertida?

Cualquiera pensaría que aquello, por sí mismo, bastaría para desencadenar la demencia, pero nada parecía más pacífico, silencioso e incluso elegante. Aquellos seres desequilibrados, arropados por la burguesía parisina, estaban llenos de gratitud y afecto hacia sus protectores. Tan solo unos años antes, en muchas casas de campo, y hasta en la capital, se los trataba como a verdaderas bestias. Escondidos por sus familias en sórdidos subterráneos o graneros, cargados de grilletes y cadenas para no hacer daño o no hacérselo a sí mismos, desnudos incluso en los más fríos meses del invierno y roídas sus extremidades por las ratas o por la congelación. ¿Quién pensaría con la contemplación de aquel baile de locos que la ciencia, la filantropía y el progreso eran palabras vacías?

Sin embargo, aquellas expresiones histriónicas, casi grotescas, me transmitieron tal fuerza que no pude sino sucumbir a su encanto. Al igual que los cadáveres de la morgue, o el variopinto maquillaje teatral, su júbilo irradiaba una fuerza más allá de sus rictus ridículos; era un vínculo con otra dimensión que yo siquiera alcanzaba a atisbar.

Entonces lo supe, después de que la idea viniera a mí como una inspiración. Tenía que hablar con Pierson cuanto antes. Pensaba que mi vida carecía ya de sentido, pero de pronto, al observar a los dementes y a los cadáveres del depósito, comprendí que mi cuerpo decrepito todavía tenía sentido y mi alma aún podía recrearse en un nuevo afán.

Unos días después de aquello, una vez pergeñado mi plan, me presenté en el estudio de Pierre-Louis para completar el relato de mi vida y empecé a contarle mi idea. Hablé y hablé sin parar, moviéndome de un lugar a otro, ocupando su estudio y mostrándole poses nuevas para immortalizar lo que quedaba de mí. Iba a ser una verdadera revolución y mi querido amigo supo captar perfectamente lo que quería reflejar en aquellas fotografías; un dramatismo sin parangón, en el que se viera mi desengaño por la vida y la supuesta demencia que yo, *la Castiglione*, pregonaba con mi actitud.

Me presté a sabiendas para captar mi perdida figura, incluso con mi falta de dientes y pelo, otrora abundante y sedoso, o unos pechos caídos como ubres de cabra recién ordeñada. Quería aparecer con mi cara endurecida, maquillada como la de una prostituta, y mi ropa raída como la de un vagabundo. En alguno de los retratos posé yacente sobre un sofá, en una extraña evocación de la antigua seductora; en otros, quebrantada o artrítica, posando con un abrigo de terciopelo rodeado de piel de armiño de mis tiempos de gloria, ahora arrugado y apollillado como yo. Incluso, en un eco macabro, mostré mis pies y tobillos hinchados, los mismos que antes fascinaban a los hombres provocando su lujuria.

Quería que aquellas imágenes se convirtieran en mi postrer legado al mundo: la gloria y decadencia de una diosa, la única que reinó sin corona sobre todos los corazones de Europa.

Ya se estaba preparando la gran exposición universal que iba a celebrarse en París en 1900. Era el nuevo siglo, el del progreso según decían, y yo quería coadyuvar de alguna manera a ello; era mi contribución a la inmortalidad. Le hablé a Pierson de una magnífica exposición que se titularía *La mujer más bella del siglo*, con casi quinientas fotografías mías mostrando la vida singular de la dama más admirada del mundo; el alba y su ocaso, todo expuesto en una muestra sin par de la que yo sería la única protagonista.

Estaba entusiasmada, al igual que los pocos amigos que me quedaban y a los que, hasta ahora, mantenía al margen de mi declive. Aquel aislamiento hizo que todavía se interesaran con mayor vehemencia por mí, aplaudiendo mis excentricidades como en mis mejores tiempos. Al fin había conseguido ese rayo de esperanza que me mantuviera firme en aquel ocaso sin sentido.

Ya no recibía habitualmente, y mucho menos después de haber tenido que abandonar mi casa de la plaza Vendôme el intempestivo 5 de enero de 1894, cuando fue comprada por el joyero Boucheron y tuve que mudarme con prisas al pequeño departamento del 14 de la calle Cambon. Fue doloroso porque aquel lugar, convertido en un templo oscuro a mi decrepitud, esperaba que fuera mi última morada, aunque no un santuario de culto a mi persona, como no paraban de decir mis queridos amigos: el esteta Jaques Blanche, uno de los más importantes pintores retratistas de su época y que, además, era hijo de Émile, mi doctor a la par de amigo; el poeta Robert de Montesquiou, un fetichista incorregible, más enamorado de mi archivo fotográfico que de mí, o la excéntrica marquesa italiana Luisa Casati, que, a la postre, acabó por convertirse en un sucedáneo mío a fuerza de imitarme. Todos estaban obsesionados con mi particular visión de la vida, un vestigio decadente de un periodo licencioso y amoral que a ellos les fascinaba, quizá por no haberlo conocido.

La parte más siniestra de mi vida, cuando mi ruina física iba a la par de la económica, coincidió con el enésimo resurgimiento de Francia, país que se empeñaba en reinventarse una y otra vez a pesar de su azarosa historia; yo no tuve tanta suerte. Durante aquel fin de siglo, nuevos y dolorosos golpes vendrían a rematar mi ánimo, a pesar de que, puntualmente, intentaba devolverle su pasado ímpetu.

En menos de un siglo se habían sucedido dos repúblicas y otras tantas monarquías, pero seguía siendo una de las potencias más importantes de Europa, con un imponente imperio colonial que conservaba casi intacto. Quizá por ello seguía siendo el país más excitante del mundo, aunque yo no tuviera fuerzas para seguir su estela.

Durante varios años acontecieron en París varias exposiciones universales que fueron el escaparate perfecto para hacer olvidar los pasados fracasos. Yo adoraba aquellas muestras fascinantes. Tal vez si hubiera tenido unos años menos, me habría lanzado de cabeza a la producción industrial de artilugios novedosos, aunque lo que de verdad me entusiasmaba eran las muestras artísticas y todo lo que conllevaban. Sería muy difícil poder elegir entre todo lo expuesto, pero recuerdo en especial la exposición de 1878, donde, por partes, se mostró la imponente escultura llamada *La libertad* antes de ser terminada y regalada por el Gobierno francés a los Estados Unidos de Norteamérica para conmemorar su centenaria alianza. Según se decía, estaba confeccionada con planchas de cobre y, a pesar de mostrar solamente su torso y cabeza, resultaba tan colosal que recordaba a su homónimo de Rodas, maravilla de la Antigüedad clásica.

También fueron sorprendentes ciertos inventos, precisamente traídos del otro lado del Atlántico, como las bombillas, una especie de ampollas de cristal que, tras el paso de la electricidad, desprendían una luz tan potente que convertían la noche en día. ¡Sorprendente! Aquel y otros descubrimientos pertenecían a un tal Thomas A. Edison, que también mostró un megáfono y un fonógrafo. Parecía cosa de brujas poder oír cómo salían voces perfectamente audibles o música de una especie de cilindro. ¡Hubiera dado media vida por haber podido reflejar mi voz en él, como mi imagen lo hacía en la fotografía! Pero, sin duda, el prodigio que más me impactó fue el del teléfono, que presentaba Alexander Graham Bell. Resultaba casi imposible que la voz humana pudiera transmitirse con aquella perfección a través de un fino cordón que unía dos auriculares. Émile y yo tuvimos el privilegio de poder hablar gracias a aquel artefacto que, como afirmaban con vehemencia, conectaría todas las ciudades, permitiendo comunicarse a distancia a todos los que poseyeran tal aparato. ¡En fin, demasiado bueno para hacerse realidad! Aquella excentricidad no pasaría de ser un divertimento más para las clases pudientes, y el telégrafo seguiría repartiendo malas noticias durante muchos años más. Como tantas cosas que se exhibían como maravillas de la modernidad, pronto quedaría en el olvido.

Casi todas las exposiciones tenían lugar en el llamado Campo de Marte, una gran explanada sin construir en pleno centro de París que permitía la celebración de tales acontecimientos. Normalmente, entre feria y feria, la zona permanecía libre de las edificaciones efímeras que ennoblecían las exhibiciones y se libraba al paseo de los parisinos. Así fue hasta que, en 1889, algo vino a cambiar la fisonomía del lugar y, con él, la de París.

Yo había decidido no volver a pisar una exposición universal más. Me agobiaban las

multitudes y mis huesos ya no me permitían hacer largas colas de espera como si fuera una vulgar mucama. Esa popularidad suponía, en realidad, la vulgarización de todo lo que de verdad tenía importancia en aquella ciudad. No había cafetería, museo o evento que no reuniera multitudes a sus puertas y hasta las criadas se hacían hueco con los capazos de la compra para entrar después de volver del mercado. ¡Qué desfachatez!

Pero no fue eso lo que más destacó de dicha exhibición, ni siquiera el llamado «Pueblo Negro», donde se mostraban más de cuatrocientos indígenas africanos y que constituyó la principal atracción, o el espectáculo «El Salvaje Oeste», presentado por un rudo Buffalo Bill y sus montaraces indios americanos. Lo que de verdad dio que hablar durante meses fue la construcción de una imponente torre que servía de entrada a la feria, la llamada torre Eiffel en honor a su constructor, Alexandre Gustave Eiffel, un ingeniero renombrado que había participado en múltiples obras por toda Europa.

A pesar de mi negativa por visitar la exposición, pude contemplar cómo la silueta de la torre iba invadiendo la perspectiva de la ciudad desde cualquier posición desde la que se observara. Semana a semana, mes tras mes, aquel engendro de hierro se apoderó de París. No iba a pasar de ser una de tantas obras efímeras de dudosa belleza e impacto pasajero, pero tenía algo que resultaba atrayente, o al menos a mí me lo pareció. No sabría definir su magnetismo, aunque muchos lo compararon con un símbolo fálico y quizá tuvieran razón. Su verticalidad desafiante y su artificio sólido constituían el epítome de esa modernidad tan en boga. Según decían, era la obra humana más alta del mundo, una especie de torre de Babel rediviva que permitía subir por ella desde su interior mediante un intrincado sistema de escaleras. No conocí a nadie que salvara esa altura en su totalidad, pero me pareció una prueba de lo arriesgado del alma humana y, solo por eso, me sentí como si aquella cosa fuera obra mía y no deseé que se desmontara nada más acabar la exposición. Intuía que aquello, y solo aquello, se convertiría en el espíritu de la Francia del nuevo siglo, que ya estaba tocando a la puerta, al igual que yo representaba una época que ya se estaba despidiendo.

Todas las noches, cuando salía a pasear a mis perros, arropada por la oscuridad, siempre me acercaba hasta el río para poder admirar las obras. Recuerdo una vez en especial, cuando la luna, en toda su plenitud, me permitió ver su silueta recortada sobre el cielo violeta. ¡Qué maravilla! Simulaba uno de esos «cohetes» que tan bien describía Verne en sus novelas, apuntando al astro que, algo más arriba, lo iluminaba con su luz fría y potente.

No sé qué sucedió en mis adentros, pero durante su contemplación se me heló la sangre. A la postre, sentí aquella presencia como un turbio presentimiento, y aunque todavía no sabía por qué, no tardaría en averiguarlo; al día siguiente recibí un telegrama. Aquel pedazo de papel, pregonero de malos augurios, vino a sacarme nuevamente de mi pretendido aislamiento. Mi padre, desde La Spezia, me reclamaba a su lado. Sin dilación, salí presta hacia Italia, prácticamente con lo puesto. Sabía que no iba a ser para mucho tiempo, justo el que tenía para poder despedirme de él.

Hacía ya un tiempo que residía en Villa de Isola con su esposa portuguesa, después de que, solventada la situación romana, a la que había dedicado sus últimos años de trabajo desde la legación portuguesa, fuera licenciado por el nuevo primer ministro Francesco Crispi, que amortizó sin demasiado tacto sus desvelos. Aquello, unido a sus muchos años, acabó por rematarlo.

Cuando llegué a La Spezia todavía conservaba un hálito de vida; me había estado aguardando. Estábamos tan unidos que ni siquiera Carlotta, su esposa, que no paraba de llorar, consiguió que se fuera en paz; necesitaba verme.

—Hola, Nicchia... —me dijo con una voz casi imperceptible desde su lecho de muerte—, sabía que vendrías a tiempo para despedirme de mí.

—¿Qué dice, padre?... Muchas veces ha estado enfermo y mucho más grave que ahora. Superará esta pequeña recaída. Todavía le aguarda alguna embajada importante. ¡Quién sabe si en Estados Unidos! Ahora aquel país ha adquirido una gran pujanza y...

—No te esfuerces, Nicchia, esta vez es el fin...

Realmente estaba mal. Su tez tenía el color de la cera y los ojos se le habían hundido en las órbitas. Solo lo separaba de la vida una leve respiración que apenas conseguía subir sus pulmones y pareció que se marchaba cuando comenzó a toser hasta ahogarse.

—¿Queréis que llame a vuestra esposa? —le pregunté, mientras Carlotta permanecía sollozando sin consuelo en la habitación de al lado, aguardando a que me despidiera de él.

—No, no temas por ella... Se le pasará —me dijo mientras recobraba el resuello—. Ahora la que me preocupa eres tú.

—¿Yo?... No tenéis nada que temer. Sabéis que soy fuerte y...

—No me cabe la menor duda, Nicchia. Siempre has sido la más fuerte de la familia, pero cuando yo me vaya vas a quedarte sola; realmente sola. No eres una niña, lo sé, pero ya no tienes el consuelo de un hijo para que te cuide cuando, cuando...

La tos volvió a interrumpir sus palabras expiatorias y a mí se me arrasaron los ojos. A pesar de intentar hacerme la fuerte, no pude contener unas lágrimas que recorrieron mis mejillas. Mi padre, con una piadosa mirada, me dijo:

—No llores, Nicchia, no vale la pena. Dentro de poco todo habrá acabado y podrás regresar a París. A fin de cuentas, la muerte forma parte de la vida y no es tan trágico como piensas. En unos minutos, tal vez unas horas, podré volver a ver a tu madre, a Giorgio y, aunque sé que lo detestabas, también a Francesco.

—No padre, ya no lo detesto. Con el tiempo he aprendido a no odiarlo, a pesar de que si volviera a nacer, haría lo mismo... Pero me habláis de madre y ahí afuera está la que ahora es su mujer, ¿no le preocupa dejarla sola?

—La verdad es que no, no voy a mentirte. Como te he dicho, su juventud le permitirá consolarse más pronto que tarde y, para lo bueno o lo malo, tu madre siempre ha sido mi esposa, ante Dios y los hombres. Sé que a estas alturas, esté donde esté, habrá podido perdonar mis faltas, así como espero que tú también puedas hacerlo.

—No hay nada que perdonar, padre. Usted se ha portado maravillosamente conmigo. Ya sabe que siempre nos entendimos muy bien.

—A pesar de ello, debo pedirte perdón. Quizá por no haberme impuesto a tus caprichos de niña y haberte ahorrado un par de azotes cuando, sin duda, te los merecías; por haberte forzado a un matrimonio que no deseabas; por no haber sido un padre más severo y haberte evitado ciertas reprimendas cuando tu comportamiento no era el adecuado, y también por haberme aprovechado de tus «sacrificios» para medrar en mi carrera. Si lo tuyo no estuvo bien, mucho menos lo fue haber sacado partido de ello.

—Ahora, padre, todo eso carece de importancia. Forma parte del pasado y ni vos ni yo podemos cambiarlo. Por mi parte, no hay nada que perdonar. Sé que si hizo algo, siempre fue por mi bien.

—Por eso, antes de abandonar este mundo, quiero que hagas una última cosa por mí.

—Decidme, ¿qué queréis que haga?

—Deseo ser enterrado aquí, junto a tu madre... Por otro lado, ya lo he dejado todo por escrito para que esta casa, nuestro hogar, sea solo para ti. Si alguna vez descubres que ya no tienes nada que hacer en París, prométeme que vendrás aquí, a La Spezia. Sé lo importante que es para ti este lugar y por eso voy a legártelo.

—¿Y su esposa, Carlotta?

—Le he dejado la casa que tenemos en Portugal y dinero suficiente como para que de momento no tenga que procurarse ningún pretendiente. No te preocupes, ella no pertenece a este lugar y no tendría sentido dejárselo.

—Como deseéis, padre.

En aquel momento, sus ojos se volvieron cristalinos y su mirada, como la de un niño. Me pidieron que me acercara para depositar un beso sobre su frente y, al hacerlo, sentí como su pecho se deshinchaba y exhalaba su último suspiro. Había muerto en paz, al lado de su única hija, como sin duda deseaba hacerlo cualquier padre.

Carlotta, después del entierro y de la lectura del testamento, regresó a Portugal de buen grado; padecía lo que ella se empeñaba en llamar *saudade* y que yo nunca comprendí. Estaba segura de que jamás volvería a verla, aunque tampoco lo pretendía. Ella no significaba nada para mí y yo debía regresar a París, mi auténtico lugar en el mundo.

No sabía muy bien por qué, pero sentí que no me quedaba nada por hacer en La Spezia. Quizá tendría que haberme quedado guardando el recuerdo de los míos, pero estaba demasiado triste para permanecer allí. Siempre, en los peores momentos, París tenía la rara virtud de devolverme las ansias de vivir, aunque ya no me quedarán demasiadas oportunidades de hacerlo. Necesitaba aferrarme a algo que sabía que Italia no podía darme, pero de nada serviría; otro revés me aguardaba a mi regreso.

No tuve que esperar demasiado para que la parca viniera a revolotear entre los míos, y eso que todavía estaba intentando aceptar la desaparición de mi padre. El consuelo de la ley de vida no me servía; es más, aumentaba mi desconsuelo porque, irremediablemente, y por aquella ley, iba a quedarme sola si no me anticipaba a los demás.

A pesar de mi aislamiento voluntario necesitaba, quizás ahora más que nunca, el contacto con aquellos que, a la postre, siempre consideré como mi familia. Entre ellos se encontraba mi querido doctor Blanche. Émile, que en muchas ocasiones fue una especie de padre sustitutivo y otras tantas mi mejor consejero, estaba a punto de acceder a ese dudoso olimpo de los seres extraordinarios que conocí y que ya habían iniciado un camino de no retorno.

Cuando Jacques, su hijo, llamó a mi puerta, enseguida supe que su fin estaba cerca y me desmoroné en medio de una crisis de llanto y apatía de la que apenas logró sacarme a fuerza de ruegos.

—Nicchia, debes sobreponerte, mi padre te necesita... Ha insistido en que fueras a verlo.

—No sé... Está tan reciente lo de mi padre que no creo que tenga fuerzas para pasar otra vez por un trance igual. Además, ¡mírame! Estoy hecha un adefesio... No he tomado un baño en días y llevo los pelos enredados y sin peinar.

—Por favor, Nicchia, te lo ruego —me suplicó—. Sabes el cariño que te tiene mi padre y no puedes defraudarlo ahora... Yo te ayudaré a vestirte. Deberías presentarte lo más bella posible para que así te recuerde como en tus mejores tiempos... Lejos del abandono en el que..., en el que inexplicablemente te has sumido —dijo mirando mi aspecto, intentando encontrar una solución para mi desaliño.

—Tienes razón, pero ya no tengo fuerzas... ¡Por favor, Jacques, ayúdame...! Sí —afirmé resignada—, tengo que verlo como si el tiempo no hubiera pasado para mí..., para todos nosotros.

Jacques eligió un vestido de seda verde, un color ciertamente difícil para lucir a mis años y que permanecía olvidado en mi guardarropa, arrumbado entre otros de paño negro y que todavía no sé por qué no me había desecho de él. Gracias a que prácticamente no comía, no tuve problema en embutírmelo, pero mis pechos, caídos por la edad, ya no lucían como antaño, poderosos por

encima del escote.

Tuve que darme colorete sobre una gruesa capa de maquillaje para no asustar a mi querido médico por culpa de los surcos que la edad había labrado en mi cara. Mientras, Jacques intentó domar mi pelo encanecido hasta lograr una especie de recogido que disimuló con horquillas y peinetas de carey.

Al verme en el espejo, aunque fuera por obligación, me llevé el disgusto más grande de mi vida. ¡Menudo esperpento! No me reconocí. Mi boca, casi sin dientes, no me permitía sonreír, so pena de causar náuseas entre los que me observaban. Era una caricatura de mí misma, por eso no consentí, en mi día a día, contemplarme en ningún espejo de la casa; el que no tiré, lo tenía tapado desde hacía años. ¡Menos mal que no iba a ir a una fiesta!

No insistí demasiado en mi arreglo; realmente no lo tenía, y después de colocarme un sombrero con un tul que tamizara mi imagen me dispuse a acompañar a Jacques para ir a ver a su padre. Según me dijo, no teníamos demasiado tiempo, pero me garantizó que cuando llegáramos todavía estaría vivo. Sus ansias por verme lo mantenían aferrado a la vida.

La vuelta a Passy despertó en mí todos los recuerdos de cuando formaba parte de sus calles. Sin duda, aquella fue la mejor época de mi vida. Dentro de su casa había mucha gente aguardando el óbito. Todos me parecieron cuervos esperando el momento. Sin embargo, los saludé a mi llegada; los conocía a casi todos. Algunos se estaban bebiendo el carísimo coñac que tanto apreciaba mi querido Émile, mientras otros fumaban puros compulsivamente, llenando de humo la estancia contigua a su habitación. No creo que le hiciera demasiada gracia al bueno del doctor, aunque no tuviera demasiados ánimos para poder replicarles.

Jacques me hizo pasar sin mayor dilación a su alcoba y colocó una silla para que pudiera acercarme. Émile dormía, o al menos tenía los ojos cerrados, pero su boca mascullaba palabras imperceptibles, como si estuviera recitando una letanía, haciendo tiempo hasta que yo llegara. Acerqué mis labios a su frente y deposité en ella un beso para, acto seguido, susurrarle algo al oído.

—Émile, soy Nicchia... Estoy aquí.

—Has venido... Por fin... No podía irme sin despedirme de ti —me dijo sonriendo entre profundos suspiros y sin abrir los ojos.

—¿Qué dices? ¿Despedirte?... ¿No te atreverás a irte sin llevarme contigo?

—Nicchia, me temo que, a donde voy, no podrás acompañarme. Esta vez no se trata de Baden-Baden, ni de ningún otro balneario, ya lo sabes...

No sabía qué decir y tan solo me salió tomarle la mano. La apreté con tanta fuerza que Émile tuvo que decirme:

—Nicchia, no me aprietes tanto. No pienso marcharme, al menos no con mi cuerpo...

—Disculpa, Émile, pero...

—¿Qué te inquieta? ¿Que me muera?... Ya verás como no te entretengo demasiado, tan solo va a ser un instante... Pero, antes de irme, no quería hacerlo sin despedirme. Sabes que siempre he tenido adoración por ti. A veces, y no voy a engañarte, hubiera querido que me desearas lo suficiente para ser..., para ser algo más. Sí, siempre te he querido y no precisamente como un amigo, aunque pronto comprendí que no podría satisfacer tus necesidades; tú precisabas algo más que yo no podía darte y por eso no quise insistir, aunque no quiero que te sientas culpable por ello.

—Yo...

—Shhh... Deja que termine, ya no me queda demasiado tiempo... Solo deseo, antes de morir, decirte lo que siempre he callado y no me quiero marchar sin que lo sepas, aunque tal vez lo hayas

intuido alguna vez... Has sido la mujer de mi vida, a la que más he querido, en silencio, eso sí. Eres una diosa. Loca, neurótica y extravagante, pero una diosa al fin y al cabo; algo inalcanzable para un mortal. ¿Cómo poder abrazar el viento? ¿Cómo tocar un perfume? ¿Cómo aprehender la belleza? Así has sido para mí, intangible, pero cercana. Al final he conseguido conformarme con tenerte a mi lado, aunque tuviera que compartirte con otros. Ellos tuvieron tu cuerpo...; yo tu alma. Ese es mi único consuelo y lo que me permite partir en paz. Ahora solo ansío una cosa, aunque comprenderé que no puedas dármelo.

—Dime, Émile, ¿qué es?... Permíteme que te haga ese último regalo.

—Quiero un beso tuyo... Pero tiene que ser un beso de amor.

—Oh, Émile, me haces la mujer más feliz sobre la faz de la Tierra... Qué injusta he sido contigo. Siempre me comprendiste, me aconsejaste y yo te traté como si fueras mi mentor... Ahora tengo la oportunidad de redimirme con ese beso que me pides. Y sí, a pesar de mi azarosa vida, siempre te he querido, ahora lo comprendo. Intenté enmascarar ese cariño con la figura de un padre, por eso jamás consentí acostarme contigo; hubiera roto un mito. No podía dejar que, por mi carácter, se estropeará una bonita amistad. Sí, tienes razón, estoy loca y, como tú decías, solo he traído la desdicha a cuantos me han rodeado, por eso te ruego que me perdones.

Me alcé de la silla e, inclinándome sobre su cara, deposité un apasionado beso sobre sus labios. Hubiera podido parecer que lo hacía por piedad, ante el último deseo de un moribundo, pero lo besé como no recordaba haberlo hecho en toda mi vida; con sinceridad. Era puro amor, quizás el que no sentí por ningún otro hombre, y al hacerlo pude percibir cómo, a través de sus labios, se le escapó el alma, que me entregó complacido. Se marchó hacia un lugar imperecedero, donde solo los seres buenos y limpios de corazón descansan por toda la eternidad.

25 de noviembre de 1899

Hoy ha vuelto Odette a irrumpir en mi casa y sin atender mis ruegos ha hecho, como siempre, las labores que no le había encomendado, pero que se empeña en realizar como si fueran su obligación. Estoy fatigada y apenas consigo llenar los pulmones de aire, por eso no he podido reñirle y he tenido que dejarla hacer.

Al fin ha terminado sus quehaceres y ha prometido que dentro de tres días volverá. Es inútil decirle algo a esta mujer, pues me tiene tanta ley que jamás se olvida de mí, muy a mi pesar. Ahora solo tengo deseos de descansar.

Me ha dejado comida, pero no tengo ni ansias de probar bocado. Toda fuerza me ha abandonado y mi cuerpo me pesa como si le hubieran añadido plomos. Como puedo, me arrastro hacia mi alcoba para dejarme caer sobre la cama, el único sitio donde me siento cómoda. Las horas pasan y no sé si también los días, como si el tiempo hubiera dejado de tener sentido para mí. Solo hay penumbra en el ambiente y una terrible opresión me comprime el pecho. Quiero dormir, pero hay algo que me lo impide.

No sé, pero algo funesto me ronda la cabeza. Intuyo que el fin está cada vez más cerca. He pasado la noche en vela y a pesar de permanecer en la más completa oscuridad he podido ver, con trazos de la mayor claridad, cómo ha sido mi existencia y he llorado y reído recordándola. Se han presentado a mi alrededor, como en una mascarada, gente que significó algo en mi vida. Algunos, la mayoría, ya estaban muertos, y eso solo podía significar una cosa, que pronto iba a reunirme con ellos. No me azoró su presencia; parecían felices y así me lo mostraron, con sus risas y sus chanzas.

—¡Francesco! —grité estupefacta cuando apareció al lado de mi cama y tomando mi mano, hizo que me levantara.

No sabía qué hora era, ni en qué día me encontraba, pero cuando me puse en pie, la habitación se transformó en un inmenso salón iluminado por magníficas arañas del más fino cristal. Todo relucía como el oro y el suelo parecía reflejar nuestra imagen al igual que si fuera un espejo. No sentía ningún dolor ni ahogo, parecía liviana como una pluma. Llevaba un precioso vestido blanco de seda, vaporoso y escotado, como a mí me gustaba. En el cuello y en el pelo refulgían miles de brillantes engarzados sobre un collar y una tiara que me hacían parecer una princesa. Francesco me llevó de la mano hacia el centro de la estancia y todos se inclinaron a nuestro paso. Allí, haciendo grandes reverencias, estaba Louis-Napoleón y su esposa Eugenia, la Metternich, Thiers, Cavour, Vittorio Emanuele, el doctor Blanche y Pierson... Incluso vi a mis propios padres. ¡Qué dislate! Todos me rodeaban con caras de admiración. ¡Por fin mi sueño se hacía realidad! ¡Yo era la auténtica reina y todos me rendían pleitesía!

De pronto, Francesco soltó mi mano y me dejó sola en mitad de la pista de baile, pero nadie parecía querer acercarse. Quizá los intimidaba mi presencia, pero yo me moría de ganas de bailar, aunque ninguno se atrevió a pedírmelo.

Cuando empezaron a sonar los primeros compases de un vals, todo el mundo se emparejó y fueron ocupando los recovecos del salón, dando vueltas a mi alrededor. Parecían felices bailando despreocupados, mientras yo los observaba y oía absorta lo que decían: «Pobre Castiglione, tan

sola»... «Nadie quiere bailar con ella, ni siquiera su propio esposo, *el cornudo*»... Reían mientras se burlaban. A pesar de ello, no me importaba. Sola o no, era el centro de sus comentarios y todos estaban pendientes de mí. Yo avancé hasta salir de aquel círculo y no tardé en encontrarme con mi primo Cavour, que me aguardaba en un rincón, como solía hacer siempre en las fiestas.

—Querida Nicchia, ¿no te diviertes? —me preguntó con su sonrisa maliciosa, que siempre escondía una segunda intención.

—La verdad es que nadie ha querido sacarme a bailar... ¡Es incomprensible! —exclamé.

—Seguramente será porque pocos se atreven a pedírselo a la mujer más bella de Europa, ¡«La perla de Italia»!...

—¡Adulador! —le contesté—. Ya sabes que eso no es verdad... Estoy hecha una anciana. A pesar de este traje, la gente se ha dado cuenta y por eso me evitan.

—Los mitos como tú nunca envejecen —me dijo convencido.

—Eso lo dirás por ti, viejo zorro. A pesar de estar muerto, no hay ciudad que no te recuerde en una calle o avenida, por no decir la cantidad de bustos de tu efigie que adornan las chimeneas de Italia.

—Ahora eso no importa, querida Nicchia... Mira quiénes han venido a verte. Son tus padres...

Mi cara se iluminó por completo. Es cierto que nunca seguí sus consejos, que jamás hice caso de los convencionalismos sociales que intentaron inculcarme desde pequeña, pero los quería. Nunca los necesité, ni siquiera de niña; fui una jovencita demasiado adelantada a su tiempo, con ideas e iniciativas propias, pero hay algo que me unía inevitablemente a aquellos que me dieron el ser y me sentí dichosa por volverlos a ver; lucían exquisitos, como no los recordaba.

—¡Padres! —grité repleta de ilusión—. Pero si..., si estabais...

—Nicchia, no hace falta que nos recuerdes nuestro estado... —dijeron los dos al unísono—. Lo importante es que hemos venido para tu despedida.

—¿Despedida? —pregunté haciéndome la despistada, aunque para entonces ya comprendía cómo se estaban sucediendo las cosas—. Bueno, lo importante es que estéis aquí, conmigo ¡Y juntos! Por cierto, padre, ¿qué fue de aquella portuguesa? Ella también..., también está...

—Hija, realmente esa pequeña anécdota carece ya de importancia —contestó mi padre—. A la hora de la verdad, tu madre y yo no hemos dudado en seguir juntos para toda la eternidad. Nos conocemos demasiado bien y, con el paso del tiempo, hemos aprendido a comprendernos... ¿Y tú? ¿Has conseguido tener alguien a tu lado como nosotros?

—Me temo que no, padre. Ya habéis visto cómo nadie ha consentido en sacarme a bailar... Por lo visto, mi presencia no ha suscitado los grandes revuelos de antaño.

—Te equivocas, hija. Aquí hay alguien que todavía no te ha olvidado y que desea decirte algo...

—¿Quién es padre?

—Tu hijo, Giorgio.

La emoción me embargó de momento, haciendo que el corazón estuviera a punto de salirse por mi boca. Hacía muchos años que no sabía nada de él. Había muerto lejos de mí, en circunstancias ciertamente desagradables, y jamás me pude despedir como hubiera querido hacerlo; como lo hubiera hecho una madre.

—¡Giorgio! —grité sorprendida.

—Hola, madre —me saludó sereno y sonriente.

Me acerqué a él y le acaricié la cara. Su rostro, luminoso, lucía esplendoroso sin las marcas

que, presupuse, la viruela le habría dejado por todo el cuerpo. No pude articular palabra mientras lo tocaba; no hubiera sabido qué decirle, estaba abrumada. Menos mal que Giorgio, procedente del cielo o quizá del limbo, había venido desprovisto de rencor.

—Madre... —me dijo tomando mis manos—. Solo quiero que sepáis que, a pesar de todo, os comprendo, ahora sí. Sé que siempre habéis pretendido ser alguien libre y lo mucho que habéis luchado, contra viento y marea, para conseguirlo. Ahora, después de que todo haya pasado, no os guardo ningún resentimiento, ni deseo que os entristezcáis.

—¿Entristecerme? ¿Por qué? —le pregunté, aunque no sé si quería saber la respuesta.

—Mirad a vuestro alrededor... Ahora, en el momento más trascendental de vuestra vida, estáis completamente sola. ¿Quién hay, de entre los de aquí, que os haya sacado a bailar?

—¡Realmente no me importa! Así son los hombres, tan volubles y olvidadizos que...

—No os habéis dado cuenta todavía, ¿verdad?

—¿Darme cuenta de qué?

—Mirad a padre... Está ahí, en mitad del salón, y os está esperando. Es el único que siempre os quiso tal como siempre habéis sido, a pesar de vos misma, madre.

Mi giré por instinto y sí, era verdad. Francesco estaba allí, aguardándome, con la mano tendida, esperando a que yo hiciera lo mismo para concederle un baile que jamás habíamos bailado juntos, el de la despedida, o el de un nuevo encuentro, no sé, aunque tampoco me apetecía saberlo. Solo tenía unas ganas irresistibles de bailar.

No sé qué extraña fuerza me llevó a aproximarme a él, pero no pude sustraerme a ella y le acerqué solícita mi mano. Francesco me cogió por el talle y me arrastró como una pluma en medio del salón. Todos se retiraron y pudimos bailar sin tropezar con nadie. Me sentía volar como una golondrina y mi esposo, ufano, sonreía, quizá por ser la primera vez que le concedía un baile por él mismo y no por compromiso. Dimos vueltas como una peonza, sintiendo el leve mareo del vals que nos embriagaba, dándonos la posibilidad de lucir como una verdadera pareja. No recordaba algo similar en toda mi vida, pero no me resultó desagradable, es más, me gustó; nunca disfruté tanto en ninguna otra fiesta.

Por el rabillo del ojo pude observar cómo nos miraban. Allí estaban todos los hombres que alguna vez significaron algo en mi vida, pero que ahora no me importaban tanto. Todos habían contribuido a hacer mi vida más fácil, aunque, como una soga que se aprieta a cada movimiento, fueron ahogando toda vana ilusión de libertad. ¡Qué tonta fui! Pero ahora ya no me afectaba. La vida, a punto de escapárseme, me estaba brindando una victoria única y final; ser el centro del universo, de ese universo íntimo y personal en el que convertí mi existencia. Saboreé con gula cada giro de la danza, cada cadencia musical de unos compases que parecían llevarme hasta el éxtasis. Si en eso consistía la muerte, ¡bendita era su hora! Bailar, eso era lo que quería, moverme infinitamente hasta perder la razón... De repente, alguien puso su mano sobre mis hombros y la música paró en seco, aunque mi cabeza seguía rodando por el espacio del salón sin poder evitarlo.

—Es la hora, madame... —me dijo Odette, invitándome a tomarla de la mano para que no cayera por el mareo.

—¿Por qué? —le pregunté desconcertada—. Lo estoy pasando de maravilla... ¿Acaso no tengo derecho a divertirme un poco más? —protesté, como si fuera una jovencita a la que se le ha terminado la hora del recreo—. ¿Qué es eso tan importante para interrumpir la fiesta?

Odette no me contestó, pero las luces del salón se fueron apagando gradualmente y pronto quedó todo en penumbra. Cesaron los murmullos y, a pesar de no ver gran cosa, pude intuir que la sala se había vaciado por completo.

—¿Dónde están todos? —pregunté—. ¿Por qué se han apagado las luces? —dije asiendo con más fuerza la mano de Odette para no caerme.

—He dejado que disfrutes de un último momento de gloria, Virginia, pero ha llegado la hora de pagar el precio que todo mortal me debe —me contestó una voz inusualmente grave.

De repente, noté la mano a la que me aferraba mucho más huesuda y fría, aunque en la oscuridad no pude distinguir la fea y anodina cara de mi doncella.

—¿Odette? —le pregunté a la sombra que me tenía cogida.

—No, no soy Odette...

—¿Y quién sois?

—Tengo muchos nombres... Podéis llamarme como gustéis.

—¿Habéis venido a juzgarme? —pregunté sabedora, al fin, de quién era mi acompañante.

—¿Quién? ¿Yo? —Se oyó una leve risa ahogada desde la profundidad de su garganta—. No, no temáis, no voy a ser quien os juzgue, la historia lo hará por mí. Solo he venido para acompañaros en vuestro último viaje.

—¿Sufiriré?

—No, si en realidad ya no le tenéis apego a esta vida... ¿Estáis dispuesta?

—En verdad hace tiempo que me he estado preparando para este momento —dije resignada y tranquila, dando un último suspiro—, aunque ahora me cueste un poco.

—Es lo habitual... Todos se resisten un poco al principio.

—Vayamos, pues. Pensé que sería un momento triste, pero al final he podido despedirme de todos... No parecían enfadados conmigo; no los oí dedicarme ningún reproche.

—Ninguno lo hace. Comprenden, después del trance, en qué consiste vivir, por eso las recriminaciones son absurdas. ¿Quién no se equivocó durante su existencia?... Todos se vuelven más comprensivos y vienen para recibir con los brazos abiertos a los que han de pasar este tránsito.

—¿Qué he de hacer ahora?

—Nada. Solo exhalar hasta tu última gota de aire. Vacíate de tu pesar hasta que te encuentres liviana como una nube. Siente la ingravidez de tu cuerpo y no te preocupes de más... Vuela, vuela libre, como siempre quisiste hacerlo, y deja atrás tu vida como si fuera una ropa vieja... ¡Vuela, Virginia, vuela!

Epílogo

París, 28 de noviembre de 1899

Un grito desgarrador corrió a través de las paredes de aquel cuchitril que acogió los últimos días de la mujer más bella de Europa. «El coño de oro imperial», «la joya de Italia» o «la loca de la plaza Vendôme», esos solo fueron algunos de los apelativos maledicentes que jamás pudieron sustituir al único que se había ganado por su condición noble y por el que, finalmente, pasaría a la historia: la condesa de Castiglione.

Cuando Odette, después de unos días sin asistir a la que siempre fue su señora, descubrió el cuerpo corrompido por la muerte y hollado por la impía y voraz labor de las ratas, solo pudo constatar su final trágico y truculento, tal vez inmerecido, de una persona singular, la única que encarnaba, por sí misma, toda una época de esplendor que jamás volvería a repetirse.

Horrorizada y sin saber qué hacer, dio parte a los únicos amigos que todavía la frecuentaban: Jaques Blanche, Robert de Montesquiou y Luisa Casati, que acabaron por convertirse en la primera oleada de aves carroñeras dispuestas a cobrarse el botín más inmediato. Los recuerdos más jugosos, sus retratos, de los que Robert fue el mayor tenedor, se convirtieron en el principal fetiche, aunque también arramblaron con otras reliquias: el famoso camisón de seda verde, algunos de los trajes que la hicieron famosa y que las polillas habían respetado y unas pocas fruslerías y alhajas que se llevaron más por el recuerdo que por su valor, más bien escaso.

Mientras, Odette, destrozada por la pena, intentó devolver a aquel remedo de hogar el lustre que nunca tuvo; no quiso que las miserias de la que siempre fue su señora fueran un nuevo baldón que añadir a su azarosa vida. Se deshizo de las carcomidas momias de aquellos perros que todavía estaban a su alrededor, tiró lo que no se llevaron sus amigos y la amortajó convenientemente, a pesar de saber que, de poder hacerlo, ella misma le recriminaría el no haberla vestido como le gustaba, muy lejos de la discreción. Depositó un beso sobre su frente y abandonó llorando y para siempre aquella casa. Su ama había muerto y con ella todo un mundo que el nuevo siglo se encargaría de borrar para siempre. Sus lágrimas fueron las más sinceras que se derramaron por la que fue la mujer más bella de Europa.

Poco más tarde, cuando se conoció su óbito de manera oficial, no tardó en presentarse el segundo escuadrón de la muerte, comandado por la policía francesa, esta vez en colaboración con la embajada italiana en París. Eran muchos los documentos que comprometían a personajes de envergadura y que la misma Virginia se encargó de cacarear a todo el que le prestaba oídos; siempre presumió de tener las espaldas bien cubiertas y aquello resultaba una amenaza. Los servicios de espionaje no se atrevieron a proceder con la condesa aún viva, no fuera que, conservando más copias, hubiera hecho uso de ellas para comprometer al Gobierno italiano y, de paso, al francés.

Algunos de aquellos valiosos documentos se encontraron en las estancias de Villa de Isola, que también fue convenientemente registrada. En sus continuas idas y venidas a Italia, Virginia se encargó de distribuir las abundantes epístolas entre sus residencias, unas veces por precaución y otras tantas por olvido.

Los telegramas al palacio del Quirinal se sucedieron a un ritmo vertiginoso. El mismo rey

Umberto I, hijo de Vittorio Emanuele II, tuvo que tomar una decisión al respecto del lugar de inhumación de Virginia. Sin duda se había convertido en un personaje molesto en vida, pero también después de muerta. A pesar de su cooperación a la causa de la unificación, resultaba vergonzante la manera en la que contribuyó a lograrlo. Incluso el rey, entonces príncipe heredero, podía recordar los distintos encuentros íntimos de Virginia con su padre y las habladurías que inundaron el palacio real de Turín. Bastante desagradable resultaba la figura de Rosa Vercellana, la otra reina y mujer legal con verdaderas pretensiones, para añadir una amante más. Tampoco se la quiso convertir en un mito que eclipsara al de su primo Cavour, artífice del *Risorgimento*, por lo cual se buscó una solución de compromiso que contentara a todos.

Cuando se descubrieron sus notas personales, en las que plasmó sus últimas voluntades, y entre ellas la de ser enterrada en su amada Villa de Isola, en La Spezia, el rey se negó en redondo; no quiso convertir aquel lugar en un sitio de peregrinación donde se recordara a la Castiglione como «madre» de la patria. El mismo Umberto I costeó de su bolsillo una modesta tumba en París, en el cementerio de Père-Lachaise. No sin fundamento, pensó que, ya que siempre quiso vivir en Francia, no era un mal lugar para que reposara una de las mujeres italianas más controvertidas del siglo XIX y, de paso, poner tierra de por medio para que pronto le llegara el olvido. Con ello no se controvertían, en lo sustancial, sus últimos deseos: la ausencia de cualquier homenaje.

Otra cosa fue la herencia que dejó o, mejor dicho, que intentó no dejar a nadie. Desheredó, uno a uno y en una larga lista, a todos sus posibles parientes, cercanos o remotos. En realidad, su propiedad más querida, y ya sin ningún heredero directo, jamás quiso que perteneciera a nadie; aquello hubiera significado la violación de su espacio más íntimo. Se hubiera llevado a la tumba Villa de Isola si con ello hubiera impedido que nadie más pudiera disfrutarla, pero cometió un error fatal, fruto de poseer una familia tan extensa como lejana; fue imposible no nombrar a todos sus parientes, por muy desconocidos que fueran. Así, los Tribone de Génova, por omisión, se convirtieron en sus únicos herederos universales.

El resto de documentos y archivos fotográficos fueron dispersados por los distintos compradores, fetichistas en su mayor parte, que quisieron adquirir algo del encanto y de la magia de la mujer más singular que dio Italia al mundo durante el siglo XIX.

FIN

Nota del autor

La condesa de Castiglione, a pesar de ser un libro histórico, no se trata de ninguna biografía sobre Virginia Oldoini, condesa de Castiglione, aunque ella sea la protagonista y su vida se vea reflejada en él lo más fielmente posible. Se trata de una recreación novelada que, más que contar datos, que lo hace, quiere ser una plasmación de sus pensamientos, de su manera de vivir y, sobre todo, de una época, la segunda mitad del siglo XIX, que supuso un cambio radical dentro del continente europeo. Nacieron y desaparecieron naciones y se desencadenaron las últimas guerras antiguas para dar paso, ya en el siguiente siglo, a los conflictos más monstruosos. También las clases sociales sufrieron una fuerte transformación, hasta ver crecer el proletariado, mientras la aristocracia languidecía ante la pujanza de la burguesía.

En mitad de aquel maremágnum, una mujer, Virginia Oldoini, libró una batalla consigo misma y con el resto de la sociedad para reivindicarse como un ser propio, autónomo y libre. «La mujer más bella de Europa», «el coño de oro imperial», «la loca de la plaza Vendôme» o como quisieran llamarla se trató de una persona singular. Quizá ni ella misma tuvo conciencia de ello, pero luchó con denuedo para no convertirse en un apéndice de otros hombres y encontrar por sí misma su lugar en el mundo. Tal vez a ciertas personas le parezca denigrante su papel de cortesana, como intrigante al servicio de ciertas potencias o de las armas de las que se valió para conseguir un puesto de relevancia en la sociedad de su tiempo, pero supo utilizarlas de la manera más conveniente para sus fines. A pesar de ello, lo que nadie podrá negarle es su espíritu libre llevado hasta las últimas consecuencias.

La condesa de Castiglione cuenta los últimos días de Virginia Oldoini, en el frío noviembre de 1899, a punto de finalizar el siglo. Durante ese tiempo rememora la que fue su vida, saltando de unos episodios a otros, a veces sin orden, tal como imagino que debió de suceder, presa de sus desvaríos o de recuerdos lúcidos. A pesar de la sordidez aparente de su ocaso, he intentado mantener la dignidad de la que fue, en su tiempo, la mujer más interesante de Europa y que ahora empieza a ponerse en valor.

Para poder plasmar todo esto me he servido de datos biográficos, pero también he inventado personajes, como su fiel doncella Odette, que me han servido de contrapunto para poder introducir ciertos momentos que me interesaba resaltar. De la misma forma, me he hecho eco de algunos episodios, como la maldición del ópalo, que no dejan de ser leyendas que crecieron alrededor de un personaje tan controvertido como la condesa de Castiglione. También he recreado otras circunstancias, como las exposiciones universales que se celebraron en la capital francesa a lo largo del siglo XIX. Las visitas hechas por la condesa, reales o no, aunque verosímiles, me han permitido describir los cambios que transformaron la ciudad de París y que, sin duda, Virginia tuvo que contemplar y asombrarse por ello.

Estuvo dotada de una extraordinaria inteligencia que le permitió aprovechar las oportunidades que se le presentaron, pero, en cambio, su carácter excesivamente narcisista y su personalidad neurótica la privaron de poder disfrutar de una familia convencional. Afortunadamente, los pocos amigos que conservó a lo largo de la vida fueron su único apoyo y los que permitieron que su historia no cayera en el olvido.

Muchos de los episodios narrados en el libro se basan en la contemplación de su extenso y extraordinario archivo fotográfico. Virginia, en su tiempo, fue pionera en el aprovechamiento de

este medio para realizar un arte más allá de la plasmación de una imagen. Sin duda, fue la primera modelo fotográfica profesional de la historia. Son precisamente estos retratos los que aportan una interpretación psicológica muy sui géneris a cerca de su carácter y, a pesar de carecer de los conocimientos suficientes, me han dado pistas sobre su personalidad. También su desmesurado gusto por la ropa, mucha de la cual fue diseñada por ella misma, la convierte en un escaparate privilegiado de los usos y modas en las que fue rompedora. Quizá, de vivir hoy en día, sería considerada como una *influencer*, una *it-girl* o incluso una *instagramer*, y no una manirrota, como fue tildada demasiadas veces.

Son bastantes los documentos, la mayoría de ellos parciales, que he consultado para la confección de esta novela. También he visionado películas y documentales sobre Virginia Oldoini que me han aportado datos y escenas que he aprovechado en el libro. La mayor parte de esa documentación se halla escrita en italiano o francés, lo que ha dificultado recabar datos. A pesar de todo ello, me ha resultado suficiente para hacer esta composición de su vida que, sin duda, se trata de una aportación muy personal a través de mi particular interpretación.

Espero que un personaje tan interesante como la condesa de Castiglione, cuya participación en la historia, sepultada en favor de otros personajes masculinos más notables, tenga la reivindicación que sin duda merezca. En Italia, su país de origen, incluso en Francia, su figura empieza a despuntar con luz propia y deseo que, con mi modesta contribución, lo sea también en España entre los lectores que se aventuren a leer este libro.

Más allá de sus restos, que reposan en un lugar recoleto del monumental cementerio parisino de Père-Lachaise, es en su auténtico hogar, Villa de Isola, en La Spezia, donde puede encontrarse la esencia de este personaje, y desde donde muchos de los que hoy en día pretenden restituir su memoria se empeñan en difundir su recuerdo. También, a nivel oficial, su legado fotográfico, amén de los muchos documentos que se han salvado, están siendo puestos en valor. Mientras, disfrutamos de su vida, a caballo entre el mito y la realidad.

Muchas gracias por haber permitido que un personaje como este entre a formar parte de sus vidas a través de la lectura. Sin duda, la historia de Virginia Oldoini, condesa de Castiglione, no les dejará indiferentes.



Antonio Sanz Oliva, nacido en 1965 en Tortosa (Tarragona), muy pronto se traslada a Xàtiva (Valencia) donde pasa su niñez y juventud. Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valencia, ciudad donde se afina, se convierte en funcionario de la Generalitat Valenciana y después de trabajar durante largos años en la sede valenciana de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y, brevemente, en el gabinete del Consejero de Educación, se traslada a Almenara (Castellón), donde reside y trabaja actualmente en el IES Almenara.

Después de ganar con *Diablos en un Mural* en el 2011 el XXXIII premio literario Joan Fuster que organiza el Ayuntamiento de Almenara y publicar con la editorial El Bullent el libro infantil en valenciano *Ioli Complements* en 2012, entra en 2016 a formar parte de los escritores de uno de los sellos digitales de la editorial Penguin Random House, donde publica varias de sus novelas (*Papel de Armenia*, *La cizaña en el trigo*, *El fiordo de la Quimera* y *Te espero en Arborea*). En el año 2017 queda finalista en el V premio digital de novela romántica de HQÑ (HarperCollins Ibérica) con *La órbita de los planetas*. En el 2018 autopublica en la editorial de Amazon el libro infantil *La princesa Nisunin* y la novela titulada *Las tristes riberas del Hooghly*, cuya edición en inglés está en preparación.

En 2019 toma contacto con Alberto Santos y firma con él la publicación de *La condesa de Castiglione* con su sello Imágica.